

CIO  
6

DOUSSA

LES  
LÉGENDES  
D'AMMA

2

AL  
PQ2276

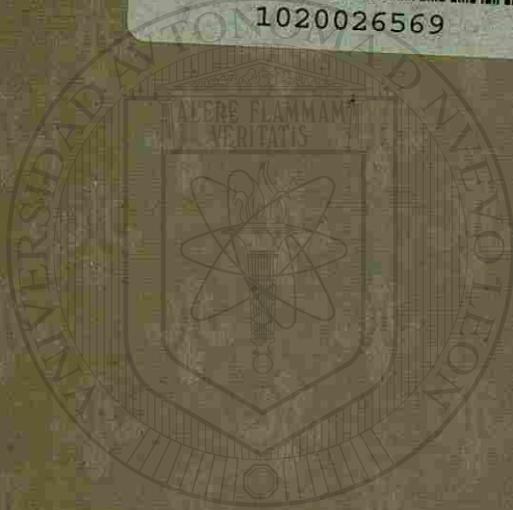
.H7

G78

v. 2



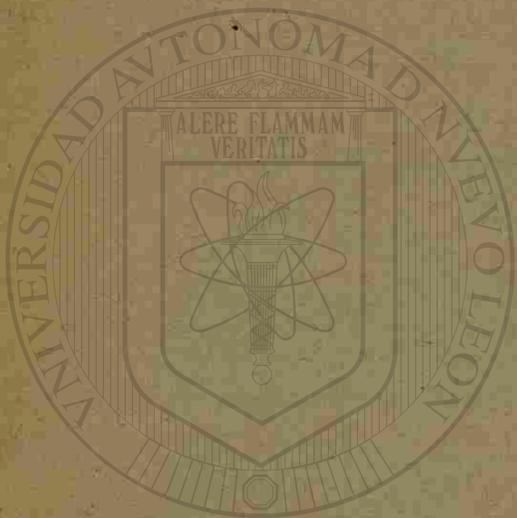
1020026569



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

N  
Núm. Clas. 4842g  
Núm. Autor. \_\_\_\_\_  
Núm. Adg. 30311  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 84  
Catalogó \_\_\_\_\_

LAS GRANDES DAMAS.

TOMO II.



85738

30311

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

OBRAS COMPLETAS DE ARSENIO HOUSSAYE

LAS  
GRANDES DAMAS.

VERSION CASTELLANA

DE

JOSÉ COMAS.



II.

LA SEÑORA

VERIBUS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30311

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL DE J. PONS,  
CALLE DEL OLMO, N.º 13.  
1876.

843

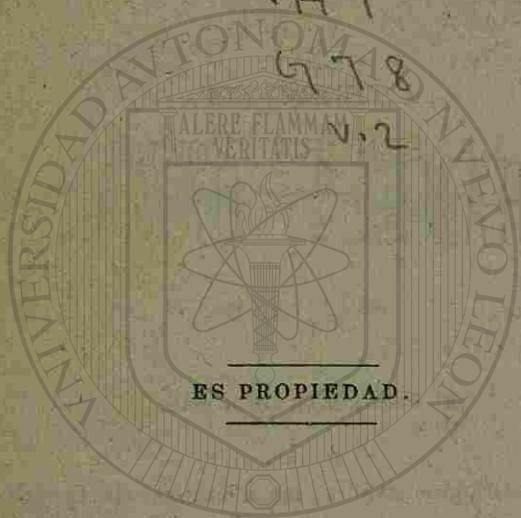
H.

PA 2276

.H 7

G 78

v. 2



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 FONDO RICARDO COVARROBIA

## LAS GRANDES DAMAS.

LIBRO II.

LA SEÑORA VENUS.

I.

EL RAMILLETE DE ROSAS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ya recordareis, señora, las aventuras de Octavio de Parisis á través del hermoso mundo parisiense.

Quisiera improvisaros un curso de moral en acción; mas con semejante héroe es muy difícil alcanzar el éxito. Esto sin embargo, como no hay noche que no traiga el día, tampoco hay pecado que no haga amar la virtud.

Quando cerramos la última página del primer volumen de esta amorosa Iliada, la señorita Genoveva de la Chastaigneraye, acababa de caer herida como de un rayo, por haber aspirado un ramillete de rosas. Ella, que no había querido volver al castillo en un

palanquin, fué llevada á él en brazos de Octavio. Se produjo una revolucion en torno suyo: el cura y el médico corrieron á un mismo tiempo: el uno para salvar su alma, el otro para salvar su cuerpo.

El cura nada tenia que hacer con sus bendiciones, puesto que Genoveva era una de esas piadosas criaturas que cruzan el mundo como una imágen de Dios vivo, ejemplo de todas las bellezas y de todas las virtudes.

Podia el médico salvar su cuerpo.

El duque de Parisis le dijo que no le cabia duda de que la jóven habia aspirado en un ramillete, el sutil veneno de los Médicis, cuyo secreto ha sido transmitido á algunas grandes familias. El médico hubo de mover con aire de duda su cabeza; pero como Octavio insistiera, exclamó:

—Esperad. Recuerdo que Richelieu y Mazarino poseian el contra veneno; pero yo creo que la señorita de la Chastaigneraye se encuentra solo desmayada.

La jóven permanecia tendida sobre un sillón grande y en frente de una ventana abierta. El aire vivo azotaba su frente y agitaba sus cabellos. El médico permanecia en la puerta del castillo y luego se dirigió á su casa, despues de recomendar á Octavio que llevara siempre á los lábios de Genoveva un pomito de sales.

Cuando se halló de vuelta; la jóven habia entreabierto sus ojos. Octavio arrodillado frente á su sillón,

la sostenia en sus brazos. Constituida en voluntad, su alma habia hecho el milagro del contraveneno? Indudablemente no. Genoveva volvió á cerrar sus ojos y pareció que caia mas profundamente en el sueño de la muerte.

Seria muy difícil pintar la desesperacion de Octavio; miraba la señorita de la Chastaigneraye y miraba el médico con ojos llorosos y suplicantes.

—Doctor! doctor! traeis la vida?

—Ha hablado? preguntó el médico.

—No: entreabrió los ojos y los cerró en seguida.

—Me miró, dijo sollozando la señorita de Monce-nac; estoy segura de que me miró para decirme adios.

El médico se inclinó sobre la señorita de la Chastaigneraye, y vertió en sus labios una composicion en que dominaba el cloro, el café y el té.

—Es sencillamente el contra-veneno de los orientales, dijo el médico.

Y al mismo tiempo bañaba las sienes con un licor blanco que exhalaba un fuerte olor marino.

—La naturaleza dá los venenos, y la naturaleza dá los antidotos. He ensayado esta agua en una muger que acababa de morir, su accion fué tal, que movió la cabeza.

Mientras el médico pronunciaba estas frases, Genoveva abria sus ojos y estendia los brazos como para respirar mejor. La vida habia vuelto.

—No comprendo nada, murmuró.

Habia transcurrido una hora, y la jóven creia es-

tar aun en el camino de la iglesia; no tenia conciencia alguna de su desmayo. Se sintió impresionada al ver á Octavio á sus piés, en la actitud del amor y del dolor; la emocion le habia trastornado; estaba pálido, extraordinariamente conmovido é ignoraba aun si se triunfaria del veneno, puesto que para él no habia duda de que este veneno existia en el ramillete de rosas.

El jóven recordaba que una niña rubia y sonriente, la mas jóven de todas las aldeanas, era quien habia ofrecido el ramillete á Genoveva.

Pero no era esta niña la que habia cogido las rosas y dió orden para que se la buscase.

—Qué ha ocurrido? preguntó Genoveva.

—Aspirasteis el ramillete que está allí, palidecisteis y os habeis hallado indispueta.

—Muy indispueta, sin duda, puesto que aun siento que me muero.

—Veamos, veamos, dijo el médico: es preciso vivir y es necesario querer vivir; procurad andar.

—No es posible, murmuró Genoveva casi muerta.

Octavio, á semejanza del médico, habia comprendido que aquella inmovilidad era fatal. De buena ó de mala gana fué preciso que Genoveva tratase de mantenerse en pié, apoyada en el médico y Octavio, con las lágrimas de la señorita Moncenac por espectáculo.

Se habia traído á la niña del ramillete.

—Hija mia, quién te dió este ramo?

—Es del castillo.

—Quién lo ha cogido?

—Todo el mundo.

En vano se hicieron otras preguntas á la niña; No respondió otra cosa. Octavio se prometió hacer un interrogatorio en forma; pero no habia de poner la niña en el tormento.

El recuerdo de violeta, á la cual creía haber entrevisto en los alrededores del castillo, hubo de acudir á su memoria.—Oh! Dios mio! dijo de pronto.

Pero enseguida añadió:—No, no es ella.

Entre tanto la señorita de la Chastaigneraye empezaba á andar por sí sola; á no dudarlo, tenia un gusto en apoyarse en Octavio; mas su pudor se habia despertado ántes que sus fuerzas; dejó el brazo de su primo y fué á apoyarse en la ventana.

—Que cielo tan hermoso! exclamó, bien como si quisiese dar gracias á Dios por su alivio.

—Sí, dijo el médico, es muy posible que el cielo esté puro y que sin embargo, haya envenenadores en la tierra. Os escapasteis de buena. Habia, á no dudarlo en el ramillete, polvos de ópio, de ácido prúsico, de digital purpúrea, de nuez vómica y de cicuta que yo he combatido por mi antídoto.

El médico no queria que nadie pensase que aquello podia haber sido un desmayo.

—Sí, dijo Genoveva, se trató de hacerme morir entre rosas. Me consta quien me ha dado el ramillete; pero obraré como la niña diciendo que pertenecia á todo el mundo.

## EL VENENO DE LOS MÉDICIS.

Entre tanto habia desaparecido el ramillete.

—Donde están esas rosas? interrogó de pronto Genoveva.

—Lo ignoro, respondió Octavio; dije que se trajese el ramillete aquí y no le veo.

Entonces se oyó un gran tumulto en el pátio; dábanse voces de socorro y se oían sollozos.

—Que ocurre? preguntó la señorita de la Chastaigneraye.

El médico habia bajado la escalera para dirigirse á su casa, y volvió á subirla.

—He aquí otra desgracia, dijo, pálido, conmovido y agitando el ramillete de rosas.

El médico se echó sobre un sillón.

—Hablad! hablad!

—Cuando bajaba para irme, se me ha dicho: «Corred pronto; he aquí Rosa Dumont que se encuentra mal.» Se encontraba tan mal, que habia muerto.

—Es imposible!

—Será imposible, pero ha sucedido. Y lo que os estrañará mas, es que ha sido muerta por el ya célebre ramillete. Ya veis, pues, que las rosas están envenenadas. De buena os escapasteis, señorita. Figuraos que la Dumont, que debe ser una tonta, se echó á reir cuando se la dijo que vos habiais sido envenenada con rosas. Ella misma habia traído el ramillete. «Con rosas tan hermosas!» exclamó. Y aspiró con todas sus fuerzas el ramillete, bien, como si respirase algun cesto de fresas. Esto produjo su efecto, y cuando yo bajaba, se hallaba ya tendida sobre las baldosas. He tenido que hacer mucho con ella. Su sangre era muy viva y el antídoto no ha obrado; he querido sangrarla y era ya tarde.

—Esto es horrible, exclamó Genoveva.

El médico hablaba sosteniendo en su mano el ramillete. Octavio lo cogió, arrancó el papel en que se hallaba envuelto, y desató el lazo rojo de Violeta, sin que dudara de que este lazo pertenecia á su amante. Viendo que cogia las rosas una por una, Genoveva le dijo:

—Tambien quereis olerlas?

—No, pero busco.

—Creeis que hallareis la carta de aquel ó de aquella que nos ha enviado estas rosas?

—Esto no obstante es necesario averiguar de donde vienen.

—Ya se sabrá, dijo el médico.

—Oh! para la medicina este es un hecho curioso.

—Chist! replicó Genoveva, guardaos mucho de hablar de él.

—Como! señorita, he de guardar silencio sobre un crimen tan abominable?

—Si, guardareis silencio, pues sentiria mucho que alguien se ocupase de mi, fuera de los muros del castillo.

—Pero señorita...

—Mi querido doctor, me salvasteis la vida, no es cierto?

—Sí, os salvé la vida.

—Pues bien, acabad vuestra obra; no olvideis que me moriré de dolor, si esto dá pié á una causa criminal.

El médico estrechó la mano de Genoveva, y pareció prometerla, sin decirselo, que no hablaría de aquel envenenamiento.

Octavio había tirado las rosas. El médico cogió algunas, diciendo:

—Me permitireis, por amor al estudio, llevarme el ramillete? Esto pagará mi visita.

El médico cogió las rosas que pudo, y se las llevó sin olvidar el lazo encarnado.

—Y bien, dijo la señorita de la Chastaigneraye al señor de Parisis, cuando estuvieron solos; que pensais de todo esto?

—Pienso, mi querida prima, que no hay que pensar nada.

### III.

#### EL ADIOS DE VIOLETA.

Violeta era quien había enviado aquel ramillete de rosas.

La jóven no se había consolado con el grande de España de las veleidades de Octavio. Había tratado de comprimir su corazón; pero su primer amor, hablaba en él muy alto. Por un instante, cuando se lanzó en la carrera de las aventuras, la jóven creyó que olvidaría á Parisis: mas su fatal imágen se había hecho mas despótica que nunca y se había impuesto con una fascinación increíble. La jóven quería ser una muger fuerte, pero cuando usaba de las máscaras que ocultan el corazón, la pobre Violeta se volvía á despertar mas dulce y mucho mas tierna. Así, pues, daba lástima el verla representar la comedia de las aventureras.

No bien Octavio hubo partido, cuando quiso vengarse en Dieppe. Ya que se había vuelto á unir con ella, debía suponer que le amaba. La jóven debía resignarse á sus caprichos. Creía que volviendo á reco-

brar la dulzura de los primeros días, volvería á reconquistar su amante.

El día en que partió Parisis, Violeta le siguió. Uno de los criados de Octavio que quería bien á Violeta y que creía que su señor se fastidiaba mucho en Parisis, la aconsejó que fuese á encontrarle en el castillo donde sin duda alguna, sería bien recibida. Nada es imposible para una muger enamorada y Violeta se dirigió á Parisis, el mismo día en que Octavio leía en Champauvert los testamentos.

La Borgoña era el país de donde había nacido la madre de Violeta; pero esta no la había visitado desde su nacimiento.

En mas de una ocasion había dicho á Octavio: «Somos de un mismo país,» bien como si esto la acercase el mancebo.

El azar que siempre hace bien las cosas, la puso frente á frente de la señora Portien en una mesa de la fonda del Leon de Oro. La señora Portien, comía allí porque no había querido comer con Genoveva de la Chastaigneraye y Octavio de Parisis.

Aunque la señora Portien no tuviese un rostro simpático, se distinguía por no sé que clase de aire aristocrático, que hubo de seducir á Violeta. Ya se verá muy luego, como estas dos mugeres debían encontrarse fatalmente.

La señora Portien se sentía aun furiosa por la lectura del último testamento, y, absorta en sí misma, apenas hubo de notar á Violeta.

Esta había tenido la buena ocurrencia de vestir un sencillo traje de viage, como todas las mugeres que van á tomar las aguas, de modo que nadie podía imaginarse que aquella mujer fuese una aventurera.

Ya se sabe que Violeta se distinguía por cierta belleza poética, que hubiera servido en todas partes de carta de recomendacion, hasta en el gran mundo si hubiese tenido la precaucion de embadurnar su semblante con polvos de arroz.

Como en el comedor de la fonda, no había en aquel día mas que hombres, la jóven se atrevió á dirigir la palabra á la señora Portien.

—Señora, la dijo, está muy lejos de Tonnerre el castillo de Parisis?

La señora Portien levantó su cabeza, y miró con curiosidad á Violeta.

—Vais á Parisis, señorita?

—Tal vez...

Violeta se ruborizó como se ruborizaba en otro tiempo.

—Y bien, señora, no encontrareis al señor de Parisis.

La señora de Porthien dijo las frases de *señorita* y *señora*, con el acento que hubiese podido emplear un juez de primera instancia.

—Es que há vuelto ya á Paris? interrogó Violeta.

—No, señorita; pero está á punto de casarse en el castillo de Champauvert.

Esta vez palideció Violeta.

—Ah! dijo sencillamente, lo ignoraba.

La señora Portien comprendió que había herido á Violeta.

Sintió por ello alegría. Parecióle agradable el hacer sufrir al prójimo, á lo cual era extraordinariamente aficionada. Aun cuando se sintiese dichosa, todo el mundo era desgraciado en torno suyo.

De todos los Parisís, la señora Portien era la única indigna de llevar este hermoso nombre. Su madre, hermana del duque Raoul de Parisís, se había casado con el conde de Pernand y no había tenido sino una hija. Así es, que Euduvigis había pronto dominado la casa con los violentos caprichos de una naturaleza rebelde.

Su comenzamiento era pésimo.

A los diez y seis años fué á Paris con su doncella para dar á luz un hijo anónimo, que no quiso ver, no por horror á su falta, sino por la carencia de entrañas.

A los diez y siete años, huyó del castillo natal con un aventurero que había dirigido un teatro en Lyon y que había ido á Parisís con objeto de visitar á un tío cura, del cual esperaba algun dinero. No contaremos la vulgar historia de este robo, que se llevó á cabo, para satisfacer una brutal pasión, en que el amor no tomó parte. Pasado algun tiempo el cura lo arregló todo. Prefirióse el deshonor de un mal enlace, antes que el deshonor de una aventura.

Así se esperaba salvarlo todo; mas no se hizo otra

cosa que perderlo. Teodoro Portien comenzó por empeñar el dote aun antes de casarse, siguió derrochando hasta el día en que su esposa se rebeló contra él para defender sus bienes. Había nacido avara: niña aun, vendía sus muñecas para alcanzar dinero; doncella, robaba las apuestas del juego, ó, mejor dicho, robaba á los pobres: cuando su abuela, la duquesa de Parisís que era tambien la abuela de Octavio, quería que una limosna llegara á su destino, se guardaba mucho de hacerla pasar por aquellas manos ya manchadas. Cuando Teodoro Portien encontró una esposa rebelde que defendía sus arcas se imaginó que estaba en el teatro y habló melodramáticamente; la amenazó con hacerse declarar en quiebra; pero las arcas no se abrieron. La mostró un puñal, pero la muger se encontraba á la altura del esposo: cogió el puñal, lo dirigió contra él, y hubo una lucha tremenda que resonó hasta en los periódicos de aquel tiempo. Se separaron y volvieron á unirse: hay amores que no viven sinó entre las injurias de la vergüenza y del crimen; existen las voluptuosidades de la desesperación. Volvieron á separarse, y entonces el tribunal lo arregló todo. Cuando los bienes estuvieron en salvo, aquella muger horrible vendió aun su cuerpo. Teodoro Portien representó el papel de aquel marqués de la corte de Luis XV, que no veía su muger, sino mediante cien pistolas, y que no alcanzaba nada si la cena no era buena.

Mas la verdadera pasión de la Portien era el oro.

Compraba los favores de su esposo y hubiese vendido los suyos si se hubiese encontrado en otra escena; pero vivía olvidada en una pequeña hacienda que le quedaba de su dote, á algunas leguas de Parisis, ambicionando su parte de herencia en la fortuna de la señorita Regina de Parisis, prometiéndose que le tocaría un millon con el cual podría vivir en la capital de Francia. Su tia Regina no contaba sino algunos años mas que ella; pero su palidez enfermiza indicaba que no tardaría mucho en morir.

Hé aquí, pues, quien era la señora de Portien cuando murió la señorita Regina de Parisis.

A la hora de su muerte fué á instalarse en el castillo, bien como si tratase de velar por la parte de su herencia.

Quizá no se han olvidado aun las dos frases que Geneveva dirigió á Octavio durante la lectura de los testamentos:—Lo creeríais? esta noche..... pero no quiero decir nada.

Pues bien: qué había ocurrido en aquella noche? Mientras todo el mundo dormía en el castillo, en aquella noche de reposo, despues de tantas noches de ansiedad y de fatiga, la señora de Portien, atormentada por el rumor de los testamentos, había entrado á paso de lobo en la cámara de la difunta; y allí en el horrible silencio de los malos pensamientos y de las malas acciones—había forzado un pequeño secreter de palo de rosa donde su tia escribía y ocultaba sus secretos. Qué encontró en él? Borradores de cartas y

borradores de testamentos. La señora Portien los leyó con rapidez. Ya desesperaba de encontrar algo que la interesase cuando vió un pliego sellado con cera encarnada. Lo cogió no dudando que allí estaba su ruina ó su fortuna.

Geneveva que en aquella noche no dormía pero que, á no dudarlo, no pensaba en el testamento, había seguido con curiosidad á su prima. Lo vió y lo observó todo puesto que le fué posible ocultarse tras las cortinas del gabinete de tocador. Quedóse sorprendida al ver la estraña expresion de aquella mujer dominada por una idea maldita; pero se quedó aun mas sorprendida cuando la señora Portien, despues de haber leído el pliego sellado, miró en torno suyo y lo quemó en la bugía. La señorita de la Chastaigneraye huyó asustada y fué á ocultarse, bien como si se sintiese manchada por el contacto de aquel miembro de su familia. La señora Portien había quemado un testamento que la desheredaba, mas era un testamento antiguo.

Este sacrificio no había impedido el desheredamiento de aquella mujer horrible.

Ya se comprenderán las ideas de sordo furor y de sorda venganza con que la señora Portien se alejó del castillo de Champauvert.

No dudaba de que Geneveva sería muy pronto la duquesa de Parisis. Se veía no tan solo sin fortuna sino desterrada de la familia. Al ver que se desvanecían sus últimas esperanzas se puso furiosa; no repre-

sentaría el papel que deseaba representar en París; los aldeanos, entre los cuales vivía, se burlarían de ella; no veía en su camino mas que defecciones; había sembrado el mal y no recogería mas que el mal.

Todas estas ideas agitaban su fantasía cuando Violeta, que comía á su lado en la fonda de Tonnerre le dirigió esta pregunta: *Elcastillo de Parisis se halla muy lejos de Tonnerre?*

La señora Portien examinó á Violeta como si cayera bajo su mano y por un azar providencial—los tunos y las tunas mezclan siempre la providencia en todo—como si cayera bajo su mano un instrumento de venganza. La señora Portien adivinó enseguida que Violeta era una querida de Octavio.

Los amantes gustan siempre de conversar cuando se les habla al corazón. Violeta no vió en la señora Portien mas que una mujer curiosa, toda vez que aquella no dejaba ver jamás sus baterías.

—Es decir, que amais mucho á ese pillastre? dijo la señora Portien.

—Sí: ha constituido mi dicha y mi desgracia, respondió con ingenuidad Violeta. Pero que quereis! esto no debe matar puesto que aun no he muerto. Se dice que nos consolamos porque la vida es un dolor perpetuo. Consolarse es sufrir siempre: yo me consolaré pensando en la dicha de Octavio.

—Veo que no sois valiente, exclamó la señora Portien que fué mas léjos de lo que quería. No sois aficionada á las batallas de damas; no que-

reis luchar contra la señorita de la Chastaigne-  
raye:

—Nó: quiero que el Sr. de Parisis sea feliz.

—Quién os dice que será feliz? Genoveva es una mujer estraña que hará la desgracia del duque.

—La conoceis?

—Algo; pero es tan singular que ni siquiera se conoce á sí propia: Ah! si yo fuera como vos jóven y hermosa, no permitiría que mi amante se escapase! Es muy cobarde esto de rendir las armas antes de combate.

En aquel momento una chica de la fonda trajo un magnífico ramillete de rosas que acababa de coger en el jardín vecino. Las rosas de Tonnerre tienen tanta fama como las rosas de Provins.

La chica de la fonda presentó el ramillete á la señora Portien.

—No, dijo esta, temiendo que habria de dar cien sueldos á la niña, ofrecedlo á esta señorita.

La chica se volvió hácia Violeta que la dió un luis.

—Ah! que hermosas flores! dijo Violeta.

Y las olió y contempló á un mismo tiempo.

De pronto se le ocurrió una idea que hizo latir su corazón.

—Señora, dijo volviéndose hácia la señora Portien, sabeis cual será la última frase de mi amor por el señor de Parisis? será este ramillete.

—No os comprendo.

—Voy á mandárselo rogándole que lo ofrezca á la

señorita de la Chastaigneraye. Será mi regalo de boda y nunca oírás hablar de mí.

—Nunca?

—Nunca! nunca! nunca!

También á la señora Portien se le ocurrió otra idea que hizo latir su corazón.

Esta idea era de venganza.

—Y bien, señorita, dijo, dad entonces el ramillete á este pilluelo que toca el violín: dentro dos horas lo habrá entregado al duque de Parisis.

—Gracias, señora.

Violeta escribió este billete á Octavio:

«Amigo mio: volví para veros, pero lo sé todo.

»Adios; no nos veremos mas.

»Guardad de mí un buen recuerdo, como lo guardaré yo de vos.

»Hemos muerto el uno para el otro: no profanemos jamás nuestras tumbas.

»VIOLETA»

La señora Portien habia llamado entre tanto al pilluelo y le dijo:

—Vas á llevar este ramillete al castillo de Champauvert, donde te encontré ayer. Serás bien pagado; pero debes partir enseguida.

Violeta pidió papel blanco para envolver el ramillete. Despues de haberlo besado por última vez ató su tallo con un lazo encarnado que cogió de su cabellera.

—Quería tanto mis cabellos! dijo la jóven ahogando un suspiro.

Advirtiósse á los viajeros que el tren de Paris iba á salir. Violeta creyó que lo mejor que podia hacer era retroceder en su camino. Se arregló el sombrero, estrechó afectuosamente la seca y arrugada mano de la señora Portien, dió otro luis á su pequeño y haraposo embajador, y subió al ómnibus que conducia al camino de hierro. Llegó aquel ramillete á las blancas manos de Genoveva?

## IV.

## UN ALMA EN PENA.

El tren escapó á Violeta. Volvió á Tonnerre y entró en la fonda preguntándose lo que iba á hacer hasta que pasase el tren de la noche.

—Si pudiese ver á Octavio! se preguntó.

El silencio y el fastidio de provincias echan á los enamorados de Paris muy léjos en la pasion por que se hallan entregados á sí propios.

Violeta preguntó si habia buenos caballos en la fonda, y le contestaron que se podia arreglar una calesa con el mejor tronco del departamento.

Habló de Champauvert y la dijeron que en menos de dos horas podia ir allí.

Era demasiado tarde.

Pero como la idea de ver por última vez á Octavio se habia apoderado de ella por completo, la jóven resolvió ir á Champauvert al dia siguiente.

Cuando Octavio se levantó el domingo por la mañana, cómo no vió á Violeta que rondaba por el campo con los ojos fijos en el parque?

En cuanto á ella, le vió como fumaba en el vesti-

bulo. En qué pensaba? Parecia soñar. La jóven se preguntó si su recuerdo ocupaba en aquel momento su fantasía. La jóven sentia el desco de saltar la cerca y correr hácia él y echarse en sus brazos.

—Es posible! se decia; es posible que él sea él y que yo sea yo? en menos de medio minuto yo podria abrazarle y sin embargo, héme aquí clavada... Pero aquella señorita jóven vendria, y no quiero verla.

Octavio bajó al parque. Violeta dió unos pasos hácia la cerca. Si él se hubiese acercado mas, la jóven hubiese gritado:—*Soy yo, Octavio!*

Cuando él volvió la cabeza, Violeta creyó que la habia visto, pero Octavio se perdió entre los naranjos.

Si Violeta se hubiese encontrado frente al castillo de Parisis, hubiese franqueado la cerca; pero se hallaba frente al castillo de la señorita de la Chastaigneraye y no se atrevió á tanto.

—Nó, se dijo: aquí no estoy ni en mi casa ni en la suya.

Comprendió que cuanto mas se acercaba á Octavio mas léjos estaba de su amante.

Resolvió volver á su coche que la esperaba á alguna distancia de la aldea. La jóven habia llegado hasta el parque andando por sendas estraviadas; al volverse se sintió mas valiente y quiso entrar en la iglesia. Entonces fué cuando vió á Parisis y á la señorita de la Chastaigneraye, seguidos de la señorita de Moncenac y de la señora Brígida, que iban todos á misa.

Violeta se hallaba oculta por el ramaje de los árboles que adornaban la plaza; mas observó perfectamente la amorosa espresion de Genoveva y de Octavio.

—Ya que son felices, dijo con tristeza, me marchó.

En aquel instante no quedó poco sorprendida al ver cruzar las jóvenes aldeanas que preparaban una ovacion á la señorita de la Chastaigneraye á su salida de la iglesia. Se hizo el ensayo debajo de los árboles. Aquello era una verdadera comedia. Cuando se hubo alejado un poco, Violeta comprendió de que se trataba. Pero quedó aun mas sorprendida cuando se trajo del castillo su ramillete colocado sobre un cesto de flores que se debía ofrecer á la *castellana*, segun la antigua y solemne costumbre.

La jóven lo conoció por su lazo encarnado.

Por qué el ramillete que el sábado por la noche debía llegar á Champauvert, no habia llegado hasta el domingo por la mañana?

Todas las doncellas menos una entraron en el templo. La que quedó bajo los árboles debía velar el cesto y las coronas de margaritas con que las jóvenes habian de adornarse al formar el cortejo de Genoveva.

Violeta no temia ya el ser vista por Octavio.

Qué le importaba la demás gente? Por otra parte, su dolor la cegaba. Iba á acercarse á la aldeana, cuando ésta, que la habia visto y que creia que era una señora recién llegada al castillo, abandonó sus flores para correr á casa de una vecina.

Violeta se acercó mas al cesto.

—Y bien, dijo, hé aquí un ramillete cuya direccion no está equivocada.

Y entreabrió el papel que lo envolvía.

—Estas rosas se hallan tan frescas como ayer.

Cogió el ramillete con un sentimiento de celos y cogió su carta dirigida á Octavio.

—A qué viene esta carta? se dijo; si he querido dar mi ramillete á la nóvia, por qué he de recordar mi nombre á Octavio?

Metió la carta en su bolsillo y se dirigió hácia Tonnerre.

Cinco minutos despues, al coger su pomito de esencias para tomar fuerzas, la carta cayó de su bolsillo y se perdió sin que la jóven lo advirtiese.

Por la tarde comia en la fonda del Leon de oro. El príncipe\*\*\* se sentó en la mesa y la dijo:

—Cuan risueña estais, señora!

El procurador imperial que habia recibido una carta del médico y que no desconocia los rumores públicos, habia ido allí para comenzar un proceso; pero Octavio y Geneveva le habian suplicado que lo echase todo en olvido. Tanto temian que su nombre figurara en un proceso. Segun la señorita de la Chastaigneraye el ramillete no estaba envenenado. Aquel dia era tempestuoso y no habia sentido mas que un desmayo. Verdad es que Rosa Dumont habia muerto despues de haber respirado aquellas flores; pero esta jóven sufría fuertes ataques, la sangre le atormentaba, dormía siempre y era enfermiza por mas que estuviese colorada. Octavio apoyó las declaraciones de su prima: era una piadosa mentira que podia salvar un culpable que quizá no tenia la conciencia de aquel crimen, y cuya mentira debia perdonarles muchas incomodidades. Esto sin contar en que el jóven habia formado ya su opinion sobre el verdadero origen del delito, y que no deseaba que la luz se hiciera sobre el mismo.

El fiscal pareció resuelto á no seguir el proceso, por mas que hubiese dado ya sus órdenes.

Entre tanto Octavio debia partir el domingo por la mañana: sus caballos enganchados ya en el carruaje le aguardaban impacientes. Al despertarse habia tomado chocolate y pensaba almorzar en Parisis; mas eran ya las doce de la mañana y se quedó con mucho gusto á almorzar en Champauvert, por una simple invitacion de Geneveva.

## V.

## LOS CINCO MILLONES.

Necesitáronse algunos dias para que la señorita de la Chastaigneraye volviese á cobrar sus fuerzas.

Luego que pudo andar por sí sola, trató de recompensar á las aldeanas que formaban su cortejo del domingo.

Cada una de estas chicas, comprendiéndose entre ellas la que le habia presentado el ramillete, recibió dos mil quinientos francos en oro de manos de Geneveva. Correspondieron á esta fineza con bendiciones y lágrimas. Dios ha colocado la alegría tan cerca de las lágrimas, que la alegría, si es hija del corazón, llora siempre.

Habian pasado ocho dias; la señorita Regina de Parisis no pertenecía ya á este mundo. Un acontecimiento hace sombra á otro acontecimiento. Las honras fúnebres de la jóven Rosa Dumont colocaron en segundo término las de la vieja castellana de Champauvert. El señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye hablaban aun de su tia; pero hablaban aun mas del misterioso ramillete.

—No es esto todo, primo mio, le dijo ésta: hoy comeréis aun conmigo, y al llegar la noche podreis marcharos á la luz de la luna.

Octavio se dirigió con rapidez esta pregunta:

—Por qué Genoveva desea que coma con ella, y por qué quiere que emprenda mi marcha al resplandor de la luna?

Y se respondió:

—Quizá porque piensa que me fastidio.

Pero los celos y la inquietud habian entrado en su alma. El resplandor de la luna le habia recordado sus visiones debajo de los árboles del parque; es decir, el hombre negro y la mujer blanca que creyó ver en la primera noche de su estancia en Champauvert.

—Y bien, mi querida Genoveva, quiero probaros que os quiero mucho, dijo: no marcharé á Parisis hasta mañana.

Fuéle imposible á Octavio el leer con claridad el efecto que estas frases produjeron en el rostro de su prima.

—Estudid las mujeres, dijo para sí el jóven, por espacio de diez años: sed Don Juan y Laroche-foucauld para encontraros de pronto frente de geroglificos cual este.

Se estaba en los postres y se probaban las mas hermosas frutas del mundo: melocotones que tentaban á los golosos, uvas que daban sed á todos los lábios.

—Señoras mias, dijo Genoveva dirigiéndose á la

señora Brígida y á la señorita de Moncenac, quizá pensareis que, á consecuencia del testamento que se leyó hace ocho dias, estas son frutas de mi jardin. Pues bien, os engañais: estas son frutas del jardin del señor Octavio de Parisis, pues existe otro testamento.

—Esto es una broma! dijo Octavio.

Y volviéndose hácia Genoveva, añadió:

—Si volveis á hablar de esto, prima mia, yo pediré mis caballos.

Nunca se habia disputado mejor sobre quien no era dueño de cinco millones.

quebrarse algun miembro. Octavio la recogió y volvió á plantarla en su caballo, como si nada hubiese ocurrido.

Por lo demás aquel paseo fué hermosísimo.

Inútil es decir que Parisis fijó muchos puntos de interrogacion ante los enigmas de su esfinge de ojos negros. Pero cuanto mas buscaba la luz en aquel corazon de abismos, mas la jóven le sumergia en las tinieblas. Ella cogia y dejaba todas las máscaras. Ya se mostraba profunda, ya negligente; aventuraba un pensamiento filosófico despues de haber lanzado una frase llena de sencillez é inocencia; en su frente brillaban al mismo tiempo las nubes de la tempestad, y las claridades del sereno cielo. De cuando en cuando decia: «No se nada,» y echaba una mirada llena de muda elocuencia.

—Decid, prima, interrumpió de pronto Octavio, sois tambien aficionada á los paseos nocturnos al resplandor de la luna?

—Si y no, primo mio. Obedezco siempre á mis inspiraciones; pero os he de advertiros que yo jamás soy lunática.

—Os dá miedo la noche?

—Nunca. Si sintiese miedo, habitaria acaso en el castillo, poblado de sombras errantes como todos los castillos viejos?

—Creéis en aparecidos?

—Si y no; creo que las almas guardan por mucho tiempo la impalpable figura del cuerpo. Hé aquí por-

## VI.

## VALERIA DAMA BLANCA.

Por la tarde, Octavio, la señorita de la Chastaigneraye y la señorita de Moncenac, montaron á caballo para recorrer el bosque.

Parisis se sentía maravillado al ver á Genoveva convertida en amazona: jamás la belleza heráldica se habia tan orgullosamente dibujado: su mismo caballo tenia cierto aire y altivez, bien como si hubiese comprendido que Genoveva tenia la magestad de una reina.

A cambio de esto, nunca desde que existen amazonas, se vió una caricatura semejante á la de la señorita de Moncenac, tanto mas, cuanto habia revestido un traje azul muy fuerte que junto con los tonos ardientes de su rostro, atraia los ojos de un modo irresistible.

Octavio se distinguia, cual siempre, por su aire noble, su desenvoltura y su sonrisa desdeñosa.

En la Cruz de las Damas, el caballo de la señorita de Moncenac sintió miedo y la derribó con gracia en un foso. Era demasiado blanda y gordinflona para

que se les llama sombras. Pero debo confesaros que no he visto jamás ninguna.

Octavio no se atrevió á insistir acerca sus visiones del parque. Por otra parte sabia perfectamente que aquellas no eran sombras.

La comida fué alegre, si se tiene en cuenta que se llevaba luto; la juventud se revela y triunfa en todo. Los aldeanos no habian concluido aun de dar sorpresas. El violin, la flauta y el rabel, que constituyen el amor de los bailarines rústicos, llegaron á los postres para mezclar sus armonias. Jamás un terceto de igual género, ofendió tanto los oidos de aficionados á la música; la misma señorita de Moncenac suplicaba, riendo, que cesasen de tocar los concertantes.

Tomóse el café en el vestíbulo del jardin donde se recibió la visita del cura de La Roche-l' Epine, el cual llegaba acompañado del cura de Champauvert.

No por esto la conversacion fué mas católica; contáronse historias de aldeanos para probar que los siete pecados capitales encontraron en ellos perfecto alojamiento. A fuerza de vestir y de adornar los vicios, la civilizacion los llega á transformar en virtudes; en la paz y en la inocencia de los campos es donde se encuentra el pecado, en toda su fuerza brutal.

El cura de La Roche-l' Epine, ofreció café al cura de Champauvert en la seguridad de que este no admitiria.

—No perdereis nada en ello, dijo á la señorita de la Chastaigneraye, pues yo tomaré su taza y la mia.

Hablóse, tambien, de las dotes constituidas tan generosamente á favor de las ocho aldeanas.

—Se quieren casar? preguntó la señorita de Moncenac.

—Si, se quieren casar! exclamó el cura de La Roche-l' Epine que tenia «su momento de chispa;» ya lo creo: se casarian no una vez, sino muchas.

—Ah! señor cura! interrumpió Genoveva con cierta dignidad exenta de marrulleria.

—Que quereis, señorita; hoy es domingo, dijo el cura.

—Estoy segurísimo, observó Octavio, que á estas horas esas aldeanas tienen tantos pretendientes como Penelope sin contar á Ulises.

—Os llamo al orden, mi querido primo.

—Y bien, prima mia: supongo que ya se bailará frente á la iglesia. Vamos á ver como bailan vuestros veinte mil francos?

—Los vuestros.

Genoveva trató de hablar á los dos curas del Nuevo Testamento. Octavio pidió sus caballos. El cura de La Roche-l' Epine dijo que conocia el Nuevo Testamento, desde que sabia leer.

Octavio encendió un cigarro y se llegó hasta frente la iglesia para ver danzar los jóvenes y las muchachas.

Las ocho doncellas se habian vestido de blanco para ir á misa, y para dar las gracias á la señorita de la Chastaigneraye. En el prado no eran ya tan blan-

cas como por la mañana. Segun habia dicho Parisis, veíanse asaltadas, sitiadas y atacadas por una legion de adoradores, tanto mas, cuanto circulaba el rumor de que en el dia de su enlace la señorita de la Chastaigneraye aumentaria su dote.

Aquello era cómico y odioso al mismo tiempo.

Ocho puñados de oro habian puesto fuego á los cuatro ángulos de la aldea.

En el dia anterior las pobres niñas tenian apenas un amante que les hablaba desde lo alto de su hoz, ó de su horquilla. En aquel instante se les prodigaba los mas inverosímiles cumplidos, sin olvidar la sacramental frase de «lo que yo os digo no es por vuestro dote.»

Tomóse el té en el castillo, á las diez de la noche y todo el mundo se retiró á las once.

Ya os imaginareis que Parisis no tardó mucho en colocarse á la ventana.

Despues de estar en ella media hora, juzgó que hacia mal: podia asustar las sombras de Romeo y Julieta. Se habian apagado las bugias; mas podia ser visto. Cerró discretamente su ventana y acechó tras la cortina.

Luego reflexionó que no era muy digno de él, el espiar los misterios del castillo de Champauvert.

—No son, se dijo, los misterios de Udolfo, sino que son mas respetables.

Y dejó con heroicidad su emboscada.

—Por otra parte, se dijo, esto no me concierne: la

señorita de la Chastaigneraye es bien libre para ser loca como todas las mugeres; no es ni mi nóvia ni mi querida. Ya tenga ó no cinco millones, no es menos libre en sus acciones; es hermosa y cuenta veinte años: quien puede responder de su corazon, hasta en las soledades de la Borgoña? Quien sabe si no hay en alguna aldea vecina, un noble de provincia, ó parisien calavera que trabaja en su emboscada?

Y mientras se probaba á si mismo que no tenia derecho á mirar por la ventana, el jóven levantó su cortina. Nada vió debajo de los árboles dulcemente agitados por la fresca brisa.

Iba á dejar su cortina, pero sonó media noche y la curiosidad contuvo su mano.

De pronto, á lo lejos, mas allá del lago, apareció la vision blanca. Cuando digo la vision blanca no me refiero á ninguna sombra, sino á una verdadera muger que andaba. Mas porque era la dama blanca que el jóven vió en la Opera Cómica y porque vestia de blanco? Lo ignoro. Quizá la que llevaba este traje queria pasar por vision.

—Sin duda, dijo Octavio en un instante de furor, el caballero negro no está lejos.

De pronto vió como este caballero negro, iba al encuentro de la dama blanca.

—Ahora comprendo, dijo, porque Genoveva me aconsejaba que yo partiese esta noche.

Octavio encendió sus bugias, bien como si le fuese imposible el adoptar un partido.

Antes de reflexionar llamó, diciéndose á sí propio que todo el mundo estaba ya acostado excepto los amantes del parque.

Con gran sorpresa suya un pequeño groom que permanecía siempre en el vestibulo, haciendo caricaturas, llegó allí para recibir sus órdenes.

—La señorita de la Chastaigneraye duerme, no es cierto? le preguntó Octavio, mirándole con fijeza.

—Como quiere el señor que yo sepa esto si la señorita no me dá nunca ni los buenos dias ni las buenas noches?

—Pues bien, ve á preguntarlo.

—Los que podrian responderme están hace ya mucho tiempo acostados.

—Enhorabuena, despiértales. Mas porque tu no estás ya acostado?

El groom pareció que no se atrevia á contestar. Al fin, dijo:

—Porque no sé la hora que es.

—Mientes, dijo Octavio, levantando la voz.

El groom se echó á llorar.

—Oh! que desgracia! dijo; el señor me mandará despedir.

Octavio observó entonces que representaba un papel indigno.

—Vete, dijo al groom. Quería suplicar á la señorita de la Chastaigneraye que me prestase un libro si aun no dormía.

El groom desapareció. Algunos minutos despues

una doncella negligentemente vestida traia algunos volúmenes á Octavio.

—Es esto caballero?

—Sí, contestó el jóven sin mirarla. Aquel pillete hizo mal en hablaros. Tal vez habrá despertada á mi prima.

—Oh! caballero: la señorita Genoveva no se duerme tan temprano.

—Cómo! á las doce de la noche?

—Ya sabeis, caballero, como aquí se vive: la señora es tan fantástica.

Esta palabra se escapó involuntariamente á la doncella; tembló de haber hablado en esta forma y se alejó arreglándose el vestido. Era una hermosa criatura que solo queria distraerse; por la relacion del groom habia creido que puesto que el señor de Parisis no dormia era que se fastidiaba; la jóven habia pensado en las rápidas fortunas que hacen las doncellas en sus encuentros nocturnos con los señores parisienses y de aquí que hubiese aparecido vestida con marcada negligencia.

—A fé mia, dijo Octavio, es muy hermosa.

Poco faltó para que no volviese á llamarla. A semejanza de lord Byron opinaba que las mujeres «son tres veces mujeres cuando salen del baile y cuando dejan el lecho;» es el momento en que la fuerza de la sangre les dá un magnetismo irresistible. Octavio pertenecía demasiado á la escuela de D. Juan para desdeñar á una mujer bajo el pretesto de que era una

servienta. Carecía de preocupaciones. Pero celoso como estaba, se contentó con gritarla:

—Señorita! id y despertad mis criados.

—Porque, señor duque?

—Marcho enseguida á París.

Octavio encendió un cigarro y bajó.

Cuando daba sus órdenes, sus criados no eran nunca remolones. Era necesario que las obedeciesen sin perder ni un minuto.

En menos de un cuarto de hora sus caballos estaban enganchados.

El jóven habia creído que la señorita de la Chastaigneraye, avisada por la doncella ó por el groom se opondria á su marcha ó cuando ménos le diria adios. Mas la jóven no pareció.

En el último instante subió á su cuarto bajo el pretexto de que se olvidaba de algo. Se habia olvidado de levantar por última vez la cortina para mirar por entre los grandes árboles del parque. Solo vió sus ojos que ondeaban agitadas por el viento y solo vió la luna que contemplaba su palidez en las aguas del lago.

Bajó precipitadamente y partió.

—No creí que yo fuera tan bestia, se dijo cuando el aire de la noche hubo refrescado su frente. Me he portado como un estudiante. Esto consiste en que no soy dueño de mi corazon. No hay que disimularlo: amo á Genova.

Y despues de un silencio de cinco minutos duran-

te el cual hubo de leer profundamente en su alma repitió:

—Amo á Genova.

Y como se complacia en ser siempre burlon hasta en los sentimientos mas dulces, dijo:

—Mejor cuenta me hubiera tenido el dar una vuelta á la llave de mi cuarto cuando la doncella vino; se presentó ante mí sin ocultar ni su alma ni su cuerpo; yo hubiese aprendido á conocer el ama por la sirvienta.

Luego añadió bien como si se juzgara y condenara á sí propio.

—Nó! basta de profanaciones!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" 1923  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30311

Estos recuerdos poblaron repentinamente aquella soledad silenciosa.

Recostóse en un sillón y contempló amargamente el camino recorrido desde la muerte de su madre: el viaje á América, la expedición á China y las aventuras parisienses. No tuvo que ruborizarse en aquel examen de conciencia: siempre habia sido orgulloso, aventurero y héroeico. Si se habia encenegado en las locuras de la vida parisiense, esto á sus ojos equivalia al heroismo, puesto que habia representado el primer papel entre los Alcibiades de su tiempo, usando ya la punta de espada ya el aguijon del talento. No se reconocia culpable mas que en una cosa: en la de haber devorado dos millones.

El intendente que estaba en acecho desde hacia unos dias, no se hizo esperar mucho.

—Señor Ruiseñor, le dijo Octavio, esplicadme porque el castillo de Parisis que siempre se ha apreciado en mas de un millon, sin contar sus viñedos, no me dá hoy renta alguna.

Y como Octavio queria que el intendente se explicara á sus anchas, le ofreció un cigarro.

Era un hombre de baja estatura, vivaracho, de movimientos rápidos y que parecia obedecer á la influencia del azogue. Metia mas ruido que obraba; dábase importancia, bien como para enmascarar lo exiguo de su valía. La ausencia de Octavio le adjudicaba títulos de respecto ante los parceros, los leñadores, los jornaleros, los viñadores que cons-

## VII.

## EL DOTE DE LA SEÑORITA RUISEÑOR.

La aurora con sus dedos de rosa abria las puertas de Oriente cuando Octavio llegó al castillo de Parisis; lo cual quiere decir, usando la prosa del siglo diez y nueve, que eran las cinco y cuarenta y cinco minutos de la madrugada, segun el almanaque de Mathieu Laeusberg.

Octavio apenas habia dormido en el carruage. Subió á su dormitorio, pero no se acostó. Volvió á bajar casi enseguida y dió órdenes para que se le presentara su intendente.

El aire era vivo; mandó encender lumbre en un saloncito y paseó melancólicamente sus miradas sobre aquellos muebles que no eran ya de moda pero que en cambio despertaban mil recuerdos. En aquel saloncito, en aquel sillón colocado frente á la ventana, era donde habia querido morir su madre.

Recordó que él estaba arrodillado en frente suyo humedeciendo con sus lágrimas aquellas blancas manos que le bendecian y que volvian á caer sin fuerza.

tituian la gente menuda en la tierra de Parisis.

—Es muy sencillo, señor duque. El castillo daba una renta de setenta y cinco mil francos sin las vendimias y las cortas de los árboles. Mas el hierro hace la competencia á las maderas; el vino compuesto ha matado el buen vino; el precio del jornal doblado y los buenos obreros son mitos; en una palabra, todos los años el *debe* aumenta y el *haber* disminuye.

—Yo no comprendo nada de vuestro debe y haber; he oido hablar de la disminucion de las rentas y del aumento de los tributos. Los pobres se comen á los ricos y no veo en esto un gran mal; pero hace ya dos años que estoy sorprendido al ver que nada me llega del lado de Parisis.

—Olvidais, señor duque, que desde hace dos años pago los intereses de un empréstito de ochocientos mil francos al crédito territorial. El señor duque gana siempre el premio en las carreras; pero olvida lo que esto le cuesta.

—Si yo no ganase mas que estos premios! dijo para sí Octavio.

Y como sabia contar añadió en voz alta:

—Los intereses de ochocientos mil francos al Crédito Territorial, suman sesenta mil francos; hasta setenta y cinco mil no sobra mucho. Pero no hemos contado el bosque de Dourse ni los viñedos de Hacy; hé aquí algunos puñados de oro que no pasan nunca por mis manos.

—Estos puñados de oro, señor duque, pasan por

las mias; pero no están en ellas mucho tiempo. Por mas que las cierre es como el agua de las fuentes cuando se bebe en ellas.

Octavio movió la cabeza como si dudara de lo que el señor Ruiseñor decia.

El intendente prosiguió:

—Vos señor duque os obstinais en no examinar mis cuentas.

—Oh! dijo Octavio, son monumentos cifrados, gergolíficos que yo no entiendo. Desde que se inventó la partida doble, no entiendo una palabra. Percibiré rentas este año?

—Este año la vendimia no será abundante; las mieses no han dado muchas gavillas y las gavillas no han dado grano; desde hace diez años no se hace una corta de árboles: en contra de mi humilde opinion se cometió la ligereza de desmontar ciento cincuenta hectáreas de bosque en Dourse; se han plantado cincuenta hectáreas de viñedo y se han querido explotar otras cien hectáreas; los terrenos están malos; la vecindad del bosque quita la fuerza al sol, y á cada instante se tropieza con riachuelos que no pueden dominarse ni secarse. Es necesario volver á plantar bosque. Las paredes del parque están arruinadas, y es indispensable rehacer las acequias en los prados. El parcero de las Grutas ha perdido la cosecha por causa del granizo y no pagará mas que la mitad de lo que satisface anualmente. Su hijo, que ha tomado por su cuenta la hacienda de la Zorra, es un idiota

que se arruina y que esteriliza la tierra. Vos siempre habeis predicado la caridad: los corazones de oro empobrecen la bolsa y la tierra.

—Pero esto es horrible! temo que antes de poco me pedireis dinero para restablecer el equilibrio.

—Confieso, señor duque, que no tengo diez mil francos para hacer frente á lo imprevisto.

—Y bien, dijo Octavio, lo imprevisto soy yo; dadme lo que tengais. Voy á ver todo esto y en seguida partiré hácia el Perú, pues veo que el dinero de los labradores se ha convertido en quimera.

Octavio llamó.

—Que se me sirva un almuerzo frugal, dijo: huevos, leche y frutas; si esto es demasiado, que se supriman las frutas, y si esto no basta, que se suprima la leche.

Y con una sonrisa dulcemente burlesca, añadió:

—Si esto es tambien demasiado, que se supriman los huevos.

Al decir estas frases se volvió hácia el señor Ruiseñor:

—Señor Ruiseñor, le dijo, quereis almorzar conmigo?

—Gracias, dijo Ruiseñor con rapidez, bien como si se asustase ante la esplendidez del almuerzo.

—Por qué, señor Ruiseñor?

—Porque esta mañana firmo el contrato esponsalicio de mi hija.

—Ah! diablo! dijo Parisis, y yo no tengo nada

para hacerle mi regalo de boda. Y cuando el señor Ruiseñor hubo salido, añadió:

—Quisiera, no obstante, saber que dote yo doy á la señorita Ruiseñor.

Volvió á llamar. Vió aparecer un nuevo personaje, un antiguo servidor del castillo, que habia guardado el aspecto de los grandes criados.

—Decidme lo que el señor Ruiseñor da en dote á su hija.

—Cien mil francos.

—Es muy poco. Buen provecho le haga: he echado tantas veces cien mil francos para dotar á mujeres que no se casan!

El señor Ruiseñor volvió á aparecer en el dintel de la puerta.

—Señor duque, dijo, nos considerariamos muy felices si quisieseis firmar el contrato esponsalicio.

—Esto nó, de ningun modo! no pondré jamás mi firma en un contrato de matrimonio.

Y no pudo menos de pensar con tristeza en Geneveva.

El señor Ruiseñor se inclinó y salió. Era demasiado buen apóstol para que insistiese. Octavio le llamó.

—Decid al notario que añada veinte y cinco mil francos al dote. Tomareis en el año próximo esta cantidad de lo que resulte al fabricar el vino. Esta será la parte de mi renta mas clara y menos dudosa.

Octavio veia en su imaginacion cruzar la hermosa figura de su prima.

—Cinco millones! dijo: mi primer impulso fué bueno; mas el segundo me aconsejaba no destrozarme el testamento y casarme con Genoveva.

Por la noche, Octavio se paseaba en el parque cuando de repente una mujer que lloraba se atravesó en su camino.

—Por qué llorais, señora?

—Oh! señor de Parisis, mi padre me ha casado á disgusto mio y yo he huido á última hora.

—A la hora del sacrificio!

El duque de Parisis consoló la jóven casada y la dijo que la enseñaría el camino del deber.

—Después de todo, murmuró Octavio, es hermosa y lo que cae en el foso es para el soldado. Fuera de esto, me cuesta cien mil francos.

## VIII.

## UN ECO EN EL DESIERTO.

Quizá Octavio no hubiese marchado á Paris si una persona que no esperaba no se hubiese presentado en el castillo de Parisis.

Se paseaba en el parque con su cortejo de ideas melancólicas. Tenia motivos para ello. Comprendia que la señorita de la Chastaigneraye se hallaba perdida para él; no se habia aun confesado todo su amor por ella; porque su corazon era como el país de las ruinas, donde los fantasmas de las mujeres queridas iban de aquí para allí.

No solamente veia como se desvanecía el sueño mas acariciado, sino que presentia que se acercaba la hora en que tendria que rendir sus cuentas á la luz del dia y confesar que no le quedaba ni un sueldo. No se representa impunemente el papel de los ricos cuando se es pobre.

Hasta entonces habia llevado su posicion alegremente, porque se sentia arrastrado por el torbellino y porque no consultaba el fondo de su conciencia; pero en el castillo de Parisis cayó de sus ojos el pos-

—Cinco millones! dijo: mi primer impulso fué bueno; mas el segundo me aconsejaba no destrozarme el testamento y casarme con Genoveva.

Por la noche, Octavio se paseaba en el parque cuando de repente una mujer que lloraba se atravesó en su camino.

—Por qué llorais, señora?

—Oh! señor de Parisis, mi padre me ha casado á disgusto mio y yo he huido á última hora.

—A la hora del sacrificio!

El duque de Parisis consoló la jóven casada y la dijo que la enseñaría el camino del deber.

—Después de todo, murmuró Octavio, es hermosa y lo que cae en el foso es para el soldado. Fuera de esto, me cuesta cien mil francos.

## VIII.

## UN ECO EN EL DESIERTO.

Quizá Octavio no hubiese marchado á Paris si una persona que no esperaba no se hubiese presentado en el castillo de Parisis.

Se paseaba en el parque con su cortejo de ideas melancólicas. Tenia motivos para ello. Comprendia que la señorita de la Chastaigneraye se hallaba perdida para él; no se habia aun confesado todo su amor por ella; porque su corazon era como el país de las ruinas, donde los fantasmas de las mujeres queridas iban de aquí para allí.

No solamente veia como se desvanecía el sueño mas acariciado, sino que presentia que se acercaba la hora en que tendria que rendir sus cuentas á la luz del dia y confesar que no le quedaba ni un sueldo. No se representa impunemente el papel de los ricos cuando se es pobre.

Hasta entonces habia llevado su posicion alegremente, porque se sentia arrastrado por el torbellino y porque no consultaba el fondo de su conciencia; pero en el castillo de Parisis cayó de sus ojos el pos-

trer velo. Las formas de las casas y de los árboles tienen su fisonomía propia, á semejanza de los hombres; parece que el alma de las cosas se transparenta en todo, en sus movimientos de alegría y de tristeza.

Octavio contemplaba su viejo castillo y le parecía que estaba aun mas melancólico que él. Aquella morada, cuna y tumba de sus abuelos, le contemplaba con sus grandes ventanas casi arruinadas y le hablaba con elocuencia, usando ese idioma universal de los sentimientos que lo dice todo y que se comprende tan bien. Los árboles, así los viejos como los jóvenes, le reprochaban su olvido.

Pero había un reproche que se elevaba mas alto y que le tocaba mas de cerca en aquella hermosa morada y en aquel hermoso parque. Oía una voz que se levantaba de las tumbas para decirle: «Qué has hecho de tu fortuna? la lepra de las hipotecas ha sombreado el mármol de nuestro sepulcro, y se acerca el día en que se nos arrojará de su interior como perros.»

—Nunca! exclamó Parisis, bien como si hubiese oído que este reproche salía efectivamente de la tierra. Y este reproche no brotaba únicamente del fondo de los sepulcros.

Cogió una rosa para buscar otras ideas; mas la rosa le dijo:—«Por qué me cojes? no florezco ya para los Parisis!»

Ya se sabe que Octavio, que era un pagano como lo son todos los hombres que rechazan el cumpli-

miento de su deber; ya se sabe que Octavio no creía sino en el alma de las cosas y que se había formado sobre esto una religion singular, pues ya se sabe que los ateos tienen tambien su religion. Acaso la Revolucion no decretó el Ser Supremo?

Pues bien, Octavio creía en su religion. Para él, el hombre, la naturaleza, las cosas, significaban algo; así es que era mas sensible que los otros á la voz de lo invisible.

Juró que el castillo de Parisis no seria vendido. Sentía como se acercaba hácia él la horrible y hambrienta boca de la espropiacion forzosa; pero creía que encontraria aun un pastel de oro que calmaria al monstruo hasta el día en que le echaria de sus tierras.

—Seria yo tan feliz aquí, se dijo, si no se respirase el aire malsano de las hipotecas!

Y hacia sus cálculos. Se preguntaba si seria útil vender algunas haciendas lejanas; pero eran cabalmente las mejores. La montaña y el valle del castillo no daban mas que leña y pastos; en la montaña había solo tierra y peñascos, en el valle tierra húmeda. Se podían coger doscientos mil francos cortando el bosque; pero esto equivalía á quitar su corona al antiguo castillo. Se hubiese podido cultivar el valle; mas para ello era necesario desaguar una infinidad de lagunas que formaban uno de los mas hermosos paisajes de la Borgoña.

Este es el eterno dolor de los grandes señores que

se arruinan: profesan demasiado amor á lo bello, á lo grande y á lo pintoresco para sacrificarlo, aunque para ello les dén una pirámide de oro. No son amigos de las medias tintas: prefieren perderlo todo.

Octavio, despues de haber calculado sobre cifras problemáticas, concluyó todas sus adiciones y todas sus sustracciones con estas frases:

—Total: ó todo ó nada!

Se habia sentado frente una de las cercas que rodeaban el parque, á tres ó cuatro tiros de fusil del gran vestibulo, cuando una voz argentina repitió, bien como si fuese un eco burlesco:

—Total: ó todo ó nada!

## IX.

ALIZA.

Era la señora de Entraygues.

—Ah! diablo! dijo Octavio levantándose: creí que aquí no era oído mas que por las aves.

Y se echó en brazos de la señora de Entraygues.

—Qué estais haciendo dijo esta riendo; si las aves nos viesan!

Ambos jóvenes se miraron como si no se hubiesen visto desde siglos.

—A fé mía, querida, llegais muy á propósito: tal como me veis me hallaba dispuesto á cavar mi tumba; ya habia vestido el hábito de los trapenses.—  
Hermana: morir debemos!

—Hermano, ya lo sabemos! dijo riendo la señora de Entraygues.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Os imaginais tal vez, mi querido Octavio, que yo me divierto mucho desde que quiero divertirme? Pues bien, me fastidio horribilmente.

—Puesto que venís aquí, lo creo perfectamente.

se arruinan: profesan demasiado amor á lo bello, á lo grande y á lo pintoresco para sacrificarlo, aunque para ello les dén una pirámide de oro. No son amigos de las medias tintas: prefieren perderlo todo.

Octavio, despues de haber calculado sobre cifras problemáticas, concluyó todas sus adiciones y todas sus sustracciones con estas frases:

—Total: ó todo ó nada!

Se habia sentado frente una de las cercas que rodeaban el parque, á tres ó cuatro tiros de fusil del gran vestibulo, cuando una voz argentina repitió, bien como si fuese un eco burlesco:

—Total: ó todo ó nada!

## IX.

ALIZA.

Era la señora de Entraygues.

—Ah! diablo! dijo Octavio levantándose: creí que aquí no era oido mas que por las aves.

Y se echó en brazos de la señora de Entraygues.

—Qué estais haciendo dijo esta riendo; si las aves nos viesen!

Ambos jóvenes se miraron como si no se hubiesen visto desde siglos.

—A fé mía, querida, llegais muy á propósito: tal como me veis me hallaba dispuesto á cavar mi tumba; ya habia vestido el hábito de los trapenses.—  
Hermana: morir debemos!

—Hermano, ya lo sabemos! dijo riendo la señora de Entraygues.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Os imaginais tal vez, mi querido Octavio, que yo me divierto mucho desde que quiero divertirme? Pues bien, me fastidio horribilmente.

—Puesto que venís aquí, lo creo perfectamente.

—Ya lo veis: visto de negro. Llevo el luto de mi juventud.

Miró á Octavio fijamente, añadiendo:

—Y de vuestro amor! Si al fin tu me hubieses querido!

—Os he adorado, Aliza. No tengo en mi vida otro recuerdo mas caro que el vuestro.

—Profanador! hé aquí frases estudiadas. Está escrito que la mujer se dejará siempre seducir por la misma ilusion.

Octavio abrazó por segunda vez á la señora de Entraygues.

—No es verdad que me he puesto fea con esta palidez, con estos ojos hundidos? me causo miedo á mi misma.

—Estais mas hermosa que nunca, dijo Octavio notando el golpe que el ala del tiempo habia dado en el rostro de la jóven.

Los meses de pasion se cuentan como los años. Es la tempestad que quema, que deshoja y que devasta.

—Habeis tomado este amor por lo sério, dijo Octavio con dulzura.

—Si lo he tomado por lo serio! que es la vida sin el amor?

—Es cierto: un corazon valiente, unos lábios que dicen *te amo*, una cabellera que se esparce sobre dos frentes, he aquí la sabiduria. El que busca otra cosa en el mundo es un loco. Llevais un sombrero hermosísimo.

Octavio besaba los cabellos de la señora de Entraygues; como para encontrar el perfume evaporado que le habia embriagado cuando era la Dama de Espadas.

—Un hermoso sombrero! Veo que sois bastante bueno para notar que mi sombrero es hermoso. He partido como una loca, sin dar órdenes para que se me preparase un traje de viaje. Al llegar á Irlanda lo dí todo á mi doncella. Se me dijo que estabais aquí: traté de veros, os he buscado, os he encontrado y he lo ahí todo.

—Que bella ocurrencia! Hace ya mucho tiempo que el castillo de Parisis no ha visto barrer sus sendas y caminos por un vestido con cola.

—Cierto que le dispenso una gran honra; pero he perdido la mitad de mi traje: ahora mismo, al correr hacia vos, las espinas me lo han roto.

Octavio acompañaba la señora de Entraygues hácia el castillo.

—Contadme vuestra historia desde que no os he visto.

Aliza contó su viaje á Irlanda donde estuvo á punto de morir de dolor y de fastidio por las reconvencciones de su abuela, virtud rebelde que jamás habia capitulado porque nunca habia leído las novelas de Walter Scott.

La señora de Entraygues habia comenzado por someterse y humillarse, bien como si quisiese volver al arrepentimiento. Pero su corazon queria vivir y rompía su cárcel. Volvió á Francia. El escándalo era no-

torio; quien eso le recordaba? Temia encontrar á sus amigas y descendió como una viagera que no da pié en tierra en la fonda de Albion. Esto no obstante visitó á su mejor amiga, la duquesa de Campagnac, que se mostró desapiadada, porque la caridad cristiana no será nunca en este punto la virtud de las mugeres. La duquesa de Campagnac que hasta entonces habia luchado valientemente contra los impulsos, no precisamente de su corazon, sino de su oscuridad, que gozaba de una reputacion muy pura, que ni siquiera se permitia el placer de una conversacion un poco libre, aconsejó á Aliza que volviese á Irlanda.

Aliza le respondió friamente:

—No vine aquí para que me púseses otra vez, en el camino que he dejado.

Ya que las mugeres no consuelan á las mugeres, preciso es que las mugeres se consuelen con los hombres.

—He aquí porque, dijo la señora de Entraygues á Octavio, yo he venido á Paris. Me dirigireis vos algun sermón?

—No soy tan cándido: toda la moral es hija de Jesucristo que perdonó á la muger adúltera. Yo os amo como á mi mismo.

—No os burleis! pues esto, en el fondo, no es muy alegre. Si supieseis, amigo mio, lo triste é inquieta que yo estaba cuando salí de París. Me parecia que todo el mundo me miraba, y que leia mi falta sobre mi frente. Ya lo veis: he adoptado la costumbre de

bajar el velo. Por otra parte no sabia que hacer, no sabia donde ir. Por la noche, en el teatro, me ocultaba en el fondo de un palco del proscenio.

—El teatro es como la iglesia: acoge á todo el mundo.

—He aquí porque yo encontré allí á vuestras amiguitas.

—Dadme noticias tuyas.

—La señorita Diana lo ha vendido todo.

—Esto es porque no se ha podido vender á sí misma.

—Todo en ella era falso: falsos sus diamantes, falsas sus perlas, falsos sus cabellos y falsa ella.

—He aquí porque me inscribí yo, en falso, en su hermosura. Y á Violeta no la visteis?

—Es mas Violeta de Parma que nunca. Y sin embargo, quereis que os diga sobre ella una cosa que va á sorprenderos? Desde que la dejasteis no ha tenido amante, si se exceptaú vos cuando la volvisteis á coger yendo á Dieppe.

—No podiais decirme nada que mas pudiera sorprenderme. Ella me lo dijo, pero yo no creí ni una frase.

—Y sin embargo, es cierto. Se burla de todos los que pasan por sus amantes: conozco entre otros á ese grande de España, que la ha hecho un puente de oro sobre el cual, ella ha pasado sin él.

—Esto seria original, si fuera posible.

—Será imposible, pero es. Yo creo que todo lo ha

desafiado porque os ama. Creéis, tal vez, que no es virtuosa despues de la primera caída?

Octavio abrazó á la señora de Entraigues.

—Y de que vive esta virtud feroz?

—No sabéis que el príncipe... le regaló un adorno de gran precio y un bono sobre el banco, de cien mil francos, solo para que figurase en su cortejo y figurara entre sus convidados, pues el comedor del duque se ha hecho ya célebre?

Octavio dijo con gravedad, que creia demasiado en la virtud en general, para negar esta en particular.

—Esta ha sido, dijo la condesa, la única muger que me ha recibido bien cuando mi vuelta á Paris. Parecíame que su corazon estaba en sus lábios cuando me hablaba.—Sois feliz? le pregunté.—No, pero lo mismo dá.—Le habeis visto?—Si, le he visto pero no volveré á verle mas; es el hombre de siempre, no toma jamás á una mujer sino para sacrificarla á otra. Me llevó á Dieppe para humillarme ante sus duquesas.

Se anunció el duque de Parisis que la comida estaba dispuesta.

—Señora, dijo solemnemente á la condesa: os suplico que me dispenseis la honra de comer conmigo con toda ceremonia. Tendremos cada uno un criado para servirnos: es todo lo que hay en el castillo. No os respondo de la cocina; pero si de la cueva.

—Esto es lo que importa, puesto que nunca bebí agua.

Llegaron al vestíbulo.

El sol se acostaba en un lecho de nubes color de púrpura. Solo habia aparecido alguna que otra vez durante el dia: de pronto esparció un aire de fiesta en el castillo.

—Sois una buena hada, dijo Octavio á Aliza: ahora mismo todo estaba triste y ahora todo sonrie. Ya lo veis, bajo estas tintas del sol poniente el castillo despierta y me pone hermoso rostro, mientras que no hace mucho me lanzaba sus maldiciones. Decididamente nunca seré un hombre formal, puesto que el amor será siempre mi dueño.

—Ah! si quisieseis amarme, dijo la señora de Entraigues con una ternura expansiva, yo no temeria nada, ni siquiera el infierno.

Octavio que tenia su elocuencia abrazó por tercera vez á Aliza, lo cual le dispensó de decir la verdad, pues no podia menos que soñar en Genoveva.

## X.

## A DONDE VA UNA MUJER QUE CAE.

Octavio hubiera querido volver á ver á Genoveva, mas la presencia en Paris de la señora de Entraygues, no hizo mas que apresurar su vuelta á Paris. Tenia miedo de que la señorita de la Chastaigneraye no le visitase; temia tambien que la presencia de la condesa edificase poco á la comarca. En Paris, todo lo desafiaba; pero no queria que aquel castillo natal, donde hallaba tan vivo el recuerdo de su padre y de su madre, fuese el teatro de sus aventuras galantes.

Asi, pues, en aquella misma noche, Octavio partió con la señora de Entraygues, bajo el pretexto de que todo, en el castillo, estaba desorganizado y no podia dar hospitalidad á una mujer del mundo cual ella.

Se habia enamorado de Violeta y se enamoró de la señora de Entraygues, haciendo de su corazon dos partes: una para lo ideal y otra para lo real, es decir, el sueño y la pasion; la una para la condesa y otras mugeres semejantes: la otra para la señorita de la Chastaigneraye.

Al volver á Paris, la señora de Entraygues levantó un poco mas su velo: empezaba ya á no ruborizarse, y se familiarizaba con los horizontes nuevos. Co-

mo no tenia casa, no hizo cumplidos en aceptar la de Octavio, el cual, por su parte, creia que no guardaria mucho tiempo á una querida que heria los ojos de Paris entero. Por lo demás, era una muger hermosa, algo romántica, pero llena de alegría y talento. Se condenaba en voz alta á Octavio; mas se le envidiaba por lo bajo.

Esperando que no guardaria á la señora de Entraygues mas que algunos dias, hallaba un irresistible encanto al vivir con ella. Habia transcurrido una semana, gozando, corriendo y haciendo una vida color de rosa. Pensaba vagamente en hacer con ella un viaje á América, cuando le escapó sin decirle adios.

El príncipe Azul, el único que habia sido admitido á aquella intimidad amorosa, iba, todas las noches á las doce, á tomar el té á casa de Octavio. No habiendo perdido este su antigua costumbre de andar de aquí para allí, el príncipe Azul encontró dos veces sola á la señora de Entraygues.

El príncipe que debia mucho á Octavio, le habia de deber tambien el favor de tomarle la señora de Entraygues. Tenia sus horas de seducción y la señora de Entraygues tenia sus horas de curiosidad. A los ocho dias, cuando Octavio entró á la una de la madrugada, su camarera le dijo que el príncipe Azul y la condesa habian salido para ir delante de él. Habian ido tan adelante, que pasaron veinte y cuatro horas sin que les encontrara.

XI.

MONJOYEUX Y SUS COMPAÑEROS DE AVENTURAS.

Octavio contaba con varios amigos, entre otros con Leon Ramée, Monjoyeux, el vizconde de Miravault, el marqués de Saint Aimour, el príncipe Azul, pseudónimo de un gran nombre ilustre, que salvaba discretamente las humillaciones de la miseria.

Cinco amigos. La casa de Sócrates hubiera sido demasiado grande.

Había además otros amigos que se decían, tan solo, buenos días, buenas noches. Se está muy contento al encontrarlos, pero se está más contento al perderlos.

Leon Ramée era un amigo del Eliseo y un compañero de viaje: habían filosofado juntos bajo el pórtico de Luis el Grande y en Atenas bajo el verdadero pórtico de los filósofos. Eran casi vecinos. El pintor se había construido un taller en la avenida Ingres, donde vivía en la religión de los dioses de Homero. Decía que Júpiter tronaba siempre en el Olimpo.

Se veían con frecuencia, pero en el cortejo de las locuras parisienses. Octavio decía de Leon: «Es mi conciencia.»

El príncipe Azul era más bien un compañero de aventuras que un verdadero amigo. Lo mismo he de decir del marqués de Saint Aimour y del vizconde de Miravault.

Lo que existe de más engañador en París, no son las mujeres sino los hombres.

En rigor se puede encontrar una querida que no os haga traición. Pero donde encontrar un amigo cuya mano sea siempre leal en la vuestra? un amigo que es la luz del corazón y el cordial del espíritu; es el espejo de la verdad, donde veis pasar vuestra vida; es vuestra conciencia, es vuestro presentimiento, es vuestro recuerdo. Pero donde se encuentra este amigo? halláis á cada paso al amigo parásito que ha olvidado su bolsa; al amigo burlon que carece de alma; al amigo político que se indigna contra el gobierno por que su almuerzo está mal guisado ó su vino no le gusta; al amigo espiritual, que solo dice sandeces; al amigo egoísta, que pondría fuego á vuestra casa por freír un huevo; al amigo imprudente que pretesando vuestra dignidad os hace matar en un lance de honor; al amigo donjuanesco, que os roba vuestra Aglae, ó que, por venganza, la pierde en vuestra alma; al amigo celoso que os hace pagar vuestros triunfos con venganzas ocultas. Qué añadiré? solo existe un ejemplar del verdadero amigo, en tanto que hay mil del malo.

Esta es la historia de siempre.

Octavio tenía un amigo de la infancia, un amigo

de la juventud, un amigo del corazón: este era Leon Ramée.

Tenia veinte amigos que no eran sus amigos, compañeros que fumaban sus cigarros, jóvenes, muchachas y caballos. Un día desaparecen por seis meses; vuelven á mostrarse y entonces se observa que no se había pensado ni una sola vez en ellos: tan desprendidos se hallaban de la vida. «Ah! eres tu Jorge? no te había visto hace días.—Lo creo: he pasado el invierno en Egipto.—Te has divertido allí? —Descubrí un Faraon que tenía en sus manos granos de trigo que he sembrado en mi casa.—Cenemos juntos?—Sí, hablaremos de Cleopatra.»

Y se cena, se habla, se escucha á las compañeras que acompañan á la fiesta, no se dice una palabra interesante y los amigos se dejan sin haber penetrado en el espíritu y en el corazón del viajero.

La verdadera amistad es mas curiosa. Interroga porque el amigo se encuentre en el amigo, porque el ausente se ha llevado hasta el fin del mundo una parte de vuestra alma.

Octavio tenía un segundo amigo, un escultor sin taller, un cómico sin teatro que esculpía en lo ideal y que representaba las piezas dramáticas con un gran talento.

Octavio había tenido un desafío con él porque en una cena de cómicas Monjoyeux—que este era su nombre—había prohibido á Octavio que bebiera en el vaso de la señorita Aurora, una ingénuu que en

aquella noche había dado ya tres citas con la ingenuidad de una ingénuu. Solo las mujeres de mundo que han caído en el medio mundo pueden cultivar la desvergüenza con la frente descubierta. Monjoyeux se batió con una espada llena de lo imprevisto y de recursos. Octavio fué herido y se le rompió la espada. Dijo á sus testigos que su adversario le maravillaba. Cesó el duelo.

—Caballero, me dareis una revancha.

—No, caballero: solo me he batido porque mañana tengo que celebrar un gran duelo en un papel que estreno.

Esta frase se halló digna de un verdadero artista. Se separaron los amigos y al siguiente día Octavio llevó todos los suyos á aplaudir á Monjoyeux.

Desgraciadamente el drama no gustó: se pudo salvar la escena del duelo haciendo milagros y los silvidos fueron la última palabra de aquella obra maestra.

Pero Octavio y sus amigos consolaron á Monjoyeux con una cena brillante.

Monjoyeux riñó algunos días despues con el director de escena. No quería representar los papeles de traider ni los de barba. Y como los demás teatros tenían ya su primer actor acreditado, se encontró en la calle, siendo así que era un grande artista al cual nadie comprendía.

Octavio le encontró en varias partes. Le encontró en su miseria digna y caballeresca, representando

dentro bastidores su papel de mosquetero ó de D. Juan. Le invitó á cenar con las mismas cómicas. Sus amigos quedaron sorprendidos ante aquel talento mitad galo, mitad parisiense, que se deslizaba tan alegremente sobre los manteles.

Se le invitó al otro día, despues al otro y despues siempre, tanto que su teatro era el Café Inglés. Allí fué donde improvisó sus papeles durante el invierno, contento de su público, aunque reconociese que el público del boulevard del Crimen fuese aun mejor.

Aquella era una figura del siglo diez y nueve con todas las aspiraciones y todas las decadencias que nos apasionan y nos desencantan. Habia partido desde el último peldaño de la escala social: Monjoyeux no era su nombre: era un apodo, un apodo de buen augurio. Su padre, que era un trapero de la calle Graciense, le arrastraba con él en sus escursiones nocturnas. El niño era tan alegre á pesar de la lluvia, de la nieve y á través de la tempestad ó de la brisa, que el trapero le llamaba mon Joyeux (1) bien como hubiese podido llamarle mi Ganapan.

Monjoyeux carecia de estado civil: su madre le habia dado á luz en las antiguas canteras de Montmartre, ella no habia juzgado muy útil dar parte de esto al Alcalde, tanto mas, cuanto, en aquel hermoso período de su vida, se consideraba pertenecer al barrio número XIII, toda vez que carecia de domicilio fijo.

(1) Mi Alegre.

Monjoyeux, que entonces no reia, estaba muy bien alojado, toda vez que habia elegido por domicilio el seno de su madre. La buena mujer no estaba casada; mas era fiel á su compañero nocturno; Monjoyeux no era pues el hijo de treinta y seis padres. Jamás supo si habia sido bautizado y no conocia su nombre de pila; se le llamaba alguna vez Juan, como á su padre; pero mas frecuentemente Monjoyeux.

Pradier fué quien decidió de su suerte. Cierta mañana en que el niño no habia apagado su linterna y en que estaba ensimismado contemplando los grabados de una estamperia del muelle Voltaire, Pradier se detuvo en frente suyo, encantado de su pequeña figura á la Chardin. Era como un viejo grabado de Saint-Aubin; ya recordareis aquellas hermosas estampas: los Pequeños polizontes de Paris.

Pradier le dirigió la palabra. Era entusiasta de las escenas callejeras y de los estudios al aire libre. Quién no recuerda el haberle visto retroceder en su camino y seguir esas figuras de carácter que únicamente los verdaderos artistas saludan á su paso?

—Qué diablo buscas, hijo mio, con tu linterna encendida? le dijo. No ves, pues, el sol?

El niño miró á Pradier con los ojos cual puños: era la primera vez que un hombre de levita le hablabá sonriendo.

—Busco á mi padre.

—Es un hombre tu padre, mi querido Diógenes?

—No señor, es un trapero.

—Entonces le encontrarás por la noche: vente conmigo y te daré cien sueldos.

Monjoyeux pareció que no comprendía; mas siguió á Pradier que le condujo á su taller de la calle de la Abadía.

Luego que el escultor cogió un lápiz para trazar un croquis, el niño comprendió algo.

—Ah! sí, dijo: haceis estatuas. Oh! qué hermoso es el mármol.

—Donde has visto el mármol?

—En las iglesias. El mármol me gusta mucho: cuando paso frente al jardín de las Tullerías daría un sueldo por entrar en él. Pero alto allí! este no es el jardín de la canalla.

Voltaire llamaba á la iglesia la *Opera de los miserables*. Hé aquí una de sus impertinencias filosóficas. Digo *filosóficas*, porque no era una frase vana. La iglesia es el palacio de los miserables. El templo inicia al pueblo en el sentimiento de lo Bello y de lo Bueno, estas dos fuentes paralelas que se encuentran donde confluye todo lo grande. Los revolucionarios que cerraron las iglesias no fueron tan solo deicidas sino homicidas. Querían matar el alma. La iglesia es la grande escuela: enseña á Dios, el Arte, la Poesía, la Música á aquellos que no tienen tiempo de escuchar á los maestros. Si un pobre diablo que nunca ha abierto los ojos á la luz cruza una iglesia, Dios le habla por los ojos, ya que no por la voz del alma. Ante las obras maestras de la estatuaria y la pintura,

oyendo las grandes sinfonías del órgano, que son como las voces divinas dominando las humanas, se detiene abismado en una admiración sorda, pero ya inteligente. Si no siente la presencia de Dios, admira al hombre en sus obras. Esto es ya un paso luminoso. Cuantas iglesias hay que en la edad media fueron el museo de donde salieron ejércitos de artistas! Observad que la gramática del arte habla en ellos desde el alfa hasta el omega. El robusto obrero encuentra allí su punto de partida en el corte de las piedras, en las obras de cerrajería, en la escultura ornamentada como el oscuro buscador que bien dotado por la naturaleza, será, algún día, un Giotto, un Juan Goujon ó un Lulli.

Abrid los palacios al pueblo; mas no le cerreis nunca las iglesias.

Estos fueron los pensamientos de Pradier, al escuchar al niño que tenía en frente suyo.

—Si quieres tanto el mármol, por qué no te quedas conmigo?

—Oh! sí, interrumpió Monjoyeux; pero que diría mi madre?

—Ah! tienes madre? Y bien, le señalaremos una renta para que te deje en libertad.

Monjoyeux no estaba ya quieto: bailaba.

—Sí, pero, añadió con tristeza, no veré mas á mi madre.

—Irás á verla y ella vendrá á verte.

—Pobre mujer! podría entrar aquí con sus harapos?

—Sí, sí, dijo Pradier; esto no es como el jardín de las Tullerías. Toma: te prometí cinco francos: llévalos á tu madre.

Y le dió un luís.

Monjoyeux lloraba de alegría.

—Véte, pobrecito, y si mañana aun te gusta el mármol, vente aquí para siempre.

Monjoyeux volvió al taller en aquel mismo día. Pradier le dió un lápiz. No quedó poco sorprendido al ver que el niño dibujaba. Hasta entonces aquel pillete se habia ejercitado en los muros de Paris, mientras que sus camaradas escribian máximas en ellos.

Se han publicado los muros revolucionarios: tambien se podrian publicar los muros artísticos y literarios. A los diez y ocho años, Monjoyeux iba á disputar el premio de Roma cuando murió Pradier. Este fué el primer dolor de su vida. Perdió en el concurso, y perdió porque era tan libre en el dibujo: á semejanza de Pradier, queria que el mármol hablase.

Todas las bellas artes dan la pobreza; mas la escultura dá la miseria.

Seis meses despues de la muerte de Pradier, carecia de taller y de mármol. En vano llamó á muchas puertas: su mano era orgullosa y discreta y las puertas se cerraron. No habia tenido hasta entonces mas que dos verdaderas pasiones; dos originalidades: Pradier y Federico Lemaitre.

Desesperando de la escultura, se hizo cómico. Representó el drama y la comedia con el carácter de

los grandes artistas. El niño delicado se habia convertido en hombre robusto. Pertenecia á la naturaleza de los titanes: cabeza enmarañada y espalda de Hércules. Era uno de los mas hermosos ejemplares de la humanidad.

Así como Octavio era hermoso por su nobleza y su gracia, así lo era Monjoyeux por su robustez y su audacia. Los dos tenian en un mismo grado la radiante belleza de la inteligencia.

Monjoyeux vivia en la miseria. No tenia ni taller ni teatro: representaba y esculpia á la aventura. La señorita Raquel y la señorita Brohan, le habian dado cinco mil francos por dos bustos, dos retratos: la Tragedia y la Comedia. Habia dado representaciones en Lion y en Burdeos, imitando los papeles de Federico. Hablaba de dar la vuelta al mundo. Entre tanto vivia hoy sin contar para mañana, sembrando á manos llenas la verdad y la paradoja, mientras sus amigos del club sembraban oro.

Aquellos aristócratas del *turf* se decian alguna vez uno á otro:

—Este cómico es simpático, mas nosotros no podemos ser los amigos de un cómico. Y con frecuencia no le conocian en la calle.

No hay que hacerse ilusiones: la cuestion no ha dado un paso desde Moliere. Luis XIV se dignó almorzar con el extremo de sus lábios, con el mas grande hombre de su reinado, para dar una leccion á sus esclavos. Almorzaria hoy Luis XIV, con Federico Le-

maitre? Unicamente la Iglesia ha abierto francamente sus puertas y su Campo Santo. La gente de gran tono solo recibe los comediantes el dia en que la comedia se representa en su casa.

Verdad es, que los cómicos no quisieran recibir en la suya á la gente del gran mundo.

Octavio no tenia estas preocupaciones; fuera de esto Monjoyeux era tan buen escultor como buen cómico. Daba con valor su brazo á Monjoyeux; le llamaba su amigo, y se batió una vez por una frase dicha en contra suya. Asi Monjoyeux decia: «En la vida y en la muerte debo ser fiel á un hombre que ha recibido una herida por mí, y que ha ocasionado otra en mi obsequio.»

—No soy vuestro amigo, soy vuestro leon, habia dicho á Octavio. Si algun dia vuestros enemigos caen bajo mi pata, ya vereis mis uñas!

## XII.

## EL CUARTO CON DOS CAMAS.

Octavio habia vuelto á Paris desde hacia ocho dias. Habia resuelto marchar al Perú, con el primer buque trasatlántico. Su maleta estaba ya dispuesta; habia dado su adios á sus cinco amigos y á sus quinientas amigas, sin que nada pudiese detenerle un dia mas en la capital de Francia.

Pero él no habia contado en un billetito que le llegó de Baden perfumado aun con los olores de la otra parte del Rhin y que exhalaba no se que perfume de Johannisberg. Decíase á Octavio que Baden estaba triste desde que se habia esparcido el rumor de que él no iria allí.

—Porque no he de ir á Boden? se preguntó Octavio: quizá allí me aguarda la fortuna. Baden ó el Perú lo mismo dá.

Aun nó he indicado bastante las singularidades del carácter de Octavio. Creia firmemente que en todas las cosas, el único servicio que se podia exigir de un amigo, era el de una moneda de cien sueldos, no para gastarla, sino para echarla al aire y jugar, cada

una de sus acciones, á cara ó cruz. El nunca faltaba á esta máxima. Para él la indecision era lo peor de todo: arruinaba la energía, arruinaba la voluntad, arruinaba la vida. Habia visto, siendo muy jóven, representar en un salon, la vieja comedia *El Indeciso*, en que el buen Valerio, flota constantemente entre Isabel y Celimena. Ya sé conoce el último verso de la comedia. En el momento de dirigirse á la Iglesia con Valerio, y esclama:

Sin duda mejor fuera  
Unirme á Celimena.

Parisis, que solo contaba entonces doce años, gritó, en voz alta:

—«Porque no se casa con las dos?»

Luego que Octavio recibió la carta de Baden, echó al aire una moneda de cien sueldos.

—Si es cara, dije, iré á Baden.

La moneda cayó de cara; el dios Azar habia hablado; Octavio obedeció.

Deseoso de no meter ruido, quiso llegar de *incógnito* y se dirigió allí sin equipages, decidido á arriesgar veinte y cinco mil francos y volverse, en caso de que el dios Azar se hubiese engañado.

Parisis llegó una tarde á Baden, el segundo dia en que se celebraban las carreras. En el desembarcadero, Saint Aymour le dijo que Violeta habia llegado pero que ocultaba su dicha con un ruso mas ó menos príncipe. Tambien ella habia llegado de *incógnito*.

No queriendo Octavio mostrarse á la luz del dia, bajó en la fonda de Francia, que, naturalmente, nunca es frecuentada por franceses. El dueño de la fonda, que comprendió en seguida que se trataba de un gran señor, le dijo que sentia mucho no tener á su disposicion un departamento. Octavio dijo que se contentaria con un cuarto; pero no habia nada, y todos los cuartos se hallaban ocupados.

—Buscad bien, dijo Parisis.

—Aguardad! exclamó el fondista; hay una señora que vá á marchar luego á Paris, y, ademas de esto, sino marcha, peor para ella.

—No sois muy galante, dijo Octavio; pero, en fin, esto no me importa: dadme este cuarto.

—Hay una pequeña dificultad: la señora en cuestion conserva aun la llave.

—Quien es esta señora?

—Es una señora muy conocida, segun creo; pero yo no la conozco, dijo el fondista con maligno acento.

—Donde está?

—En la ruleta; no dudo que estará allí, porque siempre pierde, y ya sabeis que la pérdida hace los jugadores y sobre todo las jugadoras. Ahora que recuerdo yo tengo una llave: aquella señora nada tiene que perder, toda vez que se lo ha jugado todo...

—Hasta el honor? preguntó Octavio, como si miediera un obelisco.

—Creo que sí. Voy á abriros la puerta.

—Perfectamente!

Octavio buscador siempre de aventuras, no dió ningun paso hacia atrás. Entró resueltamente en el cuarto de la dama.

—Dos camas! dijo. Diablo, cuanto lujo!

—Sí, caballero, un verdadero lujo; pero, en honor de la verdad, he de aseguraros que la dama siempre ha dormido sola.

—Pero ahora mismo, vos dudabais de su virtud?

—Y dudo aun, caballero. Vos dudareis de ella al verla.

—Me es igual: el cuarto es muy bonito, se vé un paisaje desde la ventana y aquí hay el retrato de la reina Victoria y del rey de Prusia. En verdad que no esperaba tanta dicha.

El fondista iba á retirarse y dijo á Octavio.

Vuestro nombre, caballero?

—Cual es el caballo que ha ganado hoy el premio?

—Gladiador.

—Pues bien: este es mi nombre; ni una palabra mas.

Octavio se quedó solo, abrió su 'saco de noche, y echó aquí y allí, camisas, corbatas y pantuflas.

—Oh! oh! dijo, acercándose á la mesa de tocador: la dama es amiga del lujo: he aquí un atalage de muger como hay pocos. Di, pichona; quien te dió esto? Quizá es mio. Pero no hagamos locuras. Estoy cubierto de polvo hasta el punto de que siento como las yerbas germinan en mi garganta. Es indispensable una fuerte ablución.

Octavio echó agua en una jofaina y sumergió en ella su cabeza.

En aquel mismo instante la dama entró en su cuarto, ó, mejor dicho, en el de Octavio.

Nadie la había advertido: así es, que su sorpresa fué tal, que se quedó sin palabra.

Al rumor que hacia la puerta al abrirse, Octavio se volvió con las megillas y las barbas chorreando.

—Ah! sois vos, señora? dijo con el acento mas tranquilo del mundo: celebro mucho el veros.

A la primera ojeada, Octavio juzgó que la dama era admirablemente hermosa.

—Si el fondista se habrá equivocado? se preguntó. Es bastante tuno para esto.

—Caballero, dijo la recien llegada, levantando su cabeza; supongo que la impertinencia no vá tan lejos quiero creer que equivocásteis la puerta.

—No, señora: ignorais tal vez que el Gran Duque acaba de dar un decreto? Todos los cuartos con dos camas, tendrán en lo sucesivo que estar habitados por dos viajeros.

—De unc y otro sexo? preguntó la señora, sin que pudiese contener la risa.

—Claro está. Que hay de malo en esto? Ya sabeis como yo, que la virtud no está en peligro, sino cuando busca el peligro,

La dama entró en el lleno de su dignidad.

—No he venido aquí, dijo, para que me enseñasen máximas de moral.

—Y yo, señora, no he venido aquí, para formularlas.

Al hablar así, Octavio había cogido su peine para echar al viento su barba y sus cabellos. Se había convertido en el hombre mas hermoso de su tiempo.

—Y ahora, señora, prosiguió, permitidme que os presente mi targeta.

—El señor duque de Parisis! exclamó la dama. Y bien: he aquí una razon de mas, para protestar contra el decreto del Gran Duque. Con un hombre cual vos, caballero, los cuartos con dos camas son ilusiones.

—No creia, señora, que se hubiese formado tan aventajada opinion de mí, al otro lado del Rhin. Sobre el Rhin aleman, solo se debe temer á los alemanes.

—Palabras, palabras, palabras. El fondista quizá se ha figurado que yo partia esta tarde; pero, á Dios gracias, me quedo.

—Porque, á Dios gracias? Tomaos la pena de sentaros, señora.

—Sois muy galante, caballero.

—Aquí hay dos sillones, segun podreis ver: podemos hablar tranquilamente.

—Cierto que hay dos sillones: no lo habia observado. Estoy bien alojada y puesto que seguiré ocupando este cuarto...

—A Dios gracias.

—Sí, á Dios gracias, caballero.

La dama colocó sobre la chimenea, dos cartuchos de oro.

—Esto es elocuente, dijo Parisis; me convengo, señora, de que teneis dos mil razones para permanecer aquí. Este cuarto os trae fortuna: sabeis porque? Porque yo estoy en él. Yo me llamo *Feliche* por mi apellido materno.

—Caballero, tengo mis preocupaciones; pero no soy supersticiosa. Yo creo que no es muy decente el ocupar un cuarto con dos camas, con un desconocido, y por otra parte, creo que los hombres no traen dicha.

Y al decir estas frases la señora no pudo ocultar cierta espresion de melancolía que llegaba á la tristeza.

—Señora, yo hago un llamamiento á vuestro patriotismo: no echareis fuera de vuestro cuarto á un francés que se encuentra al otro lado del Rhin.

—Caballero, yo no creo en las fronteras; hé aquí porque os suplico que cojais vuestro sombrero y os dirijais á saludar á las señoras que hallareis en el salon de Conversacion. Allí vereis á la señorita Treinta y Seis Virtudes, á la señora Revolver, á la señora Rebecca, á la señorita Tornasol, á la Nueva Heloisa y otras hermosas de la edad de oro. Las Phrynés tienen tres juventudes.

—Tranquilizaos señora, soy un hombre bien nacido y nunca he violentado á las mujeres. Nunca en las amorosas luchas me he tomado mas de lo que han querido darme: este es el derecho de la guerra. Pero

ya que vos no quereis concederme hospitalidad yo me la tomo.

La dama fijó con curiosidad sus ojos en el duque.

—Os admiro, caballero; y creéis que yo me sujetaré pacíficamente á vuestra voluntad?

—Llamad, vuestros criados, señora, y yo llamaré los míos. Pero lo olvidaba: los dejamos en París y ambos viajamos de *incógnito*.

—Mis criados! caballero: son mi cólera, mi dignidad, mi pudor.

—Olvidais vuestra virtud, señora: quereis que la llame?

Octavio se quedó sorprendido al ver dos lágrimas en los ojos de aquella dama. Cogió sus manos y se las besó con respeto.

—Si os ofendí, señora, os pido mil perdones.

Sucede siempre que en el momento en que la mujer vá á echar fuera de la puerta á un hombre, se deja vencer si el hombre es hombre y la mujer es hermosa y tiene razon.

Octavio estuvo irresistible: habló tan bien, se mostró tan insensato, improvisó tantas frases, probó un amor tan repentino, que la dama se quedó por decirlo así, desarmada.

Firmaron un tratado en cuatro artículos como el que hay en el *Viaje sentimental* y en no recuerdo que comedia.

## I.

El cuarto quedará dividido en dos hasta la media noche.

## II.

El señor tendrá su cama, pero no tendrá el derecho de acostarse.

## III.

Suceda lo que suceda, la llave estará siempre en la puerta.

## IV.

El señor aspirará el aire en la misma ventana si la señora no está en ella.

*Artículo adicional.*

Hasta las doce de la noche, el caballero buscará en la ciudad otro cuarto ó una señora mas hospitalaria. Si no la encuentra á media noche, las partes beligerantes proveerán.

No bien se firmó el tratado cuando la dama se colocó en la ventana para indicar de un modo claro su derecho.

—Esto es, dijo Octavio, las mujeres nunca pierden un minuto para probar su despotismo.

Y se acercó á la ventana, bien como si le faltase el aire.

—Os veo venir, dijo la dama: la ventana es estrecha: conozco estos ardides.

—No dudo, señora, de vuestra ciencia universal. Las mujeres mas ignorantes han cruzado por debajo el árbol de su abuela. Adán no las enseñó nunca nada. Os gustan esos montes elevados?

—Mucho, caballero. Pero si quereis verlos mejor, id y pasead sus cumbres. No violemos la ley. He ve-

nido aquí para vestirme. Se acerca la hora de comer y gracias á vos no comeré.

—Ved lo que es la pasión, señora: yo también había olvidado la hora de comer y sin embargo Dios sabe si al llegar sentía apetito. Quereis comer conmigo, señora? Las más violentas pasiones no impiden que se coma.

—Gracias: ó como sola ó en la mesa redonda. Yo os aseguro que no estoy más sola cuando como en la mesa redonda que cuando como en mi cuarto.

—Señora, dijo Parisis, tengo el honor de saludaros. Volveremos á vernos entre once y doce de la noche.

—Para decirnos, adios, caballero.

—Sí, será un adios eterno.

Y el duque de Parisis cerró la puerta murmurando.

—Que el diablo me lleve si comprendo esto; y sin embargo tengo buen golpe de vista.

Al bajar la escalera dió con el fondista.

—Y bien, le dijo! me habeis proporcionado una amistad singular; cómo se llama esta señora?

—La Señora de Marsillon. Tomad: su targeta está en la mesa de mi despacho.

Octavio miró la targeta.

—Una corona de marquesa! Debíais advertírmelo.

—Porqué, caballero?

—Porqué? Porque he buscado por los cuatro caminos y hubiese ido por el atajo.

El fondista, por malicioso que fuera, se hizo el desentendido.

Cinco minutos despues, Octavio encendió un cigarro y se dirigió á pastar—segun su frase peculiar—al salon de Conversacion, llamado así porque en él no se habla nunca.

Luego de haber dado veinte pasos se volvió y miró una de las ventanas del segundo piso, donde creyó que veria á la señora de Marsillon; pero no estaba allí.

Habia cerrado la ventana y miraba á través de la cortina.

El se puso de mal humor y ella contenta.

—Marsillon! Marsillon! decia el jóven entre dientes; yo conozco los Marsillon; es una buena familia de Tolosa; hay un Marsillon al servicio del papa. Quien sabe! quizá la marquesa mantiene algun zuavo pontificio!

en obsequio de alguien? Conoceis á la señora de Marsillon!

—Si la conocemos! no conocemos á nadie mas que á ella!

—Entendámonos: la conoceis *intra muros*?

—Oh! en cuanto á esto no. Es muy hermosa: todo el mundo se lo dice; pero ella no recibe homenajes sino *extra muros*. Nadie de nosotros ha penetrado aun en su casa. Has entrado tú por la ventana?

—No: he bajado hasta su casa.

—Por la chimenea?

—Tal vez. Qué hace aquí ella?

—Juega.

—Sin padre, ni madre, ni hermano, ni amante?

—Cabal. Llegó aquí con un negro que cuidaba la cola de su vestido; pero el negro ha sido robado por una mujer de la clase media, hija de Breslau, que queria tener su sucesion colorada.

—Como pasa sus dias y sus noches?

—En cuanto á sus noches, este es el secreto de los dioses; en cuanto á sus dias, este el secreto de Polichilena. Viene con indolencia á jugar el treinta y el cuarenta á medio dia. No es ruidosa, ni coqueta: coge su puesto sin énfasis, dá los golpes con conciencia y juega estúpidamente.

—Cada uno juega segun su inspiracion, dijo una señora de rompe y rasga. Vos la encontráis muy bella y yo la encuentro muy bestia.

—Querida, nunca se es tan bestia como cuando

## XIII.

DONDE SE TRATA DE LA SEÑORA DE MARSILLON QUE LLEVABA MASCARONES DE ORO SOBRE CAMPO DE GULES.

Al llegar al salon de Conversacion Octavio fué aclamado.

—Parisis! Parisis! Parisis!

Todo el mundo se disputó quien lo tendria á su mesa.

—Por aquí! por aquí! por aquí! gritaron todos.

Octavio buscaba á las mujeres con los ojos, bien como si tuviese el presentimiento de que debia ver á Violeta.

Se volvia de las carreras, se era aun en esta locura de la bajada de la Courtille.

—Que fortuna de verte aquí! á tí á quien nadie ya esperaba!

—Esto sin embargo no estoy de fortuna, dijo Octavio. Vengo de hacer la córte á una mujer por espacio de una hora; es una mujer á la cual no conozco y que me ha echado de su cuarto. Verdad es que quizá sea una fortuna, pues quien sabe si ha obrado así

se dice algo no teniendo motivo para decir nada.

—Sí: conozco vuestra opinion:

La palabra es plata: oro el silencio.

—Lo cual no impide que esteis siempre elocuente.

—Si la palabra es plata, debieras poner la tuya en el número 36, pues el 36 no ha salido aun en todo el dia.

Para celebrar la llegada del duque de Parisís se habian traído tres mesas en torno suyo. Todos los corazones se habian acercado: á los postres, las mujeres bebían en los vasos de sus vecinos.

Era una pequeña fiesta del Café Inglés.

Octavio pensaba vágamente en la dama de la fonda de Francia. Veía como se dibujaban aquellos lechos con paramentos blancos que protegían el rey de Prusia y la reina Victoria.

A través de los humos del champagne veía un horizonte mas dulce. Aquel dia su ideal se fijaba en aquel cuarto que el destino le habia abierto y casi cerrado.

Después de la comida se fueron de dos en dos—la mujer arrastrando al hombre—á echar un puñado de oro en la ruleta ó bien al treinta y cuarenta.

Octavio seguía buscando á Violeta sin pronunciar su nombre; pero Violeta no pareció, ya estuviere oculta en una fonda, ya hubiese dejado Baden.

Echó un billete de quinientos francos para la señorita Tornasol que estuvo á punto de caer desmayada al ver aquella apuesta.

En cuanto al jóven no observó nada: la señora de Marsillon acababa de cruzar en frente suyo, mucho mas hermosa que cuando la vió en su cuarto.

—A quién buskais, señora? le preguntó atravesándose á su paso.

—No á vos, caballero.

—Haceis mal, pues si me buscáseis bien me encontraríais.

—Estoy furiosa. Figuraos que yo tenia mi puesto y aquel hipopótamo que veis allí, me lo ha quitado para jugar federicos. Lo deshonra.

—Y bien, señora, no os pongais furiosa. Voy á rogarle que os devuelva vuestro asiento: si se resiste, como es un alemán, le buscaré una querrela alemana.

Al decir estas frases, Parisís se dirigió en línea recta hácia el hipopótamo.

—Caballero, vos sereis bastante amable para dejar vuestro asiento á una señora que está en pié?

—Nó! contestó el alemán.

—Estais casado, caballero, no es cierto?

—Sí!

—Pues bien, voy á robaros vuestra mujer.

—Poco me importa, dijo el alemán.

—Si robo á vuestra mujer, caballero, es porque en seguida os robaré vuestra hija.

—Vos me insultais, caballero!

—Es cierto.

—Pues bien, salgamos.

—Sí, caballero.

La señora de Marsillon habia vuelto á recobrar su asiento.

—Tomad, caballero, dijo al alemán, dándole un florín doble, aquí teneis el dote de vuestra hija.

La señora de Marsillon estaba conmovida en el instante en que apostaba en el colorado uno de los dos cartuchos que Parisis habia visto sobre la chimenea.

Perdió.

Todo el mundo tenia sus ojos fijos en ella, lo cual le obligó á jugar el segundo cartucho á fin de mostrarse valiente.

Hé aquí lo que pierde á los jugadores. Tan pronto como el jugador se dá en espectáculo, se le puede considerar derrotado.

La señora de Marsillon perdió el segundo cartucho. Cogió un alfiler y marcó heroicamente su derrota. Pero cómo tomar la revancha?

Volvióse hácia Octavio y le dijo con sencillez:

—Y sin embargo, siento una corazonada: saldrá una série de colorados.

Octavio desarrugó un billete de mil francos y lo echó al colorado.

—Quiero una mitad de las ganancias, dijo con una galantería exquisita.

Salió el colorado.

—Juega tres mil francos dijo al banquero.

Y con aire distraido aumentó la apuesta con otro billete de mil francos.

El colorado salió.

Dado el segundo golpe, Octavio alcanzó el máximo.

—Juego seis mil francos.

La señora de Marsillon no decia una palabra.

El colorado salió ocho veces. El juego no habia concluido, pero habia saltado la banca.

Ya se comprenderá que en torno de la mesa se observaba una emocion vivísima.

—Y bien! dijo Octavio á la señora de Marsillon, coged este rastrillo con vuestras blancas manos y tirad hácia nosotros aquellos lingotes y aquellos papeluchos.

—Es un trabajo enorme, dijo la señora de Marsillon cogiendo el rastrillo y dejándolo caer sobre aquella masa de monedas y de billetes de banco.

—Sabeis contar? preguntó Octavio á la hermosa jugadora.

—Nó, dijo esta. Y vos?

—Tampoco. Coged los papeluchos y yo cogeré el oro.

—Nó, seriais robado. Llamemos á un polizonte.

—Oh! Dios mio, exclamó Octavio que sabia perfectamente lo que habia ganado: solo hay cuarenta y ocho mil francos.

—Y además de esto, observó la señora de Marsillon que sabia contar tan bien como Octavio, hay los dos mil francos que apostasteis.

—No hay que deducir nada. La apuesta es tan

vuestra como mía. No contais para nada vuestra inspiracion? Ved lo que es el azar: si hubieseis traído mil francos mas, yo no ganaría nada. Aun mas: si hubiese parlamentado medio minuto mas con aquel hipopótamo antes de darse la série de colorados, no hubierais perdido sino mil francos.

—Sí, los mil francos que se arrojan á los dioses celosos, segun dicen los jugadores.

El señor de Parisis hizo lo posible para que aquella cantidad fuese dividida como entre amantes; pero la señora de Marsillon solo quiso aceptar la mitad.

Fué prudente.

Despues de haber arriesgado unos cuantos luses á la ruleta, siempre en compañía de Octavio, le saludó, sonriendo y le dijo que iba á acostarse.

—Os acompañaré, señora.

—Nó, caballero.

—No os dan miedo los ladrones?

—Nó: no temo ni á los ladrones de oro ni á los otros, dijo con acento de burla la señora de Marsillon.

Y salió.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

#### XIV.

##### LA LUNA MIRABA POR LA VENTANA.

Octavio creyó que debía llegar al cuarto antes que ella. Ahora que acababa de hacerla ganar veinte y cuatro mil francos, se creia menos adelantado que antes. Era de aquellos que no quieren recoger nunca el fruto del agradecimiento. Una mujer á la cual obligaba se convertia para él en un objeto sagrado.

Verdad es que no habia obligado á la señora de Marsillon: habia jugado con ella; pero temia que tomara sus ataques por el deseo de cobrar una deuda. Hé aquí porque deseaba llegar á la fonda antes que ella. Esto no le fué muy difícil. Cuando ella estaba á mitad del camino, él cogia la llave de su cuarto.

Su primera accion consistió en echarse sobre la cama que estaba de repuesto, fumando un cigarro, despues de haber encendido cuatro bujías al otro lado de la chimenea y que estaban sobre el velador.

—Esto está iluminado á *giorno*, dijo entrando la señora de Marsillon.

Buscó con los ojos y dió un paso hácia atrás, viéndolo á Parisis acostado.

—En verdad, caballero, que no aguardaba esto.

Octavio hizo un ligero saludo con su cabeza y siguió sin hacer el mas pequeño movimiento.

—Figuraos que he perdido, interrumpió luego. No son estas las emociones del juego? Siempre resultará que permanezco aquí tendido y que por nada del mundo me sostendria en pié.

—Qué se ha de hacer entonces? Y yo que por nada del mundo me acostaria si vos no os levantaseis.

—Quereis, pues, señora, condenarme á dormir en pié?

—Sé perfectamente, caballero, que vuestros piés no están hechos para tanto; mas tampoco los míos.

—Y bien, señora, acostaos; yo no me opondré á ello.

—Calle! Y es por esto que encendisteis cuatro bujías?

—Sí, señora; no conozco nada tan hermoso como una mujer cuando se acuesta, así como no conozco nada tan triste como una mujer cuando se levanta.

—Cuatro bujías! repitió la señora de Marsillon.

—Sí, dijo Octavio, sin contar que la luna asoma su hocico á la ventana.

—Todo esto no deja de ser muy curioso, caballero; pero van á dar las doce: vos no habreis olvidado los artículos de nuestro convenio: es hora de decirnos adios.

—Para siempre?

—Para siempre.

—Y bien, señora, lo que exigís está por encima de mis fuerzas, sed caritativa: esta cama es mi única tabla de salvacion: no me arrojéis al mar; os juro que no violaré las leyes de la hospitalidad.

—La hospitalidad! Como! tomáis una ciudadela que no estaba defendida, entráis en ella con armas y bagajes, os acostáis donde os place y me habláis aun de hospitalidad?

El rostro de la señora de Marsillon, hasta entonces alegre, tomó, de repente, un aspecto severo.

—Vamos, caballero, hemos soltado ya demasiadas torpezas; me obligareis á llamar y á suplicar al fondista que os eche á la calle.

—Id con tiento, señora, meteré ruido y se me pondrá mas y mas en el interior de la fonda.

—Vaya, caballero, poneos formal, aunque no sea mas que por cinco minutos. Me consta que no habeis venido á Baden por esto: vuestra cabeza es demasiado serena para acusar al champagne de tal locura.

Octavio habia levantado su cabeza.

—Señora, dijo, si me cerrais vuestra puerta, ó, mejor dicho, la mia, pensad en el compromiso en que me poneis: tendré que pedir hospitalidad á la señorita Tornasol.

—Y bien, caballero, os encontrareis en un país conocido; pues uno y otro habeis traído en las suelas de vuestros zapatos el polvo patriótico del boulevard de Capuchinos.

—Señora, no conoceis ni á ella ni á mí: la seño-

rita Tornasol, sea quien sea, jamás arriesgó sus piecitos en el boulevard de Capuchinos.

—Ah! sí: la conozco... de oidas. Es una antigua escudera que siempre está á caballo. Hariais mejor en llamarla Vuelve-Riendas.

—Vaya: veo que os poneis chistosa; mi causa está ganada.

—No, caballero, vuestra causa está mas perdida que nunca. Voy á llamar en seguida.

Octavio se levantó de un brinco; pronunció frases hipócritas que le permitieron retirar la llave, despues de haber cerrado la puerta dulcemente.

—Creia, dijo la señora de Marsillon, que esto unicamente se hacia en las comedias.

—Es posible, señora. Hay una cosa que no se hace nunca en las comedias.

Y arrancó el cordon de la campanilla.

—Os volveis loco!

—Qué diriais si fuera sábio?

La señora de Marsillon se situó con orgullo, cerca de la chimenea y dijo:

—Creéis, tal vez, que yo temo vuestras violencias y que me inquieto por vuestra malicia.

—No. Me imagino que no podeis concluir tan hermoso dia con una noche toledana.

—Y bien, contaré mi oro y deduciré mis gastos.

—No creia que fueseis una muger de números.

—Si me amaseis mejor, sino quisieseis que me despoetizara á vuestros ojos, abriria la ventana y so-

ñaria al resplandor de la luna, á semejanza de Julietta cuando esperaba á Romeo.

—Pero si Romeo está aquí!

—Vos! Romeo! Si fueseis Romeo, bajariais en seguida para darme una serenata; pero en el barrio de los indiscretos no se conocen los Romeos.

La señora de Marsillon abrió la ventana. Parisis, naturalmente se colocó en el alfeizar; pero ella le rechazó con una indignacion ya natural, ya fingida.

—Cuan bella estais asi! dijo Octavio cruzandose los brazos, pues comprendia que el momento de la batalla no habia aun llegado.

—Lo sé, dijo la señora de Marsillon, una muger está siempre hermosa, cuando se queda frente á frente de un hombre que se olvida.

—Queréis fumar, señora?

La señora de Marsillon sonrió con amargura.

—A que vienen estas impertinencias? dijo. Que os he hecho? Si en Paris se supiese que entre las doce y la una de la noche, el señor de Parisis se encontraba el 5 de setiembre con una muger de mundo, que se pensaría?

—Hace ya mucho tiempo, señora, que Paris no piensa en estas cosas: tendria que pensar demasiado. Solo los torpes se indignan por los placeres de otros. Os lo ruego: no seamos preocupados. Vos estais sola en Baden como yo mismo; ya que sois amante de los números ya sabeis que uno y uno hacen dos; hay nada tan hermoso como este número de oro,

cuando lo constituyen una muger hermosa y un hombre enamorado?

Octavio se habia acercado á la señora de Marsillon y habia cogido su mano.

—Pensad, señora, que no habeis venido aquí para hacer penitencia.

—Esto no os concierne, caballero; vos no teneis ningun título para examinar mis acciones.

—Quizá, señora, pues yo soy la opinion pública.

—Pues bien: si sois la opinion pública, me burlo de ella.

Desde hacia una hora la señora de Marsillon adoptaba las actitudes de una muger de mundo que se indigna y que no quiere ser vencida; mas hubo de pronunciar estas últimas frases con toda su energia.

—Quien sabe, se dijo Octavio, si es una pícara sencilla, ó, mejor dicho, una pícara astuta?

Mas luego reflexionó que muchas mujeres del gran mundo, adoptan, para estar mas en moda, el hermoso lenguaje y las hermosas maneras de las corredoras de aventuras.

Quiso escribir algunas páginas arqueológicas, y dijo:

—Pero, señora, debemos conocernos mucho; los dos somos bien nacidos: ambos tenemos que frecuentar los mismos parages.

—No, caballero; excepto en mi casa, jamás os he encontrado en parte alguna.

—Vais á las recepciones de la corte, á las fiestas

de las embajadas, á las tertulias de los ministros?

—No, caballero: nunca salgo de casa.

—Y que haceis en vuestra casa, señora?

—Nada os importa, caballero: está prohibido el entrar en la vida privada.

Parisis atormentó su bigote.

—Sois una mujer impenetrable.

—No: soy tan sencilla que no penetráis en mi alma, porque la miráis con lentes.

—Mis lentes no me impiden ver que teneis los mas hermosos brazos del mundo.

Parisis deslizaba su mano por entre las mangas de su vestido.

—Fria como la serpiente! exclamó.

—Soy una muger de mármol.

—Donde está Pygmalion? Cuando vos estais en Baden se encuentra en Biarritz vuestro marido?

—Id á verlo.

En aquel instante una mariposa se estrelló en la luz de la bugia. La señora de Marsillon se estremeció y casi se abandonó á las acariciadoras manos de Octavio.

—Que bestia soy! dijo ella: he aquí, sin embargo lo que me dá miedo.

—Y bien, señora, mataremos las bugias para que las mariposas no incomoden. Por otra parte se han gastado y se hallan en el último extremo.

—Y vos creéis, tal vez, que yo tambien me hallo en el último extremo? Pues bien, os confieso franca-

mente que es cierto, porque me habeis enervado y me estoy muriendo de sueño... Id con tiento.... me destrozais mis blondas.

Octavio habia apagado las bugias.

—Veamos, señor de Parisis: sed discreto: acostaos y yo me echaré en un sillón.

—En un sillón!

Octavio levantó en sus brazos de acero á la bellísima amazona, bien como si hubiera sido un niño.

La señora de Marsillon se quedó tan maravillada ante la fuerza de Parisis, que no pudo menos que exclamar:

—Nunca habia visto esto!

—Es la fuerza de la pasión, dijo Octavio, cortando cada una de estas frases, con una lluvia de besos.

—Oh! Dios mio! Dios mio! que será de mí?

La señora de Marsillon ocultó la cabeza entre sus manos.

—Porque os ocultais, si he matado las bugias?

—No veis que la luna nos mira por la ventana?

## XV.

## POR QUÉ ÁNGELA PARTIA.

Al siguiente día, ó, mejor dicho, cuando el sol brillaba en el camino de Lichtenthal y en la montaña del Viejo Castillo, la señora de Marsillon, se incorporó sobre la almohada y saltó sobre sus zapatitos sin querer despertar á Octavio, el cual fingia dormir.

Se vistió precipitadamente como un viajero al cual escapa el tren. Esto sin embargo, se tomó el necesario tiempo para mirarse en el espejo de la chimenea.

—No es verdad que estais así hermosa? la preguntó Octavio sin moverse.

Estaba aun sin peinar; su palidez estallaba debajo sus cabellos negros, ligeramente rizados.

—No, no estoy hermosa: me imagino que me estais viendo en sueños, pues aun no habeis despertado.

—Es un reproche que no merezco, pues ni siquiera he dormitado: yo sí que os contemplaba dormida.

—Tengo miedo de no poder marchar esta mañana: gracias á vos me olvidé de dar cuerda á mi reloj y estos relojes de fonda señalan unicamente la hora del almuerzo.

—Porque habiais de marchar? Acaso os echo yo? no tenemos un cuarto con dos camas?

—Oh! Dios mio! perdonadme vuestras frases maliciosas: hablo de marchar porque tengo que marchar. Como quereis que yo siga en Baden despues de nuestro encuentro, del cual se ocupará esta tarde toda la comarca?

—Mi querida Angela, que os importa esto? Yo te amo, tu eres hermosa... ni una palabra mas. Voy á mandar un telégrama á Paris; mis caballos llegarán mañana con mis criados; alquilaremos un chalet por ocho dias en el camino de Lichtenthal y en él nos comeremos los veinte y cuatro mil francos que me hiciste ganar ayer.

La señora de Marsillon miró á Octavio y pareció como seducida ante la perspectiva de vivir ocho dias con él, en aquella soledad mundana y romántica á un mismo tiempo.

—He aquí una idea magnífica!

—Pertenezco á la escuela de Mr. de Girardin, el cual tiene una idea cada ocho dias. Convenido, no es cierto?

—Con vos se pierde el tiempo diciendo no.

Octavio se habia vestido. Besó á Angela en la garganta y salió apresuradamente, diciendo que iba á dar órdenes para almorzar en el salon de la Conversacion.

—Aguardadme debajo del olmo de Mery, le dijo la señora de Marsillon.

Media hora despues, Octavio estaba sentado bajo el olmo de Mery, frente á los peldaños que conducian al salon de la Conversacion, y cerca una mesa cubierta superabundantemente con botellas de vino del Rhin. Esperaba á Angela leyendo un periódico, para enredar mas y mas su espíritu en la cuestion de Oriente.

Se le preparaban las mas hermosas langostas y las mas bellas truchas, cogidas en las cascadas. La señorita Tornasol fué á sentarse á su lado.

—Preparas para mí el banquete?

—Si, dijo Octavio, que no queria ser cogido sin mujer.

Habian transcurrido ya cinco minutos, y este le parecia demasiado.

Ademas de esto, ya se sabe que su mayor dicha consistia en atraer las nubes, en barajar los naipes en jugar con los enredos á semejanza de los indios que juegan con los cuchillos. Jamás se hallaba tan contento de si propio, como cuando se hallaba en situaciones difíciles. La cólera de Hermiona, las lágrimas de Berenice, las imprecaciones de Safo eran dulces á su alma. Afrontaba el peligro con la sonrisa en los labios y la tranquilidad mas serena. Decia que las mejores melodias eran aquellas que hacian vibrar todas las cuerdas.

Almorzó con la señorita Tornasol, en la esperanza de que la señora de Marsillon llegaria altanera y humillada, á la vez, á turbar aquel duo matinal.

Pero Angela no llegó.

El jóven pensó que habria visto desde lejos á la señora Tornasol, y que habria retrocedido.

—Despues de todo, murmuró, bebiendo la última perla de Johannisberg que tenia en la copa, es quizá una mujer honrada.

Cuando media hora despues volvió á la fonda no quedó poco sorprendido al saber que la señora de Marsillon habia partido. Subió á su cuarto bien persuadido de que encontraría un billete de despedida.

En efecto sobre la chimenea halló el siguiente:

«Adios; no os guardo rencor; pero no nos veremos más.»

Una nube de melancolía se esparció por la frente de Octavio. Durante todo aquel dia le hablaron de su misantropía. Todo fué mal: no hizo saltar la banca: por el contrario, le hicieron saltar su dinero. La señora Tornasol no le dejó un minuto; encontró un músico cuya presencia era de mal augurio, y durante la comida vertió el salero de la mesa.

Mas por la noche, juzgad si fué feliz, cuando entró en su cuarto con la idea de dormirse con el recuerdo de Angela, se halló con una mujer acostada.

—Angela! exclamó el jóven.

Y corrió para abrazar á la señora de Marsillon.

Cual no fué su desesperacion al reconocer á la señorita Tornasol!

Como en el dia anterior habia allí cuatro bugías

encendidas, las apagó furioso como si debiese hallar su ilusion perdida; mas la luna, burlona como en la noche anterior, se asomó por la ventana.

Porqué habia partido Angela?

conocer si no mienten los periódicos. Se dice que uno de estos días será llevada á Champauvert para continuar tan misterioso proceso.

»RUISEÑOR.»

El Sr. de Ruiseñor habia cortado un pedazo de un diario de provincias que Parisis leyó furioso:

«En esta comarca no se habla mas que del arresto de una de esas jóvenes á la moda que son la desesperacion de las familias. Esta jóven que se ha bautizado con el nombre de Violeta, pero cuyo verdadero nombre es Marty—un verdadero nombre de melodrama—llegó hace tres semanas á un castillo vecino, presa de una rabia feroz que, segun se dice la ha impulsado á cometer un abominable crimen. Si es cierto lo que de público se afirma, ha utilizado el veneno de los Médicos, esparciéndolo en un ramillete de rosas que se debia ofrecer á una jóven, perteneciente á una de las mas distinguidas familias, en el momento de casarse. En el acto de arrestarla, Violeta ha pronunciado un nombre muy conocido, un nombre ilustre que está en nuestra obligacion el callarlo. La justicia sigue su curso; la malignidad encontrará muchos motivos de curiosidad en una causa que será célebre.»

Como el médico de Champauvert hubiese hablado con misterio en todas partes del ramillete envenenado, el procurador imperial no habia podido matar el pro-

## XVI.

## VIOLETA INCOMUNICADA.

Octavio no era elegiaco; se consolaba de las mugeres con las mujeres.

A su regreso á Paris buscó en todas partes á la señora de Marsillon; pronunció su nombre en todas las tertulias pero nadie le respondió. Creyó que era una provinciana que se habia extraviado en Baden, ó alguna mujer casada que se queria divertir sin participarlo á su marido. Pensó que el nombre de señora de Marsillon era un pseudónimo y juró que nunca mas se dejaría engañar por las mujeres que viajan.

Aguardaban á Octavio muchas cartas. Miró todos los sobres antes de abrirlas: aguardaba una carta de Champauvert y halló una del Sr. Ruiseñor que fué para él como un rayo.

«Señor Duque:

»Despues de algunas diligencias verificadas para averiguar lo del veneno esparcido en el ramillete de rosas, acaba de ser arrestada en Paris una tal señorita Violeta, que vos sin duda, señor Duque habeis de

ceso. El juez instructor habia sabido buscar tan bien la forastera que se habia alojado en la fonda del Leon de Oro, que habia errado en los campos de Champauvert, que, por fin, habia encontrado sus huellas y firmado el auto de prision contra la hija de Luisa Marty, por otro nombre, Violeta, domiciliada en Paris, calle del Alba núm. 7, antigua avenida de Eylau.

Octavio leia por segunda vez la carta del Sr. Rui-señor, cuando un criado le dijo que un hombre de mal aspecto, vestido de negro y con una corbata encarnada, rogaba que se le introdujera.

Este hombre se presentó ante Octavio. Reconoció en él á uno de esos tunos Parisienses, familiares del Palacio de Justicia, de los tugurios nocturnos y de los lugares malos.

—Qué me quereis? preguntó el duque de Parisis.

—Tengo que entregaros algo.....

—Y bien?

El hombre de la corbata encarnada hizo una seña al criado para que saliese. Despues sacó una cartera—pues traia una cartera—una admirable cartera de piel de Rusia que la noche anterior habia robado á un inglés bajo el pretexto de pedirle lumbre para encender un cigarro.

—Entre nosotros, dijo, no hay que andar con cumplidos, yo soy mandadero en la puerta de las cárceles. Presto mas servicios yo solo que todos los empleados de Correos y se me pueden fiar grandes valores: ya veis, príncipe, que traigo una cartera.

—Me traeis dinero? preguntó Octavio sonriendo.

—Dinero! Si os lo trajera me echarias á la calle. Os traigo mejor que eso.

Y el mandadero de las cárceles entregó á Octavio una carta de Violeta.

—Exije una respuesta? interrogó el jóven rompiendo el sobre.

—Sí; la dama está en el secreto y os juro por mi honor que lo que le escribais llegará á sus manos.

Y como en todos los grados sociales existen hombres que juegan con palabras, añadió:

—Para mí no hay secretos.

Hé aquí la carta de Violeta:

«Octavio! Octavio! estoy casi muerta de dolor. Lo sabeis? Ayer, cuando volvia del bosque, dos hombres que permanecian cerca la puerta de mi casa, me dijeron que les siguiera á la prefectura de policia. Traté de seguir adelante; pero uno de ellos puso brutalmente sobre mí su mano. Resistí, y el otro me habló con mas dulzura y me propuso subir en un coche. Me hizo comprender que era indispensable obedecer si queria evitar el escándalo en una calle donde todo el mundo me conoce. Subí al coche con la esperanza de que en todo esto habria una equivocacion y que el juez me pondria en libertad; pero se me echó en un calabozo, bien como si fuese criminal y en medio de tres mujeres á las cuales no conozco. De qué se me acusa, Dios mio! Una de estas mujeres me ha confiado, con cierto aire de simpatía, que ella estaba allí

con el fin de hacerme hablar. Dios sabe si tengo que decir algo! Si recibis esta carta, que esta mujer me prometió hacer llegar á vuestras manos, procurad salvarme de esta muerte anticipada. El auto de prisión llevaba en efecto el nombre de Luisa Marty, por otro nombre Violeta; pero estoy cierta de que la justicia está equivocada. Octavio! Octavio! por qué no me dejasteis morir á la puerta de la señora de Entraygues?

»VIOLETA.»

—Y bien, estais contento? preguntó el hombre de la corbata encarnada.

—Sí, muy contento, respondió Octavio. Escribió estas frases á la jóven:

«Violeta,

»Velo por tí.

»PARISIS.»

—Tomad, prosiguió: es necesario que esta carta llegue allí dentro una hora.

—Cómo he de arreglarme, príncipe! Aun no he almorzado.

—Y bien, dijo Octavio echándole cinco luises, hoy no almorzareis.

El día en que el señor de Parisis recibia las cartas del señor Ruiseñor y de Violeta, la marquesa de Fontaneilles recibia la siguiente de Genoveva:

«Mi querida Armanda.

»Estoy desesperada. No sé que demonio se ha encarnado en Champauvert desde la muerte de mi tia; pero yo me muero de dolor. A quien he de abrir mi corazon? Ah! si tú estuvieses aquí! Si me amas, vente. Figúrate que fui envenenada por un ramillete de rosas. Pero no está el mal aquí. El mismo ramillete envenenó á una de mis doncellas que se quiso reir de aquel veneno.

»A pesar de todas mis súplicas se instruyó un proceso y tendré que comparecer en él como testigo. Antes quisiera morir. Y luego figúrate que se ha arrestado á una pobre jóven que ama al señor de Parisis; yo garantizo que no es culpable. Mas no puedo revelar el nombre de la envenenadora, por mas que la conozco perfectamente. Esto es un desconsuelo. Un escándalo. No sé donde ocultar mis lágrimas. Vente á verme si me amas. Te lo contaré todo. Pero los diarios hablarán por mí. Oh! Dios mio! Dios mio! Quién ha permitido que la dignidad de las familias, que el pudor de las mujeres, que todas las virtudes sean así lanzadas como un pasto á la voracidad y torpeza de la opinion pública!

»Adios: el dolor me mata.

»GENOVEVA.»

La marquesa de Fontaneilles quiso correr á Champauvert para consolar á Genoveva; pero el marqués

se opuso, temiendo que su nombre fuese inscrito en el proceso.

La señorita de la Chastaigneraye se quedó sola, frente á frente de su dolor, cuya intensidad nadie conocía.

Un volúmen de la Bruyere le había marcado esta idea: *Querer olvidar á alguien, es pensar en él.* Consistía en esto su principal dolor?

Ella que no había pecado leía á la señorita de La Valliere, como si escuchara á una hermana: «Jesucristo murió con objeto de pagar nuestras deudas; rompió el yugo de la esclavitud y nos hizo sus hijos adoptivos.» Si, decía Genoveva, Jesucristo pagó nuestras deudas y nos adoptó por hijos; mas no rompió el yugo de la esclavitud, puesto que no rompió el yugo del amor?

## XVII.

DONDE SE VERÁ COMO ALGUNAS SEÑORITAS VAN  
Á CASA DEL SEÑOR JUEZ DE INSTRUCCION.

El señor de Parisis corrió al Palacio de Justicia. Tenía un compañero de colegio que era juez de instrucción, el cual se había distinguido por tres ó cuatro condenas á muerte. Este juez buscaba los criminales, como Octavio buscaba á las mujeres. En las criaturas no veía mas que el pecado original. La frase *redencion* estaba borrada de su diccionario; creía que la pena de muerte, era la garantía de la vida. Cuando interrogaba á un acusado ofrecía siempre un curioso espectáculo: había, por decirlo así, resucitado el tormento por lo mucho que tiranizaba las conciencias, oprimía las almas y flajelaba los espíritus.

Y como todo son contrastes en el mundo, en la vida privada aquel hombre era el mejor del mundo. Como Leonardo de Vinci, compraba la libertad de los pájaros, era generoso con los saltimbanquis, y hubiera partido su capa á fin de cubrir los hombros de dos mendigos.

Cuando Parisis hubo entrado en su despacho, se

se opuso, temiendo que su nombre fuese inscrito en el proceso.

La señorita de la Chastaigneraye se quedó sola, frente á frente de su dolor, cuya intensidad nadie conocía.

Un volúmen de la Bruyere le había marcado esta idea: *Querer olvidar á alguien, es pensar en él.* Consistía en esto su principal dolor?

Ella que no había pecado leía á la señorita de La Valliere, como si escuchara á una hermana: «Jesucristo murió con objeto de pagar nuestras deudas; rompió el yugo de la esclavitud y nos hizo sus hijos adoptivos.» Si, decía Genoveva, Jesucristo pagó nuestras deudas y nos adoptó por hijos; mas no rompió el yugo de la esclavitud, puesto que no rompió el yugo del amor?

## XVII.

DONDE SE VERÁ COMO ALGUNAS SEÑORITAS VAN  
Á CASA DEL SEÑOR JUEZ DE INSTRUCCION.

El señor de Parisis corrió al Palacio de Justicia. Tenía un compañero de colegio que era juez de instrucción, el cual se había distinguido por tres ó cuatro condenas á muerte. Este juez buscaba los criminales, como Octavio buscaba á las mujeres. En las criaturas no veía mas que el pecado original. La frase *redencion* estaba borrada de su diccionario; creía que la pena de muerte, era la garantía de la vida. Cuando interrogaba á un acusado ofrecía siempre un curioso espectáculo: había, por decirlo así, resucitado el tormento por lo mucho que tiranizaba las conciencias, oprimía las almas y flajelaba los espíritus.

Y como todo son contrastes en el mundo, en la vida privada aquel hombre era el mejor del mundo. Como Leonardo de Vinci, compraba la libertad de los pájaros, era generoso con los saltimbanquis, y hubiera partido su capa á fin de cubrir los hombros de dos mendigos.

Cuando Parisis hubo entrado en su despacho, se

anunció la entrada de siete ú ocho mujeres ligeras... muy ligeras... mas que ligeras.

—Espero que no me echarás de tu despacho, dijo al juez Octavio.

Su amigo comprendia perfectamente su deber, y se levantó para conducirle hasta el dintel de la puerta.

Octavio insistió.

—No, no, dijo, conozco estos negocios: ya verás como derramo aquí y allí algunos ramos de luz. Fuera de que tengo que hablarte formalmente.

Las mujeres entraron de dos en dos, formando procesion.

Octavio cogió un libro de derecho y fingió que leía.

El juez de instruccion fingió, á su vez, no percibir que su amigo estaba en el despacho.

Habian entrado ocho de aquellas criaturas: se hubiera dicho que todas acababan de bajar de la carreta de Manon Lescaut, en el Havre. Tenian su misma negligencia, su misma curiosidad, su mismo rostro hasta el cual no descendia su alma. Me equivoco: habia dos que aun eran mujeres. La una era alta y la otra baja. El juez no pudo menos que preguntarlas porque singular motivo se encontraban allí.

La bajita respondió con viveza, que para vengarse de su familia, la cual la habia humillado, enviándola á la casa de correccion, por un pecado simplemente venial.

La segunda dijo, no sin orgullo, que ella no debia dar cuenta á nadie de sus acciones.

Y como el juez tuviese el buen talento de insistir con dulzura, respondió que en las caidas de las mujeres no habia estaciones; que desde el primer día una mujer caída, es siempre una mujer caída, y que quizá tambien llegaria un día, en que ella podria vengarse.

Octavio no leia su libro de derecho: escuchaba con profunda atencion las frases de la mujer, á quien miraba sorprendido.

—La señora de Marsillon! exclamó.

Y se inclinó al oído de su amigo, para decirle que preguntara á aquella mujer, desde cuando se encontraba en aquella vida.

—Desde hace un año, dijo sin vacilar. He llamado á la puerta de esta casa, porque no hé encontrado un lecho de paja, ni siquiera en las Arrepentidas. Si la señorita Eudoxia se venga de su familia, yo me vengo de la sociedad.

—Pero como podeis estar aquí, vos que pareceis inteligente? Habeis dejado vuestro corazon en el dintel de la puerta?

—No: yo sufro la infamia, como otras sufren el arrepentimiento. La persistencia es igual.

—Pero en semejante atmósfera, las horas para vos equivaldrán á siglos.

—No: hay tambien ventajas en mi estado: paso mi tiempo tocando el piano y leyendo novelas: hasta alguna vez leo libros de devocion.

—Esto es profanarlos!

—Nól ignoro si conoceis los versos de Hegesipo Moreau, que pintan exactamente el estado de mi alma:

De mis errores, tú, cándida paloma,  
Cómplice no eras ni testigo.

Octavio no podía creer en lo que estaba viendo y escuchando.

—Cómo! esta mujer que representó conmigo el papel del ángel de la virtud!

El juez interrogó á aquella mujer sobre un crimen de que habia sido testigo con sus otras compañeras.

—Como os llamais?

—Melania, respondió Angela.

—Y vuestro apellido?

—No puedo revelarlo.

—Por qué?

—Porque si me vengo no quiero vengarme sino en mí misma.

—¿Donde se dieron las puñaladas?

—En el salon, sobre el sofá.

—Quién estaba allí?

—Estas señoras y cuatro ó cinco caballeros á los cuales conozco perfectamente pero cuyo nombre no tengo derecho á revelar. Preguntádselo á una de estas señoras.

Y volviéndose para indicar á la mujer ya interrogada añadió:

—No lo preguntéis á esta señora, porque tambien los conoce. Preguntádselo á las otras que solo conocen su nombre de batalla. El uno se llama Carrabás, el otro el Gato, este Gladiador y aquel Barrabás.

—Qué hacian en el salon?

Angela miró profundamente al juez.

—Ya lo sabeis: hablaban. Entre nosotras se encuentra muchas veces el talento. Vienen á nosotras hombres de tan ilustre cuna que concluimos por educarnos. Dios cogió parte del hombre para crear la mujer; esto es un símbolo: el hombre hace siempre la mujer.

—Y la mujer rehace al hombre, observó otra jóven.

—Basta de literatura, interrumpió el juez.

Y continuó gravemente su interrogatorio.

Angela, que no habia reconocido á Octavio entre la sombra, fué á apoyarse en la pared cerca la cual se hallaba el jóven.

Este cogió su mano y la dijo:

—Como! y os encuentro en semejante compañía!

—Oh! Dios mio! exclamó la jóven; no quisiera por todo lo del mundo que me hubiese ocurrido la desgracia de encontraros. Vos aquí!

Angela bajó su cabeza con un profundo sentimiento de tristeza.

—Esplicadme este enigma.

—Chist! nos escuchan. Iré á veros mañana y os lo contaré todo; pues si vos no me conoceis, yo, en cambio os conozco mucho.

Cuando aquellas mujeres hubieron salido, Octavio se apresuró á hablar de Violeta: queria que se la pusiese en libertad sin pérdida de tiempo.

—Respondo de ella, dijo, como de un hijo al cual yo hubiese educado.

—Educado en el mal, replicó el juez; ya te conozco.

—Héte aquí en tu manía de hallar criminales en todas partes. Piensas que alguna vez he matado una mosca?

—Has matado mujeres. Dia llegará en que se buscará el crimen moral como al crimen material. Robar la paz de un corazon, desesperar á una pobre criatura cuya energía se ha matado por el amor, hacerla morir de dolor por el abandono; crees tú que esto no es un crimen.

Octavio se habia puesto pensativo.

—Quizá, dijo. Y tu eres quien vá á inaugurar la represion de esta clase de crímenes? Entonces llama á dos gendarmes y ponme bajo el régimen celular, pues me reconozco culpable. Mas, puesto que no ha llegado aun el dia en que se hará esta justicia del corazon, dame la libertad de Violeta, que es la mejor criatura que conozco.

—Cuan fácil lo encuentras! dijo el juez que se queria reservar todas las prerrogativas de la justicia.

—Me parece tan justo y tan sencillo! Nunca se declamará bastante contra el odioso sistema preventivo. Aquí tienes una jóven acusada de envenenamiento,

sin que esto jamás pueda probarse, puesto que es inocente: se la echa á un calabozo hasta el dia en que el fiscal le parezca bien el enviarla ante los Señores Jurados, que tienen tal vez una alma y una conciencia, pero que siempre temen condenar á un culpable ó absolver un inocente.

—Los inocentes no existen, exclamó el juez.

Esta frase brotó como la verdad.

—Sabes que me asustas? dijo Octavio sonriendo.

—Ah! querido: el estudio del hombre es el estudio del crimen. Todos estamos marcados con el sello fatal.

—Lo que es tomar un partido! Has cometido tú, abominaciones y atrocidades?

—Quien sabe? replicó el juez sonriendo. Si no estuviese ocupado en probar que los otros son criminales, quizá me ocuparia en probármelo á mi mismo.

—Este será tu último proceso.

Octavio habló á su amigo del envenenamiento de Champauvert.

—Un asunto curioso, replicó el juez; lo sé de memoria. No has leído la *Gaceta de los tribunales*?

—Jamás la leo.

—Cada uno tiene su círculo. Tú vives en el de las pecadoras y yo en el de los criminales: tú lees los periódicos de las carreras y las fiestas, mientras yo leo los procesos que arroja el adulterio, y las causas célebres que el amor proporciona.

—Es el mismo libro: yo leo el principio, y tú el final.

—Si, mi querido duque: conozco esta historia. Hay en ella un médico que aprecio mucho, porque trata de averiguar la verdad.

—Cállate! es un charlatan que quiere ponerse en relieve.

—Te digo que es un hombre honrado: si todo el mundo cumpliese con su deber, el crimen no quedaria impune.

—Y crees que la justicia castiga á los criminales?

—Quien pues? No me dirás que los castiga Dios, toda vez que no crees en El.

—Los castiga la conciencia. Todo hombre lleva consigo el tribunal: él es su juez sin apelacion. Cuando se condena á muerte, es, efectivamente, un hombre muerto: aunque vaya y venga entre los vivos, no existe realmente en este mundo:

—Bravo! He aquí una teoria nueva, que suprime la justicia de Dios y la misma de los hombres. No careces de ideas: existe algo bueno en el sistema. Pero en él, el hombre que se juzga á si propio, abusa de la prerogativa del indulto.

Octavio miró al juez con la espresion de un amigo antiguo.

—Vaya, mi querido Máximo: dame la libertad de Violeta, y mata este proceso. Tú me dirás que esto no te concierne; mas no desconozco tu influencia y me consta que eres el niño mimado del Palacio de Justicia.

—Te juro que no puedo nada. Los diarios de Paris,

despues de los de Borgoña se han ocupado de este envenenamiento; es necesario, pues, que el proceso siga su curso: el mismo ministro ha querido inutilmente matarlo.

Parisis no creia que la cuestion se hubiese puesto tan formal.

—Pero esto es horrible! exclamó, viendo con anticipacion el cuadro que ofreceria el proceso. Como! la señorita de la Chastaigneraye se verá obligada á comparecer ante los tribunales para acusar á Violeta ó á cualquier otra persona! Esto no es posible! Geneveva preferiria la muerte!

—He aquí lo que sois vosotros. Porque llevais un nombre ilustre os figurais estar por encima de la ley. Ignoras, acaso, que el simbolo de la ley es un nivel?

Octavio estaba desesperado.

—Pero tranquilízate, prosiguió el juez. Rogaremos á los diarios que solo pongan las iniciales.

—Pero que locura es ésta de averiguar el crimen, siendo así que mi prima sigue bien?

—Y la doncella? No es una mujer como tu prima? Por lo demas, Violeta no subirá al patíbulo. Pero en fin, si sube espíará su mala accion.

—Te juro que no fué ella.

—Mejor: entonces volverá á subir en su carroza, pues se dice que es una de las cortesanas que están mas en moda.

Por la primera vez de su existencia, Octavio se

sintió vencido por una fuerza superior. Temblaba ante la idea de recoger el mal que habia sembrado. Si Violeta era una cortesana, él tenia la culpa: si ella era acusada ante la opinion pública, sobre quién debia recaer la acusacion? Sobre de él.

—Si Violeta no es la autora del crimen quien lo ha cometido? preguntó el juez.

—Lo ignoro, respondió Octavio; la verdad es que se sabe. La señorita de la Chastaigneraye y yo hemos hecho sobre este particular, nuestros cálculos; pero no tenemos pruebas y no queremos buscarlas. Mas puedo asegurarte que es una venganza de familia. A que viene el indagar esos misterios, hoy, que cabalmente se trata de devolver el prestigio á las grandes familias?

—Quizá tengas razon, dijo el juez que era un hombre amante del principio de autoridad, educado en la escuela de José de Maistre. Vé á ver el ministro, que es la justicia hecha hombre; y quizá tratará de ahogar el escándalo de este proceso.

El carácter de nuestro tiempo consiste en que solo hay caracteres á medias. No bien las fisonomías se acusan fuertemente, cuando estravian al observador por sus timideces é indecisiones. En la edad media el amigo de Octavio hasta hubiese hecho condenar á su familia; en el siglo diez y nueve solo queda algun rescoldo del fuego de la inquisicion.

Octavio estrechó la mano de su amigo para ir á casa del ministro.

—Ya que acabo de encontrar al hombre en el juez, dijo Octavio, hazme ver á Violeta.

—Qué me pides? No sabes que se halla incomunicada?

Octavio sonrió.

—Para la justicia, sí; mas para mí, nó.

ro os amo como un hermano. Hablad, y me pondré á vuestras órdenes.

»OCTAVIO.»

Tantas emociones no privaron el señor de Parisis el acordarse de la señora de Marsillon.

Al siguiente dia esperó á Angela con cierta curiosidad y agitacion, bien que pensando constantemente en Violeta.

La jóven no volvió.

Al siguiente dia esperó.

Tampocó la vió.

Por la noche resolvió escribirla este billete:

«Angela:

»Os he aguardado, os aguardo y os aguardaré: es necesario que os hable y que vos me habléis. Quizá os gustan los resplandores de la luna en Baden; pero á mí me gusta la luz de Paris. Venid á cenar esta noche conmigo: os recibiré con vino del Rhin.

»No digais ni una palabra al juez.

»Ya conoceis mi nombre y las señas de mi casa.»

A este billete Angela contestó:

«No me aguardéis; no beberemos vino del Rhin en una misma copa. Vuestra carta me llega á la hora misma en que dejo esta odiosa casa.

»Si vuelvo algun dia lo sabreis.

»ANGELA.»

### XVIII.

POR QUÉ ANGELA HABÍA PARTIDO.

Octavio fué á ver al ministro; mas aunque suplicó mucho, el ministro le dijo que los diaries habian hablado demasiado para que, á su vez, la justicia no hablara.

Escribió á Violeta por el mismo correo, pues el hombre de la corbata encarnada habia vuelto.

»Querida mia:

»Te conozco profundamente. Me decias con frecuencia que, para tí, el mundo consistia en mí. Pues bien; yo te juzgo. Saldrás de la trampa en que te han metido, tan blanca como un lirio.

»Tu constante amigo,

»EL DUQUE DE PARISIS.»

Luego escribió á su prima sin cambiar de tinta:

«Mi querida Genoveva:

»Adivino vuestro dolor. Os dejé como un loco, pe-

Este billete irritó vivamente á Octavio. Ante la muralla de lo imposible parece que brotan alas.

Quiso ver á Angela. Hacia cinco minutos que Angela habia partido.

—Donde ha ido? preguntó Octavio furioso.

—A fé mia, caballero, dijo una mujer acompañando sus frases con una risa desvergonzada, no ha dejado aquí el número.

Octavio no pensaba ya en Angela, cuando recibió una carta de Champauvert.

Era la contestacion de la señorita de la Chastaigneraye al duque de Parisis:

«Mi querido primo:

»Creo que cada uno de nosotros siente su dolor. Yo no puedo consolaros y vos no podeis consolarme.

»Estrecha vuestra mano.

»GENOVEVA.»

—Y bien, dijo Octavio, hé aquí un billete conciso: en mi familia no hay aficionados á escribir cartas largas.

Y luego de haber releido el billete, añadió:

—En esta jóven hay algo de sibilítico: habla siempre con una elocuencia misteriosa.

Y no pudo reprimir un movimiento de celos.

—Sé perfectamente porque no puedo consolarla, dijo: esta mujer ama á alguien. Y sin embargo...

Tal vez el lector se figurará que Octavio trató de

entrar en la buena senda y dejar la vida parisiense; mas quién hubiese podido retenerle en sus locuras?

Necesario es que aguardemos.

Al siguiente dia escribió este aforismo en el álbum de una señora:

«La virtud de las mujeres es como la luna. Tiene sus fases, sus revoluciones y sus eclipses. Hace traicion á los amantes en el creciente y á los maridos en el menguante. Se ostenta de frente en sus tres cuartos y de perfil. Se muestra en todos los barrios... hasta en el de Breda.»

mente de adquirir cuatrocientas mil libras de renta.

—Sí, sí, nada mas que esto, dijo una señorita que estaba dormitando; si Gaston me proporciona esta renta, seré un ángel.

Monjoyeux miró á la que así hablaba.

—Si fuese mas hermosa, dijo, yo la haría esta renta de cuatrocientas mil libras, pues ella seria mi punto de apoyo para las grandes ideas que aquí germinan.

—Y cuales son estas grandes ideas que germinan? preguntó Octavio á Monjoyeux.

—Hijos míos, el Monjoyeux que os habla no es un advenedizo. Como Veuillot y otros grandes señores que no se alaban de ello, nació en una taberna; mas le dió á luz un buen tonel. Vedlo sino, amigos míos: tengo mis treinta y dos cuarteles de harapos como vosotros tenéis treinta y dos cuarteles de nobleza.

—Noé! salvaos del diluvio! gritó Octavio.

—Y bien: se me talló segun el gran modelo. Yo soy un hombre y el que puede decir que es un hombre está muy cercano á ser un grande hombre. Me habeis silvado en el teatro porque soy demasiado alto y estais acostumbrados á las estaturas de mujeres. Mi papel es heroico y solo sois aficionados á las miniaturas: vuestros cómicos á la moda son unos liliputienses. Yo soy un Shaskpeare y un Moliere, ni mas ni menos. No representaré bien mas que las piezas que componga yo mismo: lo que me falta no es el génio sino el teatro.

## XIX.

## ALGUNAS PARADOJAS DE MONJOYEUX.

Cierta noche, los vagos del Café Inglés, no sabian que decir y todos permanecian sérios. Era un cuarto de hora de sabiduría entre la locura de siempre. Las mujeres dormian envueltas en sus ricos trajes, perdiendo sus cabellos, aunque guardando sus diamantes. Todo el mundo hablaba de escalar el escabroso monte de la fortuna, el uno por la política, el otro por el periodismo, este por el teatro, aquel por el dinero ajeno.

Monjoyeux tomó la palabra:

—Todo esto está muy bien, dijo, pero razonais como niños mimados que se imaginan que se puede cojer la luna. Y el médio? Es siempre la historia de Arquimedes. Dadme un punto de apoyo y haré mover el mundo, con el objeto de dar un poco mas de sol á Paris, pues estamos hoy á quince grados bajo cero y la capital del Universo no puede, con tanto frio, durar mucho. Pensad en Babilonia, en Cartago, en Roma y en Atenas!

—No se trata de mover el mundo: se trata única-

—Donde encontrarás la mujer? preguntó Octavio.

—Es cierto: donde encontraré la mujer? Yo no soy tan solo un Moliere ó un Shakspeare: yo me llamo Fidias. Mi bajo relieve *La Patria está en peligro*, os dió una idea de mi estilo. Mi busto de la señorita Javart os ha probado mi gracia y mi sentimiento. Pero quien me dará el marmol? Los señores diputados franceses se estarían mas bien ante la línea recta de un camino vecinal que ante la línea curva de una estatua.

—Donde encontrarás la mujer? insistió el señor de Parisis.

—No es esto todo. Me llamo Maquiavelo en mis momentos perdidos; hago y deshago los imperios. Si tuviese una tribuna demostraria la nada de las ambiciones políticas, el abismo de los gobiernos parlamentarios y la belleza del despotismo democrático. Trazaria el mapa definitivo de Europa, daria la palabra de orden á la diplomacia y firmaria la paz del mundo ante las erizadas barbas de la América. Qué se necesita para hacer la guerra? Dinero. Y cuando no se tiene dinero se necesita aun dinero. Y bien: gracias á esos soldados que se llaman escudos, yo afianzaria la paz universal. Pero quién me dará la tribuna?

—Donde encontrareis la mujer? volvió á preguntar Octavio.

Llamó y dió orden para que trajesen de beber á Monjoyeux.

—Mi querido Monjoyeux, le dijo, esto son parado-

jas nocturnas, no se rehace el mundo en un dos por tres.

—Entonces nos cruzaremos de brazos.

—No, no nos cruzaremos de brazos: nos contentaremos con algo menos de cuatrocientas mil libras de renta: mañana representarás la comedia; por la tarde y por la noche esculpirás un busto.

—He nacido para representar los primeros papeles en la vida y me condenais á la representacion de los últimos. Cuando quiero escribir en un diario, cuando quiero ver á un director de teatro, cuando quiero re-tratar á alguien causo miedo. No es tan sencillo esto de escribir, representar una comedia ó esculpir un busto! El jénio es un molino que dá vueltas en el vacío cuando no tiene trigo debajo de las muelas. Esta es mi historia, la historia de todos los que no han comenzado por el despotismo paternal de las escuelas, por el Conservatorio, por la escuela de Roma, por la Universidad. En cuanto á mí, yo arrojaria todas las escuelas por la ventana.

—He aquí porque nunca harás carrera.

—Lo veremos! gritó Monjoyeux despues de un momento de silencio. Hace ya demasiado tiempo que dudo de mí mismo; quiero probar mi fuerza. Tengo mi idea: tengo mi punto de apoyo. Adios!

Y Monjoyeux salió con gran sorpresa de todos sus amigos sin ni siquiera beber la copa de Champagne helado que acababa de llenar la señorita Jacinta, una Hebé con pieles, que exclamó, bebiendo:

—A la salud de Monjoyeux!

—Qué es lo que podrá ser su punto de apoyo? se dijo Parisis.

Hacia ya algun tiempo que no se habia visto á Monjoyeux en la Casa de Oro, en el Café Inglés, ni en los estrenos. En Paris se olvidan muy pronto las figuras de la galeria viviente; y si no se les vé, apenas si una frase pronunciada al azar despierta el recuerdo de los ausentes. En la vida agitada que os coje hasta en las horas de sueño por los devoradores dientes de las horas en que no haceis nada, ¿cómo queda tiempo para volver á lo pasado, evocar recuerdos desvanecidos, sentir la ausencia de los alegres compañeros ó de las queridas eclipsadas? Se hunde lo pasado en el abismo sin que nadie se incline sobre él para ver si está bien muerto. Viejos uniformes, viejos galones, qué me quereis? En otro tiempo los recuerdos tenian templos: hoy viven tan solo en las prenderías ó en las tiendas de desperdicios sociales; hoy se vive por hoy.

Monjoyeux habia desaparecido sin que se supiese porque y sin que se preguntase que locura le arrasaba.

Cierta noche sin embargo, Octavio que echaba de menos aquel buen amigo tan lleno de expansion y de franqueza hasta en sus horas de misantropia, hubo de preguntar si se habia visto á Monjoyeux.

—Monjoyeux! repitió Miravault: ni siquiera me acuerdo de él. Cenamos juntos hará unas seis sema-

nas y nos dejamos para irnos á la cama. Permanecemos en la mesa desde las doce menos cuarto hasta la aurora, color de Champagne. Las señoras de los Bufos Parisienses nos acompañaron. Monjoyeux no estaba tan gris cual yo si mi memoria no falta; habia escrito—entre dos vinos—un tratado de metafisica para el *Figaro*. Aquellas señoras lo encontraron sublime. Me preguntó mi opinion; mas tu sabes que el vino me alumbra demasiado para tener opinion propia.

—Pobre Monjoyeux? sentiria mucho no verle; he estudiado todos los filósofos de la antigüedad; pero no hé encontrado ninguno que sea, cual él, tan profundo.

—Sí, profundo como el tonel de las Danaides: cuanto mas se le echa de beber, mas bebe.

—Qué quieres! se habrá contratado en algun teatro de provincia. Estoy seguro de que si se hacian hacer escavaciones en Perigueux, el pais de las trufas, se le encontraria allí representando los papeles de Federico y metiendo mas ruido que la cascada del Niágara.

—Nó: tiene mas pretensiones: se habrá ido á algun teatro extranjero: á Baltimore ó á Odesa.

—Quién habla de Odesa? preguntó una voz muy conocida y abordando el perfil del duque de Parisis.

—Monjoyeux! exclamó Octavio con placer.

—Cuando se habla del lobo, dijo el marqués de Saint-Aymour, pronto se le ven los dientes.

—Sí, mi querido marqués, me he convertido en

lobo; mirad mis dientes; vereis la carnicería que voy á hacer en el pobre mundo. Ya he empezado.

—Esplicate; esfinge.

Monjoyeux cogió de su bolsillo una petaca de piel de Rusia, encuadrada por adornos de platino.

—Queréis cigarros!

Era la primera vez que Monjoyeux ofrecía cigarros.

—Diablo! cuanto lujo! exclamó Octavio: has descubierto una mina de oro ó una tia avara?

—Algo mejor que esto: me caso.

—Oh! Monjoyeux; voy á encontrarme indisputo: no se dispara así á los amigos un cañonazo. Te casas!

—Sí. Ya comprendereis que no puede uno pasarse por menos de esta catástrofe para fumar semejantes cigarros, ofrecidos por mí á mí mismo.

—Os casais! Y existen aun mujeres?

—Había una y yo la he tomado.

—Y es hermosa?

—Como la belleza. Figuraos una Transteverina con una figura de milanesa. Una estatua de carne llegada de Arles á París sin tocar en la Academia de Antigüedades. En una palabra: una obra maestra viviente.

—Y qué hareis cuando esteis casado?

—Vaya una pregunta! Haré mi camino.

Los tres amigos se echaron á reir.

—Hacer su camino, dijo Octavio: hé aqui una

preocupacion vieja. Somos acaso dueños de nosotros?

—Sí, de todo el mundo excepto de vuestra mujer.

—De mi mujer como de todo el mundo.

—Permitidme el ser indiscreto, interrumpió Octavio: que papel representará tu mujer en este camino?

—Representará el papel de todas las mujeres que quieren que sus maridos hagan su camino.

—Oh! Monjoyeux! yo no os creia descendido hasta este grado de escepticismo, para pronunciar una frase con gracia.

—Me creeis con un alma mas elevada que todos esos ambiciosos que cruzan debajo de nuestros ojos, corriendo tras sus quimeras, escoltados por todos los vicios, arrojando sus queridas, sus mujeres, sus hermanas á todas las concupiscencias, que abrirán su mano para dar á uno cruces, á otro una embajada en el Monomotapa, á otro una concesion del camino de hierro de Roma á la luna. Yo no me pago de otra moneda que la que admite esta gente.

—Despues de todo, dijo Miravault que pasaba por despreocupado, los antiguos vendian sus mujeres; por qué los modernos han de estimarlas mas ó menos que los antiguos? La mujer no debiera ser mas que un objeto de lujo que se pasa de mano en mano hasta el último subastador, hasta que se convierte en madre de familia.

—Tranquilizaos, señores, dijo Monjoyeux que-

riendo enmendar lo que habia dicho: me burlo de cosas santas. Para mí la mujer es el alma, la poesía, la conciencia del hombre; ella debe ser para él la imagen de Dios en la tierra. Aquel que la sacrifica ó la insulta es indigno del título de hombre. Hé aquí porque odio mi siglo; hé aquí porque quisiera abofetearlo frente á frente de los siglos pasados y frente á frente de los siglos que están por venir.

—Esta indignacion me hace bien, dijo el señor de Parisis; me recuerda que hace ya mucho tiempo que he leído á Juvenal. Por qué no tenemos un Juvenal? No tenemos mas que Suetonios.

—Un Juvenal! interrumpió Monjoyeux: no lo leerás tú. Apenas tienes tiempo de leer los periódicos que se ocupan de las carreras.

—Tienes razon, Monjoyeux: los malos versos nos han hecho perder la aficion á los buenos.

—No os gustan sino los que vienen de lejos; los versos de contrabando. Lo que os falta es un Moliere: si Moliere os pusiese en escena en vuestra pomposa vagancia caeriais en el ridiculo bajo la homérica carcajada de aquel genio honrado.

—Sí, tiene razon, murmuró el príncipe Azul: no falta sino un Moliere á la gloria del siglo diez y nueve: tenemos aun sus tipos; mas la comedia no sabe copiarlos.

—Sí, todos sus tipos, menos el del enfermo imaginario.

—Adios, dijo Monjoyeux, tendiendo sus dos ma-

nos: me he convertido en hombre formal, y vosotros sois aun locos: adios, ya tendreis noticias mias.

Los tres amigos se separaron.

—Te has puesto pensativo, dijo Saint Aymour á Parisis.

—Este loco es un sábio: nos há dado la primera advertencia: vivimos como hijos pródigos; sacudámos, pues, todas esas aspiraciones femeninas que nos atan los brazos. En cuanto á mí ni siquiera tengo fuerzas para acostarme.

En efecto: en aquel dia Octavio habia vuelto del club al salir el sol, habia mirado su lecho, que no le aguardaba, y se habia echado sobre un sillón, descontento de todo, hasta del sueño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FEB 29 1938  
309 2025 MEXICO

## MONJOYEUX BEPRESENTA UN PAPEL NUEVO.

Cierta mañana se trajo esta esquila de matrimonio, al señor de Parisis:

«El señor Fructidor Monjoyeux, tiene el honor de participar á V. su efectuado enlace, con la señorita Alina de las Roches.»

—De las Roches! exclamó Octavio; Diablo! nuestro hombre no se vulgariza. Quien podrá ser esa Alina de las Roches?

El señor de Parisis tenia la pretension de conocer todas las mugeres.

—Habrá sacado ésta de algun nido del país latino ó de Mcntmartre. Le deseo una golondrina: esto le traerá dicha.

Volvió la primera hoja de la esquila para leer la segunda:

«La señora condesa de las Roches, tiene el honor de participar á V., el enlace de la señorita Teodula-Alina de las Roches, su hija, con el señor Horacio Monjoyeux.»

—La condesa de las Roches! de donde diablo sale? Debajo de la hoja se leia en caracteres imperceptibles: *Litografía de Kardec, en Nantes.*

—Oh! oh! una noble de Bretaña! Como se lo arregló para dar este golpe maestro?

En aquel mismo dia, al caer de la tarde, mientras fumaba con sus amigos en los Campos Elíseos, el señor de Parisis reconoció á veinte pasos, la enmarañada cabellera de Monjoyeux, en un grupo de paseantes que asistian á la fêria de mugeres, que van á venderse en el Bosque.

—Estoy cierto de que se encuentra aquí con su mujer, dijo Octavio.

Y se dirigió recto hácia Monjoyeux.

—Amigo mio, le dijo este: he aquí mi mujer.

—Donde diablo he visto yo ese rostro? se preguntó Octavio, buscando en su imaginacion, en una esfera donde no debia encontrarlo.

En estos tiempos de rubias y de morenas, en que las morenas se hacen rubias, y las rubias se hacen morenas, sin hablar de otras en que el pastel y el lápiz negro trazan en el semblante sus líneas, los ojos mas avisados se engañan facilmente. Octavio conocia aquella mujer pero no la recordaba.

Era una jóven algo robusta; pero de buen continente. Era rubia y blanca, velada con una blonda negra y con polvos de arroz.

Monjoyeux, tomando su teatral desenvoltura, dijo:

—Señor duque: tengo el honor de presentaros á la señora Monjoyeux.

—Señora, dijo Octavio, inclinándose á la manera con que podia hacerlo ante una noble de Bretaña, celebre mucho que mi amigo Monjoyeux haya contraido este enlace. He aquí lo que se llama un buen principio.

La jóven no respondió una palabra: se habia ruborizado, y se habia levantado á medias, bien como si no supiera lo que se hacia.

—Sí, dijo Monjoyeux; vos lo dijisteis: es un buen principio. Desde hoy me siento nacer á la vida: ya vereis muy pronto lo que puede un hombre con una mujer.

El señor de Parísis que observaba á Monjoyeux notó mas amargura que alegría en la sonrisa del comediante.

Saludó por segunda vez, y se reunió á sus amigos.

—Es Monjoyeux? le preguntaron; viste á su mujer?

—Es muy hermosa y muy tímida, y se ruboriza mucho: para ser manos bien nacidas, las tiene demasiado gruesas. Es una noble de Bretaña. La encuentro otro defecto: no sé si Monjoyeux ha dibujado su rostro; pero, como nuestros abuelos decian, le falta la inocencia del candor y está demasiado familiarizada con los polvos de arroz y el lapiz negro. Por lo demás yo no odio el arte en la naturaleza, cuando se emplea el pastel de Rosalba ó el lapiz de Vidal.

Un vago recuerdo cruzó la mente de Octavio; se le preguntó y el jóven no contestó.

—Ya estás pensativo. Te habrás enamorado de la recién casada?

—Nó: unicamente me recuerda á una mujer que la hice el amor al resplandor de la luna. Verdad es, que en el Bosque hay tantas mujeres que se parecen!

Todo Paris habló, no sin sorpresa del inesperado enlace de Monjoyeux.

—Que hará de su mujer?—Sin duda la amará puesto que es tan hermosa.—Se dice que no es rica.

—Quizá bajo la señora de la Roche, hay una cómica.

—Sin duda volverá á entrar en el teatro.—Quien sabe si su muger no trae un millon en la garganta á semejanza de la Patti?—O un abanico de actriz en la Comedia Francesa, á semejanza de la señora Lafontaine?

Ya se comprenderá que tan grave noticia fué dada por los periódicos, donde cierto dia se leyó esta carta de Monjoyeux:

«Señor Director:

»Se anuncia que vuelvo á entrar en el teatro: que mis amigos no vuelvan á empuñar sus silbatos: antes que cómico, soy escultor; he vuelto á coger mi cincel y me marchó á Roma: Si no hay mármol en Italia, iré á esculpir la nieve de la Rusia.

»Soy de V. con la mayor consideracion atento

»S. S. Q. S. M. B.

»MONJOYEUX.»

Hiciéronse comentarios á esta carta. Era el estilo ya muy conocido de Monjoyeux. Tenia su manera de escribir como tenia su manera de hablar. Al siguiente dia no se habló ya de esto. Monjoyeux desapareció del horizonte parisiense.

## XXI.

### DIVAGACIONES A ORILLAS DEL LAGO.

El duque de Parisis tenia siempre su corte; por mas que tratase de eclipsarse, sus satélites le probaban siempre que era un astro. En vano intentaba vivir en su casa para acostumbrarse á una ley mas severa: sus malos hábitos le arrojaban muy pronto en el cortejo de las locuras parisienses.

Era como estos reyes del siglo diez y nueve que se ven arrastrados por la política de sus ministros. Se proponia la enmienda para el dia siguiente; pero el dia siguiente era un dia mas.

Por lo demás, no se abdicaba facilmente la parte de monarquía en el trasiego y rumor contemporáneos: Octavio dominaba siempre en las carreras, en los bastidores y en los palcos de la Opera frecuentados por la gente de talento; no se desdeñaba tampoco de ser el ídolo de carne de las Phrynes advenedizas y de las Aspacias de contrabando. Como Alcibiades en sus dias de pereza, creia que las mugeres son una legion que dan cierta gloria al capitán.

Todos los dias, á las seis, encontraba sus amigos

en el Bosque de Bolonia, quien á caballo, quien á pié, quien en coche.

Cierto dia estaba con ellos á orillas del lago seguidos y observados por algunas señoritas de alto bordo.

Pero aquellos jóvenes no se dignaban volverse. Verdad es, que se hallaban perdidos en las esferas de la filosofia. Rehacian el mundo, ni mas ni menos.

—Si, dijo Miravault, es un bello sistema, una teoria preciosa; falta solo en ella una cosa: el capital.

—El capital! exclamó el príncipe Azul; que es esto? El credito es lo que constituye la fuerza del estado y la mia propia. Todo lo que es bello está al alcance de todo el mundo: el talento, la juventud, la hermosura. He aquí los tesoros vivientes.

—El príncipe habla bien, dijo Octavio; tiene razon, es necesario levantarse contra la tirania de los escudos cuando se carece de ellos.

—Ya he comenzado por esto, dijo Miravault.

—Eres tú muy rico aunque seas ca-pi-ta-lis-ta? Siempre he visto que los capitalistas reunian dinero para los otros. Son hormigas que preparan graneros de abundancia mientras la cigarra danza y canta.

—Lo que estas diciendo, es tan viejo como Lafontaine. Ya se ha escrito una contra-fábula.

—En fin, el dinero no es nada por si solo, toda vez que es necesario cambiarle para gozarlo. Mi verdadera fortuna está en mi corazon, lleno de pasiones, y no en mi cartera llena de billetes de banco. Reunid

á todos los banqueros y preguntadles si tienen, entre todos, tanta fortuna cual yo.

—Tu te alabas.

Parisis no se alababa del todo.

—Ved, sino, prosiguió: el alma del mundo no es ese ladron que se llama Mercurio, sino Venus saliendo de la espuma, desnuda. Y Venus no trae ningun portamonedas en la mano.

—Cállate, dijo Miravault, pregunta á las Venus que nos siguen si está aquí Venus.

—Tu reduces mi simbolo á un miserable rasgo de talento. Estas Venus no se parecen á su abuela, sino en la espuma.

—Tu, Miravault, tu vienes de comprar una hacienda: ya estás adelantado. Es necesario que lo sepas: unicamente los ugieres, las langostas y la nacion, viven de la propiedad. El verdadero rico, no es el que posee, sino el que gasta.

—El dinero tiene razon contra todas las paradojas. Sin dinero, el hombre se queda toda su vida con las manos atadas.

—No irás, ahora á hablar de la libertad y de los principios reconocidos antes de la gran Revolucion. Amigo mio: desde que levantaron barricadas contra Dios, las demás sublevaciones han sido agua de rosas.

—Pues yo estoy por los principios, insistió Miravault.

—Desde que eres rico, y que quieres ser diputado. Está bien.

—Sí: quiero que la fraternidad se inscriba en letras de oro.

—Nó, en luises de oro, dijo Saint-Aymour.

—La fraternidad! dijo Parisis con amargura: el día en que la vea, consideraré hecha mi fortuna.

—Como la harás?

—Muy sencillo, haciéndome armero.

—Escéptico! no creerás nunca en nada?

—Sí, yo siempre creo en el mal; no creo que se haga el mal por el mal; pero creo que se hace el mal para alcanzar el bien.

—Y por esto dás todo lo que tu tienes?

—Créeme, mi querido Miravault, sé diputado si tienes voz para ello; mas todas las teorías contemporáneas son gallinas con huevos de oro que no pondrán jamás.

—Y sin embargo, sería tan fácil el hacer algo para estos dos millones de almas que viven en Paris.

—Dos millones de almas? Si no hay ninguna! Tú eres un teofilántropo que me divierte con sus ilusiones. Mira: las ilusiones políticas son perros atados con salsichones.

—Octavio tiene razon, dijo el príncipe Azul: la vida no es mas que un juego de estafas. En otro tiempo se trabajaba para la edad madura; hoy se vive por hoy.

—Sí, pero y el mañana?

—El mañana! Es la muerte. O si tu quieres, el mañana es la vida, puesto que hacemos al día si-

guiente lo mismo que hemos hecho el día anterior.

—Ah! mi querido príncipe: todo es triste. Cuando nada se sabe de la vida, no se sabe vivir, y cuando se sabe todo, no se sabe vivir mejor.

Entretanto todo el mundo habia partido; Octavio decia adios á la princesa\*\*\*. Solo habian quedado algunos calaveras. Estos señores concluyeron por volverse hácia las damas.

—Calle! dijo el príncipe Azul; hé aquí á Torna-sol. Porque diablo vienes al Bosque?

—Porque el Bosque no me dá sombra y no puede vivir sin mi.

—Ah! sí; tú eres una hija del bosque. Cuando eras muy niña ibas al bosque para recoger leña; hoy vienes aquí para ver si álguien hace leña contigo. Quién ha pagado la cola de tu trage?

—Qué te importa, príncipe mio, si tu no has sacado un céntimo?

—Qué veo! prosiguió el príncipe; la señora Perro-Lobo en persona!

—Yo misma.

—Creí que tu grandeza te pegaba á la orilla del lago.

—Vaya, no destroces mi blason: ya sabes de quien desciendo.

—Desciendes de Montmorency por la línea de sus asnos.

—Vale mas descender de las montañas sobre un

asno, que bajarlas á pié, señor príncipe que ya pasas de azul.

—Le has dado una coz, Perro-Lobo, dijo uno de los calaveras. En otro tiempo el príncipe Azul era un leon.

—Sí, un leon que jamás brilló sobre un fondo de oro.

—Perro-Lobo: tus blancos dientes muerden mucho. Te llamarias Eva si tus rubios cabellos fuesen tuyos.

—Tú te llamarias serpiente si tuvieses manzanas que ofrecernos. Por qué no te pareces á tu amigo Octavio de Parisis? Tú no te pareces ni á Adan ni á Eva.

—Al menos esta vale tanto como dos Evas, interrumpió la señorita Tornasol.

El príncipe Azul tenia todas las mujeres en contra suya: era valiente; pero miraba al horizonte cuando su amigo Octavio no podia socorrerle.

Vió pasar ante sus ojos el fantasma de la señora de Entraygues que ponía el dedo en su boca, bien como si tratase de reprocharle por haberse rebajado de aquel modo.

Sucede con frecuencia que se vé la imágen, la vision, el fantasma de una mujer antes de haberla visto en carne y huesos. Esto fué lo que sucedió al príncipe Azul: el recuerdo de la señora de Entraygues habia ido á inquietarle por una de esas vagas apariciones que no se esplican, cuando, de repente, el príncipe Azul vió aparecer á la señora de Entraygues, dando

el brazo á una de sus amigas, á una condesa cual ella que habia caído desde lo alto de su virtud á las profundidades del medio mundo.

—Mira! dijo Octavio al príncipe: héte aquí en un país que ya conoces.

—Y tú tambien.

Octavio no habia visto á la señora de Entraygues desde su segunda caída. No estaba muy ruborizada. Se dirigió hácia el señor de Parisis y le habló de Violeta.

—Qué quereis que os diga! La justicia, respondió Octavio, ha incoado un proceso; pero es la justicia de los hombres. Hay que temer el que esté ciega, puesto que los cargos aparecen contra Violeta. Y sin embargo, vos sabeis tan bien como yo que no es una envenenadora.

—Pobre Violeta!

—Tranquilizaos: yo la salvaré.

Octavio miró la señora de Entraygues.

—Tambien vos deberiais salvarme.

—Creí que el príncipe Azul se habia encargado de ello.

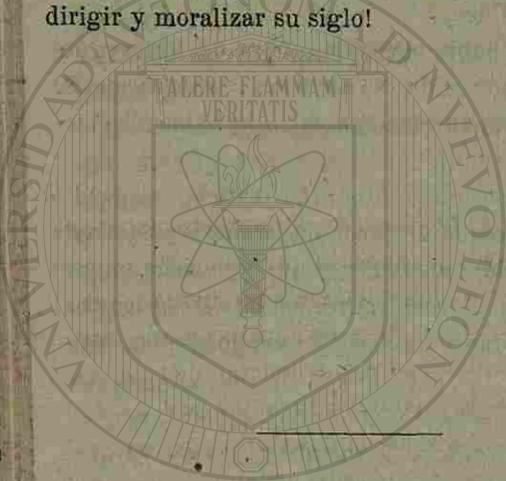
—Él! Pertenece á vuestra escuela. Es un cómico que representa muy bien el papel de Leandro; pero á lo menos vos creais los papeles, mientras que él no hace mas que recitarlos.

—Creí que erais los mejores amigos del mundo.

—Qué quereis! cuando no se tiene el primer actor se toma á los comparsas.

Y luego de pronunciadas estas frases de teatro, la señora de Entraygues desapareció con su amiga. El príncipe Azul se había adelantado.

—Así va el mundo, se dijo Octavio; cuando pienso que hay gente que se levanta muy temprano para dirigir y moralizar su siglo!



## XXII.

## EL TRIBUNAL DE ASISES.

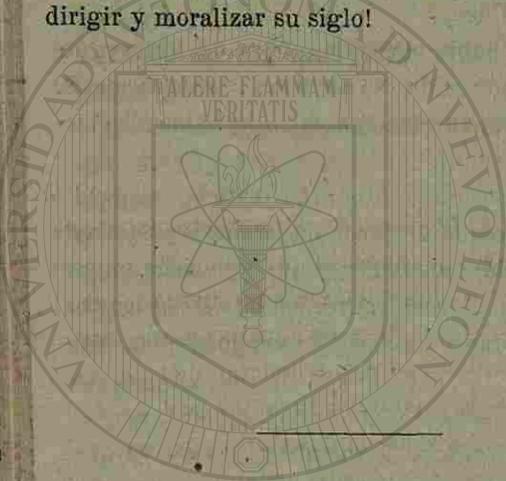
Entre tanto el proceso sobre el ramillete de rosas llegó ante el jurado de Auxerse.

Los periódicos de París teniendo en cuenta la naturaleza romántica y extraña de aquella causa, despacharon sus cronistas para que hicieran de todo una reseña; la capital de Yonne fué invadida por los forasteros, sobre todo por los parisienses. Algunas señoras á la moda siguieron la muchedumbre. Se hubieran comprado los buenos puestos á quinientos francos, bien como si se tratase de una representación en la Opera.

Cuando apareció Violeta, una voz dominó todos los murmullos. Era la de una aldeana que no pudo menos que gritar: «Es toda blanca y toda negra.» Y en efecto, el pálido rostro de Violeta aparecía como encuadrado entre blondas negras que caían sobre sus ojos sin ocultar su hermosa cabellera negra. Andaba entre dos gendarmes con digno y grave paso. No había creído hasta entonces que se la hiciese presentar ante el jurado; mas á fuerza de rogar á Dios se había

Y luego de pronunciadas estas frases de teatro, la señora de Entraygues desapareció con su amiga. El príncipe Azul se había adelantado.

—Así va el mundo, se dijo Octavio; cuando pienso que hay gente que se levanta muy temprano para dirigir y moralizar su siglo!



## XXII.

## EL TRIBUNAL DE ASISES.

Entre tanto el proceso sobre el ramillete de rosas llegó ante el jurado de Auxerse.

Los periódicos de París teniendo en cuenta la naturaleza romántica y extraña de aquella causa, despacharon sus cronistas para que hicieran de todo una reseña; la capital de Yonne fué invadida por los forasteros, sobre todo por los parisienses. Algunas señoras á la moda siguieron la muchedumbre. Se hubieran comprado los buenos puestos á quinientos francos, bien como si se tratase de una representación en la Opera.

Cuando apareció Violeta, una voz dominó todos los murmullos. Era la de una aldeana que no pudo menos que gritar: «Es toda blanca y toda negra.» Y en efecto, el pálido rostro de Violeta aparecía como encuadrado entre blondas negras que caían sobre sus ojos sin ocultar su hermosa cabellera negra. Andaba entre dos gendarmes con digno y grave paso. No había creído hasta entonces que se la hiciese presentar ante el jurado; mas á fuerza de rogar á Dios se había

resignado á todas las humillaciones. Por lo demás, la jóven encontraba cierta secreta voluptuosidad en sufrir por causa de Octavio y por causa de sí misma: creía que de este modo volvía al camino de la virtud.

La señorita de la Chastaigneraye habia rehusado comparecer. Presentáronse certificados de médicos en lo que se probaba que no podia salir de casa.

El señor de Parisis no habia vacilado en presentar su testimonio: queria, sobre todo, declarar á favor de Violeta. Encontróse en la sala de testigos con el médico de Champauvert, con la señorita Brígida y la señorita de Moncenac, con dos criadas del castillo y con las ocho aldeanas que habian ofrecido el cesto de flores.

Mr. Lachaud ocupaba el banco de la defensa. Tenia la frente resplandeciente como un abogado que vá á ganar su causa.

Entre los cuerpos del delito y sobre una mesa frente al Tribunal, veíase el ramillete de rosas.

Levantóse el escribano y leyó esta acta de acusacion que encuentro en un periódico de Auxerre, el cual no dió mas que las iniciales de los nombres de Parisis y de su prima.

«El ocho de agosto último, una jóven que lleva uno de los mas ilustres nombres de la comarca, la señorita G.... de L. Ch. volvía de misa en el castillo de Ch. cuando las aldeanas del país la ofrecieron un cesto de flores. En el dia anterior se habia sabido que la señorita G.... de L. Ch. era la única heredera de su

tia, la cual habia dejado una considerable fortuna. Sentíase gran alegría en el país, toda vez que la jóven heredera era muy buena para con los pobres.

»Si el bien nace del mal, el mal nace algunas veces del bien. Se habia querido tributar un obsequio á la señorita de L. Ch. y faltó poco para que muriese envenenada. Un ramillete dominaba todas las flores: la señorita de L. Ch. rasgó el papel que lo envolvía y lo respiró varias veces.

»De pronto palideció y cayó en brazos de su amiga la señorita de M.... y de su primo el Duque de P....

»Al principio se creyó que aquello era un simple desmayo, pero cuando el médico llegó no cupo duda de que la jóven habia respirado el mas sutil y el mas activo de todos los venenos. No fué aquí el daño. Llegóse el ramillete al castillo y habiendo circulado el rumor de que la señorita de L. Ch.... se habia envenenado oliendo un ramillete de rosas, una jóven doncella se echó á reir, se apoderó de aquel ramo y lo aspiró con todas sus fuerzas, bien como para burlarse de todo el mundo. Acababa de respirar la muerte.

»Nuestra época, á Dios gracias, no es mas familiar que el siglo quince á esta clase de venenos; mas el testimonio de los hombres de ciencia probará muy luego que lo que relatamos es cierto. La señorita de L. Ch.... ha estado muy mala y su jóven doncella ha muerto.

»Ahora bien; quién vertió el veneno en aquel ramillete de rosas?

»Todo en este proceso es romántico.

»El ramillete había sido traído al castillo por uno de esos niños piamonteses que lo hacen todo en su infancia, excepto el bien, y que se dedican á enseñar monos y á tocar el arpa y que revisten todas las formas de la mendicidad. Pero quién le había dado el ramillete? No ha sido posible encontrar al niño; pero se han encontrado sus huellas. El sábado por la tarde se hallaba en Tonnerre, en la fonda del Leon de Oro, donde una forastera comía. Este ramillete pasó de sus manos á las del tocador de violin. Le dió orden, entregándole una moneda de oro, de llevar el ramillete, con una carta que escribió al momento, al señor duque de P.... al castillo de la Ch.... La carta que ha sido hallada como por milagro es bien esplicita; se verá con que hipocresía la jóven Marty aconseja á su amante que ofrezca el abominable ramillete á la señorita de L. Ch.... Así, pues, ella no temía en hacer su cómplice á un hombre que afortunadamente se halla muy por encima de todo ataque y fuera de esto no ofreció el ramillete por sí mismo. El niño obedeció; pero como era ya tarde se durmió ó se detuvo en el camino. No llegó al castillo de Ch.... hasta el siguiente día por la mañana, á la hora de la misa. Cuando se presentó al castillo todo el mundo se hallaba en la iglesia, menos una doncella que se llamaba Rosa Dumont, la cual creyó que aquel ramillete se destinaba á la fiesta, por cuyo motivo, lo colocó en el cesto de flores que las aldeanas habían dejado en la

plaza frente á la iglesia. Aquella jóven que llegaba por primera vez á aquel país era una de esas mujeres harto conocidas en Paris que ocasionan la vergüenza, la ruina y la desesperacion de las familias.

»Algunas de ellas son tanto mas peligrosas cuanto ocultan su perversidad bajo cierto aire de dignidad y de inocencia. Mas la justicia no se engaña: esto no es sino una máscara, y la justicia sabe arrancarla. La jóven Luisa Marty, por otro nombre Violeta, es una de esas criaturas que rehuyen el trabajo desde una edad muy temprana para entregarse á toda clase de vicios. Se la ha conocido arrastrando coche y luciendo brillantes cuando debia honrar sus manos con el oficio de costurera y de florista que le había enseñado sumadre; pues ella es tanto mas culpable, cuanto, segun los informes recogidos, su madre era una mujer honrada. Florista! hé aquí cual había sido su último ramillete: un ramillete de rosas envenenado! Aun muy jóven aprendió el arte de perfumar los ramilletes artificiales; no se estrañará, pues, que sepa envenenar las flores naturales.

»Y quién la impulsó á ese crimen? Todas las malas pasiones. Ella tuvo relaciones íntimas con el señor Duque de P.... que no quería verla. Pero sabiendo que había ido al castillo de Ch.... por una herencia, Luisa, naturalmente, quiso verla. A su paso por Tonnerre supo que la herencia se había escapado al Duque. Entonces fué sin duda cuando la idea del crimen

se apoderó de ella. La señorita G.... de L. Ch.... era el grande obstáculo, puesto que tenía dinero, el Duque iba á casarse con ella. Estas criaturas juzgan las acciones de los otros segun sus sentimientos. Desembarazarse de la heredera equivalia á ganarlo todo: el hombre es el dinero. La señorita G.... de L. Ch.... una vez muerta, el Duque la heredaba, la jóven Marty contaria en una parte en la herencia. Pero cómo debia obrar? Los debates probarán que ella se habia provisto de veneno para emplearlo con su amante y hasta quizá con la idea de servirse de él contra sí misma en caso de que no saliese bien el golpe. Este veneno la sirvió contra la señorita de L. Ch...; pero la jóven doncella fué su víctima.

»No se vé ya aquí á la jóven Luisa Marty vertiendo el tósigo en el ramillete y pagando espléndidamente al chiquillo que lo llevará á su destino? La jóven se dirige al camino de hierro para despistar á todo el mundo. Pero esto no era mas que una astucia. En efecto: al siguiente dia se encontraba en el camino de Champauvert, con objeto de asegurarse de que el mensaje habia llegado á su destino. Se la vió errar en torno del castillo. Qué digo! durante la misa, pues nada detiene á esas jóvenes desvergonzadas, se la vió inclinarse sobre el cesto de flores, como si aun no hubiese bastante veneno en el fatal ramillete.

»En su consecuencia, la llamada Luisa Marty, por otro nombre Violeta, es acusada de homicidio voluntario con premeditacion sobre la persona de la seño-

rita G. de L. Ch... y de homicidio involuntario contra la persona de la jóven Rosa Dumont, doncella de la señorita G. de L. Ch...»

Violeta, por impresionada que estuviese al verse así en espectáculo, oyó, sin embargo, esta acusacion que al parecer no ofrecia dudas. Cada palabra caia sobre su corazon como si fuese una puñalada. Ella no temia por su vida, toda vez que habia hecho ya el sacrificio de la misma; pero sentia el estupor á la sola idea de que se la tomaba por envenenadora.

El presidente procedió al interrogatorio despues de haber hojeado rápidamente el voluminoso proceso formado por el juez de instruccion.

—Acusada, levantaos.

Violeta obedeció, aunque dejando transparentar su dignidad.

—Vuestro nombre?

—Luisa Marty.

—Por qué llevais el apodo de Violeta?

—Porque me gustaban las violetas.

—Donde nacisteis?

—En Paris; mas soy originaria de Borgoña.

—Sí, el proceso nos dice que vuestra madre Sofia Marty iba á dar á luz sus hijos á Paris. Vos sois una hija natural.

Violeta no contestó.

—Teneis algun recuerdo de vuestra infancia? Po-deis decirnos si vuestra madre os habló de vuestro padre?

—Nunca.

—No habeis visto en casa de vuestra madre nadie que fuese de Tonnerre, la señora Portien por ejemplo?

—Lo ignoro; no lo recuerdo.

—Hariais mal en ocultar algo.

—Recuerdo con alguna vaguedad el nombre de Portien; pero mi madre no me hablaba nunca de lo pasado; mi deber no consistía en interrogar á mi madre y mi padre no me reconoció por hija. Hemos llevado en estos últimos años una existencia muy miserable. Mi madre me abrazaba alguna vez diciéndome: «Si yo quisiera, tú serias rica.» Yo la miraba con curiosidad; pero luego añadía reponiéndose. «Yo estoy local!» Luego nos poníamos á trabajar.

—Qué trabajo era el vuestro?

—Mi madre cosía blondas y yo hacia flores.

—No os explicais las frases de: *Si yo quisiera, tú serias rica?*

—No hay que engañarse. Mi madre se refería á mi padre; no lo dudo, pues era demasiado noble para pensar un instante que yo podia ser rica si ella me vendía.

—Al encontrar á la señora Portien en la fonda del *Leon de Oro* en Tonnerre, no conociais su nombre?

—Nó. Era la única mujer que habia en el comedor; me dirigí á ella y tuvo la bondad de atenderme. Hélo aquí todo.

—Sabeis, quizá, que vuestra madre ha estado al servicio de la señora Portien?

—Lo he sabido por el proceso.

—Porque enviasteis un ramillete á la señorita de la Chastaigneraye?

—Quería despedirme eternamente del señor de Paris. Habia empezado sus relaciones conmigo, dándome un ramo de violetas, y yo deseaba terminarlas dándole otro de rosas. Esto era tan poco premeditado que indudablemente yo me hubiese contentado en escribirle, si el azar no hubiese puesto en mis manos aquel fatal ramillete.

—Creeis que el ramillete fué envenenado antes de llegar á vuestras manos?

—No, puesto que yo le oí, y no me causó daño alguno.

—Entonces como os explicais que el ramillete fuese envenenado en Champauvert?

—Lo ignoro; no estaba allí.

—Vos estabais; lo habeis confesado en vuestra indagatoria.

—Yo me hallaba en los alrededores del castillo, y no en el castillo mismo.

—Una tal Barjou os vió en la plaza y observó como os acercabais al cesto, y entreabrais el papel que envolvía el ramillete.

—Retiraba de él la carta dirigida al señor de Paris. Creeis que en aquel instante envenené el ramillete? Entonces consistiria en que mis lágrimas fueron envenenadas.

El procurador imperial sonrió irónicamente y

murmuró: — Vaya una comedia de sentimiento!

— Ya que vos sois inocente, quien será el culpable? Hay un hecho innegable: Rosa Dumont ha muerto á consecuencia del veneno que se destinaba á la señorita de la Chastaigneraye, la cual vive por milagro; tan bien se habian preparado las cosas.

— Yo no sé mas sino que aquel ramillete era efectivamente mi ramillete.

— Y volviendo á hablar de Tonnerre, insistís en decir que no volvisteis á encontrar al niño que tocaba el violin?

— No le ví.

— Es muy extraño, pues los jurados saben ya que no ha sido posible el volver á encontrar á ese niño.

— Se me acusa tambien de que yo lo he asesinado?

— Nó: la justicia no acusa, cuando carece de pruebas.

Y con aire de severidad, el presidente hizo una seña á Violeta para que tomase asiento.

Llamáronse á los testigos de cargo. Se sabia con anticipacion lo que dirian. Se habia esperado una de esas revelaciones imprevistas, que arrojan viva luz, sobre las causas oscuras; pero no se declaró nada notable.

Quando el duque de Parisis, citado por la acusacion como testigo de cargo, se presentó á declarar, la curiosidad fué grandísima; pero todo el mundo sabia que se presentaria como testigo de descargo. Contó sencillamente lo que habia visto, declarando por su

alma y su conciencia, que la acusada no era culpable. No negó que el ramillete fuese envenenado; pero, en su concepto, la mano de Violeta no habia vertido aquel tósigo.

Como se le tenia por muy inteligente en todo, el abogado de la acusada le rogó que diera algunas esplicaciones sobre aquel abominable envenenamiento que asfixiaba instantáneamente. No se hizo de rogar mucho. Dijo que si desde el siglo diez y seis se ignoraba la composicion del veneno de los Médicis, cualquier químico podia haberla encontrado, mezclando la nuez vómica, la cicuta, y el ácido prúsico. Contó que se habian verificado muchos experimentos, por Magendie y Cabarrus, sobre perros que ni siquiera habian tenido tiempo de respirar; tan rápida era la muerte. Para el señor de Parisis el ramillete distaba mucho de ser un prodigio: ya que habia sido cogido en Tonnerre hácia la tarde del sábado, y se sabia en que jardin, indudablemente no habia podido cruzar el laboratorio de un químico. Esto no obstante daba la muerte á Rosa Dumont que lo habia respirado despues de la señorita de la Chastaigneraye.

— Tambien, añadió el señor de Parisis, hallo extraño que este proceso se siga en ausencia del único testigo que podria declarar la verdad: el niño que tocaba el violin.

— Creeis, dijo el presidente con acento burlon, que ese niño es el culpable?

— Nó; mas creo que puesto que no llegó á Cham-

pauvert hasta el siguiente día, á la hora de misa, creo que fué detenido en el camino.

—Y bien: creo que no habrá químicos ni en Tonnerre ni en Champauvert.

—Quién sabe?

—Yo lo sé perfectamente, dijo el abogado. El niño se crió en la vagancia, y yo no debo acusar á nadie para establecer la defensa.

El primer testigo de descargo que se presentó, fué la señora Portien.

Cuando apareció, se observó por vez primera que aunque Violeta era hermosa y ella fea, había entre ellas alguna semejanza, y hasta cierto aire de familia.

—Observad, dijo á su vecina una curiosa que había llegado de Paris; observad este pequeño signo de belleza, que las dos tienen en los labios.

Una vaga idea acerca la vida que la señora Portien había llevado, corria en el auditorio. Se había despertado un eco muerto desde hacia veinte años. Cuando la madre de Violeta marchó de Paris, marchó con la señora Portien, acusada de haber querido ocultar una falta cometida antes de su matrimonio. Nadie se atrevía á decir esto, en voz alta; pero muchos lo habían pensado; y como esta idea había vuelto á la superficie, no parecía imposible que la acusada fuese la hija de la señora Portien, uno de esos hijos perdidos que se arrojan tras sí, y hácia los cuales no se vuelve nunca.

Así es, que cuando apareció la señora Portien, se observó gran curiosidad en los circunstantes.

El presidente la saludó imperceptiblemente y preguntó por su nombre y apellido.

Respondió que se llamaba Angela Virginia de Pernand, nieta del duque de Parisis, y casada con Teodoro Portien, del cual estaba separada desde hacia tiempo.

—Decid cuanto sepais.

—Pronto será dicho. Me encontraba en el *Leon de oro* en Tonnerre; esta señora se sentó á mi mesa y me preguntó si Parisis se hallaba muy lejos. Hablamos algunos minutos. Una de las criadas me ofreció un ramillete que yo no acepté. Esta señora lo cogió y lo envió al señor de Parisis, que estaba en el castillo de Champauvert. He aquí lo que yo sé. Yo había declarado ya todo esto, en el proceso, y esperaba que no se me haría comparecer ante el jurado.

—Vos estábais allí cuando la acusada empaquetó el ramillete: no visteis nada que pudiese despertar vuestras sospechas?

—Nó, á lo menos no lo recuerdo.

—Que concepto formasteis de la acusada?

—Me pareció una mujer enamorada, que no sabe muy bien lo que se dice. Esto me divirtió algo, porque pensé en mi primo el señor duque de Parisis; mas cinco minutos despues, yo me hallaba sobre el camino de Pernand, y ya no pensaba en esto.

La señora Portien queria retirarse; mas el presi-

dente la rogó que ocupase el banco de los testigos: Octavio que habia permanecido en el banco de Mr. La-chaud, fué á sentarse al lado de su prima. La señora Portien le manifestó cuanto sentia la desgracia de Violeta; encontraba á ésta muy hermosa, y estuvo muy lejos de acriminar á Parisis por sus relaciones con ella.

—Teneis razon, dijo Parisis con desenvoltura, al encontrar á Violeta hermosa, pues oigo en torno mio asegurar que se os parece mucho.

—Cómo! yo me parezco á esa jóven!

—Prima, no sé que hallais de particular en esto.

—No os comprendo.

—Violeta es de nuestro país.

—Direis tambien que pertenece á nuestra familia?

—He sabido unicamente ahora, que su madre, So-fía Marty era vuestra doncella, hace veinte años.

—Y bien?

—Ignorais que Violeta es la hija de Sofía Marty?

—No lo sabia.

La señora Portien no podia ocultar su emocion.

—Y bien, dijo, fingiendo la mayor indiferencia, que importa esto?

—Esto quiere decir, mi querida prima, que sin duda aquella mujer era hermosa, y que vuestro es-  
poso....

—Yo no estaba entónces casada, dijo la señora Portien.

Estas frases las pronunció á pesar suyo.

El tribunal seguia escuchando los testigos de des-cargo. Violeta habia solicitado el testimonio de la propietaria de la casa que ella habitaba en la calle de San Jacinto. Esta mujer pintó la acusada con los co-  
lores mas simpáticos; siempre la habia conocida hon-  
rada, laboriosa, amante de su madre, y no saliendo  
mas que el domingo para ir á misa. Cierto dia la sor-  
prendió comprando cerezas para almorzar; se le acer-  
có una mendiga, y dejó las cerezas para entregar los  
cuartos á la muger que le pedia limosna. Esto de al-  
morzar dando una limosna, daba una idea de su buen  
corazon, y era lo bastante para que le trajese la di-  
cha; pero Dios pone á prueba las almas mas puras y  
valientes.

El presidente preguntó á la testiga, si alguna vez habia oido hablar del padre de la acusada.

—Habria mucho que decir sobre esto, señor pre-  
sidente; la señora Marty no me ha hecho sobre este  
particular, sino algunas confidencias á medias. Si  
quereis saber mi opinion, aunque bien puedo enga-  
ñarme, os diré que la señorita Violeta, ya que hoy  
dia este es su nombre, no es hija de la señora Luisa  
Marty.

—Ah! señora! exclamó Violeta: dejadme á lo me-  
nos mi madre.

XXIII.

LA MADRE DE VIOLETA.

En aquel instante una mujer se sintió indispu-  
sta. Era la señora Portien.

Los debates fueron interrumpidos por espacio de  
un minuto. Se sacó de allí á la señora Portien desma-  
yada.

—Hablad, decid cuanto sepais, dijo el presidente  
á la testigo.

—Pues bien, señor presidente, creo que la señora  
Marty ocultó la falta de otra persona, á la cual yo no  
conozco. Cuando no podia satisfacer su alquiler, la  
pobre mujer se creia obligada á hacer alguna confi-  
dencia. «Ah! exclamaba: si yo quisiese, tendria dine-  
ro; pero tengo miedo al escándalo... y luego, quien  
sabe si se me arrebataria esta niña?» Yo entonces la  
hablaba del padre y ella me respondia, lo diré?... me  
respondia como una mujer que jamás ha conocido un  
amante ó un marido. Por entre sus frases ambiguas  
creia ver una niña inocente sacrificada á una mujer  
culpable.

Llegó el turno á la madre de Rosa Dumont. Esta

mujer llegó llorosa para pedir venganza. La señorita  
de la Chastaigneraye le habia dado para vivir tran-  
quila el resto de su vida; pero no le devolvía su hija.  
Estaba segurísima de que el veneno se habia emplea-  
do por aquella forastera que no habia hecho mas que  
parecer y desaparecer á un mismo tiempo.

Algunas otras pruebas llegaron enseguida que hi-  
cieron penetrar en el ánimo de los jurados la culpabi-  
lidad de Violeta.

Esta empezaba á desesperar: tenia dos testigos fa-  
vorables contra veinte que estaban en contra—sin  
contar su propio testimonio que la perjudicaba—cuan-  
do de pronto, el presidente anunció que la señorita de  
la Chastaigneraye iba á comparecer como testigo. El  
presidente acababa de recibir una carta suya en la  
cual le decia que en interés de la verdad ella se habia  
creido en el deber de desafiar la calentura é ir allí  
para cumplir con su deber.

Pronto un rumor medio ahogado hubo de circular  
por la sala, bien como circularia en el Teatro Fran-  
cés si se anunciase la leyenda de Madame Rachel,  
sabiendo el público que estaba ausente en América.

Hubo un instante de silencio. Al ver á aquella no-  
ble heredera que se habia captado ya las simpatías, el  
público se levantó de su asiento. Estaba mas hermosa  
de lo que todo el mundo se figuraba por mas que su  
belleza andase ya en lenguas de la fama.

Se dirigió sencilla y noblemente hácia el tribunal  
con la dignidad de su raza y la gracia de la juventud.

El presidente despues de las fórmulas de costumbre la rogó que dijera lo que sabia.

—Mi primera palabra, señor presidente, debe consistir en aseguraros que la acusada es inocente.

Estas frases produjeron un gran asombro en la asamblea. Interrogóse con los ojos y todo el mundo escuchó con ansiedad.

—Quién es pues el culpable? dijo el presidente.

—Lo sé muy bien, respondió Genoveva con el acento de la verdad; pero me es imposible revelar su nombre.

—La justicia está en el derecho de relevaros de todo escrúpulo.

—Hay secretos que la misma justicia no puede arrancar. He temblado ante la idea de que se condenara á la acusada por un crimen que no há cometido: hé venido á jurar por mi alma que no es culpable y esta es mi última palabra.

La señorita de la Chastaigneraye se inclinó y rogó se la dejase marchar. Parisis se acercó á ella y la ofreció su brazo. El presidente no juzgó necesario detenerla.

La audiencia se suspendió por un cuarto de hora.

Cuando el presidente volvió á ocupar su asiento llamó á la señora Portien.

Esta habia vuelto en sí y se presentó apoyada en el brazo de una señora.

—Os suplico, señora Portien, que nos deis algunos

informes acerca la madre de la acusada; que estuvo segun parece, á vuestro servicio.

La señora Portien contestó con voz turbada:

—No tengo de ella mas que un vago recuerdo: yo siempre alabé á esta jóven hasta el dia que se olvidó á sí misma.

—Se nos ha dicho que iba á dar á luz sus hijos á Paris y que vos la acompañábais.

—Ibamos á Paris en aquella época; mas para evitar su afrenta ante los ojos del país la permitíamos ir y venir con nosotros.

La voz de la señora Portien se detenia en su garganta; pero su emocion se atribuia á su desmayo.

—Y se sabia en el país, quién era el padre de la niña?

—La malignidad pública decia que era mi esposo.

—Estabais ya casada?

La señora Portien que no se habia ruborizado desde hacia un buen rato, se ruborizó mas que nunca.

—Señor presidente, dijo, esto no se refiere al proceso. Debo confesaros que no he grabado esto en mi memoria con la idea de que algun dia tendria que declararlo ante un jurado.

—Lo comprendo, señora, dijo el presidente; mas nosotros buscamos la verdad por todos los caminos.

Sin duda que en el ánimo del procurador imperial habia brotado un rayo de luz, toda vez que pidió la palabra y dijo lo siguiente:

—Señores jurados, nosotros creíamos que la justicia no tenía mas que pronunciar su fallo: todas las pruebas hablan con elocuencia ante ella. Pero las declaraciones de los testigos nos prueban que antes de formular el veredicto es indispensable oír otro testigo, el que llevó el ramillete desde Tonnerre á Champauvert. Podría existir una duda en el ánimo de los jueces y de la opinión pública; la justicia no puede ser sospechosa: aguardemos. Se harán nuevas indagaciones; se harán mas minuciosas diligencias para encontrar, ya que no al testigo, por lo menos las huellas del camino que ha seguido al llevar el ramillete.

—En cuanto á mí, dijo el abogado de Violeta, yo estoy seguro que emprendió por un mal camino; si hubiera seguido el bueno, el ramillete no se hubiese envenenado.

El presidente hizo guardar silencio al abogado y despues de haber consultado al Tribunal declaró que la vista de la causa continuaria en otra audiencia.

Aunque Violeta hubiera sido condenada á trabajos forzados, no se hubiera impresionado tanto como al ver que debia volver á la cárcel sin ser juzgada.

Desde hacia algunos minutos dos ideas paralelas se disputaban el predominio en su alma: tenia el sentimiento de que la señora Portien era su madre y el de que esta señora habia envenenado el ramillete ofrecido á la señorita de la Chastaigneraye.

## XXIV.

## VIOLETA Y GENOVEVA.

Octavio estaba desesperado; mas era indispensable humillar la frente ante el nivel de la justicia. Se acercó á Violeta y la tendió su mano como lo hubiera hecho con su hermana.

—Octavio, le dijo aquella, ya que conocéis el veneno de los Médicis porqué no me lo dais?

—Tened paciencia, Violeta, yo os lo suplico: Dios os salvará.

—Dios! exclamó ella; porqué me habláis de Dios vos que no creéis en él?

Los gendarmes aguardaban y los gendarmes no aguardan.

El señor de Parisis hizo de modo que la cárcel de Auxerre fuese mas soportable á la jóven. El juez de instruccion y el procurador imperial, que estaban impresionados, permitieron que Violeta no estuviera sujeta al régimen celular: dióselo un cuarto, se la permitió escribir y recibir cartas, aunque con la mediacion del alcaide de la cárcel. Octavio la envió libros y flores. Él hubiese querido traerle por sí mismo estos

libros y estas flores; mas el alcaide fué inexorable. El procurador imperial en interés de la misma Violeta le aconsejó que no insistiera.

La señora Portien, aunque se hallaba turbada, ofreció á Genoveva acompañarla á Champauvert, bien como si en la intimidad de este viaje debiese conquistar la túnica de la inocencia: pero la jóven lo rehusó con dulzura y firmeza á un mismo tiempo. Tampoco Genoveva quiso partir en compañía del duque de Paris; mas le permitió visitarla.

Octavio llegó á Champauvert el siguiente dia á las seis.

Genoveva le habló de Violeta diciendo que era una jóven simpática.

—Teneis razon, Genoveva, puesto que es nuestra prima.

Y contó á la señorita de la Chastaigneraye, por mas que no la conociera con todos sus detalles, la historia de la señora Portien.

Era indispensable sacrificar á Violeta; pero ni él ni Genoveva lo querian. Y á mas de todo habia tanto misterio en este veneno que quizá se engañaban.

Dónde se encontraba el niño que tocaba el violin?

Existe en todos los procesos célebres una figura singular que no parece sino que trata de burlarse de la justicia, bien como si fuese necesario probar á los hombres que nada puede ser infalible.

Octavio no se hizo rogar mucho para pasar el dia en Champauvert.

Le fué muy dulce el encontrarse en la atmósfera de Genoveva, en las ideas y sentimientos de aquella hermosa criatura que tenia un gran corazon y una gran alma.

En mas de alguna ocasion habia estudiado ya las variaciones de la atmósfera moral, encontrándose mejor ó peor segun con quien intimaba, aunque, desde su altura estaba acostumbrado á dominar á todo el mundo. Tenia el instinto de la virtud como tenia el tempestuoso de las pasiones. Así es que podia estudiarse en él toda una geografia de sensaciones. Ya se conocen los hábitos de Octavio: tan pronto como pasaba una hora al lado de una mujer, no tenia sino un fin, amarla y hablarla de amor.

Por mas que con Genoveva las barreras fuesen difíciles de franquear, porque se mantenía siempre en las alturas de su dignidad, de su gracia y de su pudor, se arriesgó muy pronto diciéndola que ella era la única mujer que habia penetrado en su corazon, pues todas las otras le habian servido de mero pasatiempo.

—Primo mio, no creéis en lo que decís, y yo no soy bastante loca para creerlo. Vuestros lábios han profanado demasiado las cosas del corazon. Vuestro diccionario no es el mio; no hablamos el mismo idioma. Si algun dia digo *te amo*, yo amaré hasta la muerte.

—Observad, prima, que yo os adoro desde que os vi entre la blancura de la nieve, y sin embargo nunca os lo he dicho.

—Os agradezco la discrecion; mas yo no creo en un amor tan extravagante para una pobre provinciana.

—Como os burlais de todas las parisienses?

Y Octavio trató de probar con la accion de sus miradas que no decia *te amo* con la voz sino con sus ojos.

Genoveva deseaba cortar de un golpe aquella plática sentimental por mas que la agradase; pero Octavio volvía siempre á ella. Se paseaba así en el parque y se deslizaban las mas dulces y hermosas horas.

Por un instante la señorita de la Chastaigneraye cambió de conversacion y de semblante. Fingiendo que no pensaba en ello, Parisis la llevó mas léjos del parque; mas la jóven le habló de astronomía.

—Cuando pienso, dijo Octavio, que de aquí á cien años habitaremos cada uno de nosotros dos una estrella tan lejana una de otra que se necesitará un millon de años para que se estremezcan á la misma luz!

—Por qué se encontrarán tan alejadas, primo?

—Porque nos habremos podido amar sobre la tierra, y nosotros no habremos querido.

—Y bien, primo, ya os consolareis, puesto que habreis amado á Violeta.

La señorita de la Chastaigneraye estaba celosa de todas las mujeres; pero, sobre todo, estaba celosa de Violeta.

El señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye no habian hablado sino una vez del envenena-

miento del ramillete de rosas; el nombre de la señora Portien, como el de Violeta, se detenía sobre sus lábios. Ambos temian acusar al verdadero culpable. Temian defender á Violeta? Y sin embargo, ni para uno ni para otro era dudoso que la señora Portien habia envenenado el ramillete.

Por fin Genoveva tomó la palabra acerca de este tenebroso asunto.

—Creeis, primo, que en la próxima reunion del Tribunal, la señora Portien no será llamada al banquillo de los acusados?

—Quizá nó, porque no habrá pruebas en contra suya.

—Y sin embargo, vos estais convencido de que esa jóven no ha querido envenenar á nadie.

—Es cierto, prima; y ya que hablamos de la *acusada*, os diré que Violeta es hija de la señora Portien: Creo mas: creo que la señora Portien está hoy convencida de esto mismo. Qué hará? Yo sé que el abogado ha dirigido todas sus baterías en contra suya. Creo que si se le hubiese dejado hablar, la hubiese herido como el rayo. Ha sido una gran desgracia que vuestro médico quisiese meter tanto ruido; aunque la pobre doncella haya muerto, no habia razon para ocasionar tanto escándalo. Yo me he doblegado ante la justicia; no tenemos mas que resignarnos. Al fin y al cabo, si la señora Portien es llamada ante el Tribunal, no olvideis que se llama la señora Portien y que está ya léjos de nosotros. Si la castigan, este cas-

tigo no podrá alcanzarnos. Qué quereis! en todas las familias hay siempre un miembro malo.

—Pobre Violeta! exclamó Genoveva.

Este grito partía del corazón, pero de un corazón herido.

—Se me ocurre una idea, exclamó Octavio que no había podido echar de su memoria el recuerdo de la dama blanca, paseándose al resplandor de la luna, bajo los árboles de Champauvert. Nosotros acusamos á la señora Portien; pero que hacian á las doce de la noche cierta dama blanca y cierto caballero negro la noche antes del día en que os fué presentado el ramillete?

—Primo: el caballero negro y la dama blanca no pensaban en envenenar á nadie, os lo aseguro: eran dos lunáticos que solo querian comunicar sus secretos á la luna, pero que no tenian veneno en sus manos.

Octavio no insistió y habló de política.

—Leeis el *Monitor*, mi querida prima?

—Sí: todos los lunes leo el folletín de modas.

—Pues bien, yo no leo mas que la cuarta plana para ver aquellos que, una vez ricos, se quieren hacer un bautismo heráldico. Conoceis al señor de Rochedieu, por otro nombre señor Marsouin?

Octavio estudió la fisonomía de su prima. Sabía que este noble de recién fecha vivía cerca de Champauvert, en una vieja abadía que había adornado con palomares en sus cuatro esquinas.

—Sí, dijo Genoveva, le conozco: aquí se ha estra-

ñado mucho que no se hiciese bautizar con el nombre de Señor Trufas.

Octavio comprendió que hacia una política equivocada. Miró á Genoveva, la cual sonrió con malicia.

—Sois visionario, primo? Por qué me hablais de las visiones de Champauvert y no me hablais de las visiones de Paris?

—Porque en Paris no hay visiones.

El duque había olvidado la singular visita que le hizo una mujer velada cierta noche de carnaval; creía que aquello era alguna mistificación de comedia, una de las veinte mujeres que tenian la llave de la puertecita de su jardín.

—Pero, no recordais ya cierta aparicion en una noche de carnaval? preguntó Genoveva.

—Ah! sí: esta es una de las páginas mas inexplicables de mi vida. Una mujer se llegó á mí; me habló; mi emoción fué tal, que, hecho una estatua de bronce, no hallé voz para contestarla ni piés para seguirla. Parecia de mármol, ó, mejor dicho, me sentí dormido: el poco valor que me quedaba pertenecía al mundo de los espíritus, puesto que leía á Fausto.

—Sí, leiais á Fausto y la mujer que se os apareció marcó vuestro destino.

—Sí; lo marcó tan bien que cerré el libro y desde entonces no he vuelto á encontrar la página, pues este hermoso libro es la locura en la sabiduría ó la sabiduría en la locura. Pero como sabeis todo esto? Conoceis aquella mujer?

—Nó. Hablemos de política.

Toda la política de Octavio consistía en Genoveva. Pero en vano colocó ante ella cien puntos de interrogación: cuanto mas la preguntaba, mas quedaba enredado: como la Sibila se ocultaba debajo de los mas frondosos árboles. Era la mas impenetrable y la mas adorable de las mujeres y Octavio cambiaba todos sus puntos de interrogación en puntos de admiración.

Por la tarde Octavio partió á fin de pasar la noche en Parisis.

Por mas que se considerase muy feliz al verse en Champauvert, comprendió que la señora Brigida no vería con buenos ojos que él continuara en casa de su prima. Era preciso que no se sospechara de que Genoveva era amada, ni aun de Octavio.

En Parisis, este se acostó muy tarde. A la una de la madrugada aun no dormía. Fué á buscar un libro en la biblioteca del castillo.

Sobre una mesa vió un libro abierto: era el *Fausto*.

Inclinó la cabeza y vió las frases de ESTA AQUÍ que corrian como el fuego sobre estas dos líneas:

«El sentimiento lo es todo: lo demás solo es humo que vela el brillo de los cielos.»

## XXV.

## LOS TRES MARIDOS.

En su regreso á Paris, Octavio representó aun el papel de Don Juan, en los entreactos de su vida.

La comedia que voy á contar, no ha sido hasta hoy representada en ningun teatro; pero ha sido representada escena por escena en los números 123 y 125 de los Campos Elíseos.

No estamos ya en el círculo de las grandes damas.

Es una comedia en un acto, en un acto nocturno que se podría titular *Los tres maridos*. Hay cinco personajes en escena; pero los tres maridos son casi personajes mudos. Solo hay que escribir el duo cantado, entre las doce y la una de la noche, entre el señor de Parisis y la señora baronesa de Biancay.

Octavio conocía mucho los números 123 y 125 de la avenida de los Campos Elíseos. En el número 123 era algunas veces discretamente aguardado en el tercer piso, por una noble estrangera que se fastidiaba, mientras su esposo corria aventuras en el medio mundo. En el número 125, era no menos discreta-

—Nó. Hablemos de política.

Toda la política de Octavio consistía en Genoveva. Pero en vano colocó ante ella cien puntos de interrogación: cuanto mas la preguntaba, mas quedaba enredado: como la Sibila se ocultaba debajo de los mas frondosos árboles. Era la mas impenetrable y la mas adorable de las mujeres y Octavio cambiaba todos sus puntos de interrogación en puntos de admiración.

Por la tarde Octavio partió á fin de pasar la noche en Parisis.

Por mas que se considerase muy feliz al verse en Champauvert, comprendió que la señora Brigida no vería con buenos ojos que él continuara en casa de su prima. Era preciso que no se sospechara de que Genoveva era amada, ni aun de Octavio.

En Parisis, este se acostó muy tarde. A la una de la madrugada aun no dormía. Fué á buscar un libro en la biblioteca del castillo.

Sobre una mesa vió un libro abierto: era el *Fausto*.

Inclinó la cabeza y vió las frases de ESTA AQUÍ que corrian como el fuego sobre estas dos líneas:

«El sentimiento lo es todo: lo demás solo es humo que vela el brillo de los cielos.»

## XXV.

## LOS TRES MARIDOS.

En su regreso á Paris, Octavio representó aun el papel de Don Juan, en los entreactos de su vida.

La comedia que voy á contar, no ha sido hasta hoy representada en ningun teatro; pero ha sido representada escena por escena en los números 123 y 125 de los Campos Elíseos.

No estamos ya en el círculo de las grandes damas.

Es una comedia en un acto, en un acto nocturno que se podría titular *Los tres maridos*. Hay cinco personajes en escena; pero los tres maridos son casi personajes mudos. Solo hay que escribir el duo cantado, entre las doce y la una de la noche, entre el señor de Parisis y la señora baronesa de Biancay.

Octavio conocía mucho los números 123 y 125 de la avenida de los Campos Elíseos. En el número 123 era algunas veces discretamente aguardado en el tercer piso, por una noble estrangera que se fastidiaba, mientras su esposo corria aventuras en el medio mundo. En el número 125, era no menos discreta-

mente aguardado por una habanera lindísima, nacida en una hamaca, y que vivía siempre acostada.

No había juzgado necesario trabar amistad con sus maridos, tanto, que ni siquiera nunca les había visto.

Pues bien, cierta noche, hacía las doce, y mientras se hallaba en el número 125, el marido entró sin hacerse anunciar.

Octavio dijo con gravedad á este marido, que venía á su casa para pedir la mano de su hermana. Ni aquella era la hora para pedir á una jóven por esposa, ni el marido tenía hermana alguna.

Era un español que había contraído los hábitos de América, y respondió á Octavio, mostrándole un revolver. No pudiendo el jóven contestarle en igual lenguaje, se echó fuera el balcon, y escaló otro vecino.

He aquí el prólogo de la comedia.

Ahora figuraos en la habitacion contigua, una mujer que llega del concierto, y que manda acostar sus criados. Es la señora baronesa Blanca de Biancay. El marido es un cazador intrépido, que quiere mas su trahilla, que su mujer; nació para la vida del campo; se entusiasma no por la arquitectura de Paris, sino por la de los bosques. En un salon, se muere de fastidio; en una perrera está en su centro. Como su mujer no es una Diana cazadora, la concede durante casi todo el invierno, la libertad de la viudez. Es la mujer de cuarenta años que desea còrtar la miés, con

una hoz de oro. Lleva su ideal en el fondo del corazon; pero nunca dá con él, y pasa unicamente á su lado.

Mas, no hay que desesperar: el azar, que no es sino un ciego ministro de la avispada naturaleza, vá á arrojar su ideal en su camino.

Escuchadla en su monólogo; acaba de entrar; deja su abrigo en el sofá, y vá y viene, calenturienta, de un salon á otro salon. Un poco mas, y hubiera abierto su ventana aunque la temperatura no fuera muy apropósito para echar un amante á la calle.

—Por fin, dice, héme aquí de regreso de esa torre de Babel, que llaman concierto. Un concierto! pero si era una cencerrada!.. Se anunció la Patti, y se la reemplazó con un solo de flauta; se anunció á Maria Saxe, y se la reemplazó con una negra. Gretry decia: «Una blanca vale lo que dos negras,» pero entonces no se había emancipado aun á los negros. Tengo aun los oídos destrozados. Quien sabe si yo me cantaba algo para volver mis oídos á su centro? Cuando pienso en la manera como han saqueado la Toma de Jericó! Ah! si yo no hubiese tenido miedo! si yo no hubiese temido al público! El público escucha siempre pensando en otra cosa; pero yo me escucho á mi misma pensando en que canto mal. Quien ha fumado aquí? Leontina será bastante atrevida para decirme que esto es humo de la chimenea. Una pipa de corazero ha atrevesado este salon.

Blanca llamó; en aquel mismo instante el reloj

dió las doce. Parecióle que alguien llamaba á su puerta.

—A que vienen tantos ruidos? Habrá llegado mi esposo? Nó, no llega hasta mañana, y fuera de esto el tren no llega sino hasta las doce de la noche en la estacion de Orleans. No abriré. Las doce! ya las doce! Voy á acostarme. Me ha comprado Leontina esta novela para dormirme? Estoy cierta de que ella la lee para poner en ella su estampilla. Oh! la emancipacion de los blancos!... He aquí una tontería. Que vida la mia! El año pasado era una novela; pero hoy me divierto con la novela de los otros. Esto sin embargo mi abuelo me dijo que nunca me casara con un cazador. He derramado ya todas mis lágrimas: ni siquiera me queda ahora el recurso de llorar. Rio como si no hubiera una tumba á mis piés, la tumba de mi juventud. Tengo ya cuarenta años! Chist! Las paredes oyen. Pero tengo que hacer; me falta algo.

La señora de Biancay llevó la mano á su pecho y ensayó un gorgorito.

En aquel momento el señor de Parisis dió tres golpes en la ventana.

—Calle! parece que llaman en la ventana. Que quiere decir esto? Sin duda será el viento.

La baronesa escuchó.

—Vuelven á llamar! Es original. Ni abriré la puerta ni la ventana.

Llamó á su doncella y levantó la cortina de su ventana. Octavio seguía allí.

—Es un hombre! exclamó.

—Señora, abridme por compasion.

—Seguid vuestro camino.

—Voy á romper los cristales, señora.

Blanca se decidió á abrir la ventana.

—Pero yo estoy en mi casa, caballero.

Octavio se echó á los piés de la señora Biancay.

—Señora, perdonadme, os lo suplico: es toda una historia que jamás os contaré.

—Es esto una broma, caballero?

—No: es un quidproquó. El señor Sardou os explicará esto en una de sus comedias. Adios, señora.

La baronesa habia reconocido á Parisis.

—Ah! quereis marcharos por la puerta cuando habeis entrado por la ventana: no, caballero, os prohibo que paseis por mi puerta.

—Pero, señora, yo no puedo marcharme por el mismo camino, pues tengo que deciros la verdad: anda por allí un revolver. Iba á partir con su mujer al baile de la Opera. He huido por el balcon para guardar mi incógnito; mi Otelo me ha perseguido y héme aquí á vuestros piés. Ah! señora, si yo he escapado vuestro balcon, no ha sido sin riesgo, pues estais defendida por las puntas de sus hierros.

—Os doy gracias por la preferencia: porque no habeis elegido el otro balcon? Es el de una bailarina. Así pues, mi cuarto se ha convertido en camino de todo el mundo. Se entrará en él sin decir, aquí estoy yo; será punto de citas, y no deséspero de ver pasar

en él, los árboles del bosque de Bolonia, para ser trasladados á los Campos Elíseos.

—Adios, señora, os agradezco profundamente esta hospitalidad de un instante: sin esto me hubiera visto obligado á bajar cuatro pisos per-pen-di-cu-lar-men-te, como una gota de agua.

—Os lo repito, caballero, no saldreis de aquí sino por la ventana. Pensad que si mis criados os viesan aquí, yo estaria perdida. Ha dado ya media noche: una mujer jóven no recibe visitas á esta hora.

—Es verdad, señora, siento mucho el haber entrado á vuestra casa tan de mañana; pero que quereis que haga. Aguardad... me parece... esto es...: vos sois la señora de Biancay? Yo he tenido el honor de representar con vos, una comedia en vuestro castillo de Marcy.

Octavio habia cegido sus lentes.

La baronesa cogió tambien los suyos.

—Es posible! Confieso que aun no os habia mirado. Como! El señor de Parisis!

—Permitid, señora que empiece colocando una targeta á vuestros piés, pues, en fin, es necesario proceder por órden. Aquí teneis mi targeta blasonada.

—Cabal. Y á la tercera visita pasais por la ventana?

—Con vuestro permiso, señora. En verdad que siento mucho el contratiempo.

—Pero y si me hubiese hallado acostada?

—Por Dios, señora: esto hubiera sido una razon de mas, para romper vuestros cristales.

—Un allanamiento de morada con fractura!

—Pero mi buena estrella os tenia despertada.

—Vuestra estrella. Y teneis vos una estrella? Acostumbráis quizá á alojar vuestro corazon en las noches estrelladas? Quisierais decirme si vuestra estrella está en la constelacion de Venus?

—Es una estrella invisible que me conduce á traves de la vida, como el perro del ciego. Jamás sé á donde voy; pero vivo sin inquietud, pues abordo siempre á la orilla.

—Oh! vos presumís que os encontrais aquí sobre tierra firme. No, caballero: voy á acostarme y os suplico que desandeis lo andado.

—Desandar lo andado! Pasar frente al revólver!

—Iba á decidirme á echaros; pero creo que llaman.

—No abrais: es el marido del tercer piso.

—Y qué! al fin será un marido ultrajado.

—Es posible. Cabalmente se hallaba en la ventana cuando me deslicé por el balcon; habrá reconocido mi voz y creerá que no estoy aquí mas que para volver con su mujer.

—Es un italiano!

—Un italiano, señora! es un Moro de Venecia hijo de Perigux: le he propuesto un desafio á espada y solo admite un duelo á navaja. Su mujer me ha suplicado que no le matara.

—Sois muy bueno. Héme aquí singularmente cer-

cada: teneis una querida al lado y una querida debajo. Tengo mis doncellas encima: quizá no las conocéis?

—Nó, señora, nunca me elevo mas alto del balcon.

—Y os imagináis tal vez que yo voy á alojarnos aqui?

—Este piano abierto, señora, me dice lo suficiente para comprender que os he interrumpido tocando alguna sonata de Beethoven.

—Toco para distraerme.

Octavio se sentó en el piano.

—La serenata de Schubert?

—Es demasiado sentimental.

—Y bien, toquemos este capricho á cuatro manos.

—Si quereis que os perdone vuestra visita demasiado nocturna, tocad pronto...

—Nó, toquemos los dos.

—Id con tiento. Mis manos andan por mal camino. Como no os he visto desde que representamos la comedia en el castillo de Marcy?

—Porque yo estaba enamorado y vos no me amabais.

—Quién sabe!

—Pero yo sí que sé que os amo.

—Desde cuantos minutos?

—Desde siempre: los que se aman aqui abajo son amados en la otra vida.

El duo era hermosísimo; pero desgraciadamente se convirtió en terceto. El marido ultrajado, habia, á

su vez, franqueado las puntas de hierro del balcon y llamaba á la ventana.

—Esto se pone sério, dijo la baronesa. Se llama á la ventana. Es el esposo de mi vecina.

El esposo de la vecina gritó con voz de trueno:

—Señora, abrid la ventana, ó rompo los cristales.

La señora de Biancay dijo:

—Caballero, os ruego que continueis vuestro camino.

—Señora, dijo Octavio, el marido se halla amoscado. Teneis armas?

—Sí, un puñal.

El americano dió una patada á los cristales. Paris cogió una silla.

—Voy á pasar su cuerpo con esta espada, dijo.

—Señora, exclamó el esposo ultrajado, aqui se oculta un hombre.

Octavio adelantó hácia el revólver.

—No me ocultó, caballero: estoy en casa la señora de Biancay porque voy á casarme con su hermana. Si he pasado por vuestra casa ha sido porque equivoqué el número. Estais satisfecho?

—Así, todo se esplica. Quedo satisfecho. Os suplico, señora, que me perdoneis esta visita nocturna, si es que me puedo espresar en estos términos. Pagaré los vidrios rotos.

Octavio quiso ofrecer un cigarro al marido satisfecho; pero habia ya partido.

La señora de Biancay se cruzó de brazos para ad-

mirar la impertinencia de Octavio.—Señor de Parisis, dijo, ahora que os he salvado de la venganza del marido, no teneis ya nada que pedirme y vais á darme un adios eterno.

—Un adios eterno! Antes prefiriera marchar por donde he venido. Os amo y os suplico que me escuchéis.

—Cuando paseis la puerta.

—Por la puerta de la iglesia dándoos mi brazo.

—Quereis interesarme haciendo vibrar las cuerdas del sentimiento. Pero ya sabeis que estoy casada.

La señora de Biancay cogió una bujía y añadió:

—Si quereis tener el derecho de volver, salid de aquí.

—Cómo! echais por la puerta á un hombre que entró por la ventana?

—Me pedisteis mi mano, y no se dá la mano á las doce de la noche.

—La mano derecha nó; pero y la izquierda?

—No os comprendo.

—No me comprendéis! Señora, ya os dije que tenia el honor de pedir os vuestra mano izquierda.

—Callad, que me haceis estremecer! Sé perfectamente lo que el porvenir os reserva. Ireis á parar á una granja con una pastora de ánades.

—Nó, señora, seré castigado como Don Juan en brazos de una mujer hermosa.

—Que Dios os guie á esa tierra prometida.

—Esta tierra prometida sois vos.

—Nó, la primera mujer que os venga á mano.

—Repito que sois vos. Antes de veros ya os amaba, pues erais mi ideal. Desde que os he visto os adoro.

—Y á las otras? Y Violeta? y la condesa de Entraygues? y la señora de Argicourt? Y esta? y aquella?

—Qué quereis! De cuando en cuando se vé una naranja en el jardin vecino que os dá sed.

—Hablais tan bien que voy á descender del árbol para probaros que hay tambien naranjas amargas.

Octavio besó á la baronesa.

—Qué sabor y qué perfume!

—Pero y la vecina?

—Si he de hablar formalmente os diré que solo he cruzado por su casa para llegar á la vuestra.

—Es el camino mas corto. Pero qué dirá ella?

—Pensará que habeis salvado su honra.

—Perdiendo la mia.

—Sois tan bella que es imposible que no la volvais á encontrar.

—No comprendo.

—Ni yo tampoco. Sopla un aire por este cristal roto... Si pasásemos á vuestro cuarto...

—No hay lumbre.

Octavio habia seducido á la señora de Biancay que se creia fuerte en su virtud.

Las últimas frases de su conversacion se perdieron entre el rumor del viento.

Pero no todo habia concluido.

El marido del balcon, que habia reflexionado, volvió furioso.

—No, exclamó, no se burlará de mí impunemente; voy á vengarme.

En aquel instante no era un marido de comedia sino de melodrama. Acabó de romper los cristales. Enseguida, contento de tan bella accion, pasó su mano, su pecho y luego el cuerpo entero. Y como no habia nadie exclamó:

—Ah! aqui tengo ahora mi hombre.

Sin duda iba á buscar al señor de Parisis en las estancias vecinas cuando se llamó á la puerta. Como no sabia lo que hacia fué á abrir.

Un hombre tan furioso cual él entró en la casa como un rayo. Era el vecino de arriba, el Moro de Venecia.

—Esto es ya desafiarme demasiado, dijo el marido del balcon creyendo que hablaba con Parisis.

No habia luz en la antecámara.

—Pero, caballero, si yo no os conozco.

—Y yo, caballero, os conozco demasiado. Vos habeis subido un piso mas porque yo me hallaba en casa: sin duda os habeis dicho que mi mujer subiria á casa de la baronesa de Biancay, pues sabido es que la baronesa es indulgente con las acciones de los otros. Qué armas elegís, caballero?

—Mis armas! Helas aquí.

Y el marido del balcon cogió al marido de arriba para echarlo fuera.

Ya se comprenderá que este resistió con las mismas armas.

Y sin embargo ni el uno ni el otro estaban acostumbrados á semejante duelo. Eran dos hombres de honor mas ó menos desgraciados y que conocian los principios de una educacion esmerada.

Entre tanto el duque de Parisis y la señora de Biancay se inquietaban muy poco del ruido que metian. Octavio se ponía ya los guantes para poner en orden á los dos maridos; pero no fué él el primero que llegó á aquel campo de batalla.

Fué el marido de la señora de Biancay.

Segun esta lo habia previsto, su marido podia llegar aquella noche. Y casi debia estar cierta de ello, toda vez que habia anunciado su regreso para la noche siguiente. Pero hay horas en que las mujeres no tienen la ciencia de los hombres.

Tanto peor para los maridos que llegan antes de la hora que han anunciado. Son dos veces culpables.

Lo cierto es que el señor de Biancay, seguido por un criado que traía una maleta, llegó á su casa para sorprender agradablemente á su esposa en el instante en que el marido del balcon y el marido de arriba, estaban en sus juegos gimnásticos en honor del Duque de Parisis.

—Qué ocurre en mi casa? se preguntó sorprendido.

No se necesitaron mas que cinco segundos para ponerse furioso.

Era un hombre con la talla de Hércules, que no

abusaba de su fuerza, pero que mas de una vez, sin embargo, habia probado que no permitia las burlas.

Cogió al primer marido y lo echó por la escalera.

Era el marido de abajo.

Este quizá hubiese vuelto á subir si el marido del balcon, que rodaba, á su vez, por la escalera, no se hubiese interpuesto en su camino.

Aquello fué una verdadera riña de gallos; segun la espresion de Octavio, pues yo no me permitiré espresarme así, tratándose de maridos desgraciados. No solamente ambos maridos rodaron y continuaron su duelo sino que arrastraron en su caída al criado del señor de Biancay y la bugía con que alumbraba.

La bugía se apagó; mas pronto se vieron en las puertas de los demás pisos otros maridos inquietos por el ruido infernal que en toda la casa se oia. La fiesta de aquella noche fué completa sin que las iluminaciones faltasen en ella.

El señor de Biancay volvió á tomar posesion de sí mismo y de su cuarto. Estrañábase de que no acudiera allí su mujer, pues no podia sospechar que estuviese dormida miéntras se peleaba así en su casa. De pronto apareció Octavio, frescamente enguantado y llevando una bugía.

Ambos se saludaron con desconfianza. El señor de Biancay conocia vagamente al señor de Parisis y el señor de Parisis no recordaba haber visto nunca al señor de Biancay.

—Caballero, dijo este sin perder por completo el

el aire de un marido ultrajado; quereis esplicarme esta comedia?

—Caballero, yo iba á dirigiros la misma pregunta.

—Pero, señor mio, ya que estais en mi casa y que yo me hallaba ausente de ella desde mucho tiempo, vos, sin duda, sabreis mejor que yo lo que pasa.

—Pues no sé nada, caballero.

—Entonces, permitid que os pregunte lo que estais haciendo aquí, á las dos de la madrugada.

—No debiera contestaros, respondió Octavio; pero á decir verdad insistis con demasiada gracia para que yo no os cambie mi secreto. La mujer del vecino, de vuestro vecino del balcon, tiene una hermana para casarse; esta señora es muy nerviosa, se encontraba mala y el esposo entró cuando yo la daba á respirar sales. Esto no le ha parecido muy de su gusto. Como él estaba armado y yo no, como ella me suplicaba que no me defendiera, franquéé vuestro balcon en la creencia de que yo pasaba á un piso para alquilar. La ventana estaba abierta, el marido me persiguió, yo cerré la ventana, él rompió sus cristales y ha encontrado un caballero que tenia que hablarle, pues ya habeis oido su plática. De todo lo demás no sé nada.

—Y bien, dijo el señor de Biancay, aun siguen su conversacion en la escalera.

—Supongo, caballero, que vos no tratareis de hacerme terciar en ella.

—Os ha dado la señora de Biancay esta bugía?

—Sí, caballero, la señora de Biancay que os aguar-

daba, ha sido una mujer de gran valor; yo habia entrado por la ventana y queria echarme por la puerta. He aquí pues, porque me ha dado esta bugía. Así encontraré mejor mi camino.

El duque de Parisis saludó. El señor de Biancay le devolvió el saludo. El duque de Parisis saludó por segunda vez. El señor de Biancay, se preguntó si debia devolverle el saludo con un puntapié; mas se contuvo, y entró en el cuarto de su mujer.

—Ah! amigo mio, dijo; estaba ciertísima de que llegaríais hoy, puestó que os aguardaba.

—Con el duque de Parisis?

—Como! era el duque de Parisis? Que caso tan singular! Pero esta vez se equivocó de camino al pasar por la ventana.

El tercer marido se quedó contento.

## XXVI.

## BATALLAS PERDIDAS. — TRES MUJERES INVENCIBLES.

En aquel tiempo, Don Juan de Parisis hubo de perder algunas batallas.

Cierto dia, casi llegó á sorprender todo el secreto, del juego de naipes. La señora de Entraygues, concluyó por confiarle los nombres de la Dama de Oros, y de la Dama de Copas, la duquesa de Campagnac y la marquesa de Fontaneilles. Aliza se obstinó en no revelar el nombre de la Dama de Palos, por un sentimiento de celos, pues seguia queriendo á Octavio, y sabia que este amaba á Genoveva.

Parisis conocia demasiado á las mujeres, para reconocer las que él no veía sino de cuando en cuando. Las fisonomías mas opuestas se confundian en su memoria con el mismo amoroso recuerdo.

Algunas veces le ocurría el hablar con intimidad á una mujer, sin que recordase perfectamente su nombre, bien como si todas las mujeres fuesen iguales, segun la espresion de un moralista.

Tan pronto como hubo sorprendido aquel secreto,

daba, ha sido una mujer de gran valor; yo habia entrado por la ventana y queria echarme por la puerta. He aquí pues, porque me ha dado esta bugía. Así encontraré mejor mi camino.

El duque de Parisis saludó. El señor de Biancay le devolvió el saludo. El duque de Parisis saludó por segunda vez. El señor de Biancay, se preguntó si debia devolverle el saludo con un puntapié; mas se contuvo, y entró en el cuarto de su mujer.

—Ah! amigo mio, dijo; estaba ciertísima de que llegaríais hoy, puestó que os aguardaba.

—Con el duque de Parisis?

—Como! era el duque de Parisis? Que caso tan singular! Pero esta vez se equivocó de camino al pasar por la ventana.

El tercer marido se quedó contento.

## XXVI.

## BATALLAS PERDIDAS. — TRES MUJERES INVENCIBLES.

En aquel tiempo, Don Juan de Parisis hubo de perder algunas batallas.

Cierto dia, casi llegó á sorprender todo el secreto, del juego de naipes. La señora de Entraygues, concluyó por confiarle los nombres de la Dama de Oros, y de la Dama de Copas, la duquesa de Campagnac y la marquesa de Fontaneilles. Aliza se obstinó en no revelar el nombre de la Dama de Palos, por un sentimiento de celos, pues seguia queriendo á Octavio, y sabia que este amaba á Genoveva.

Parisis conocia demasiado á las mujeres, para reconocer las que él no veía sino de cuando en cuando. Las fisonomías mas opuestas se confundian en su memoria con el mismo amoroso recuerdo.

Algunas veces le ocurría el hablar con intimidad á una mujer, sin que recordase perfectamente su nombre, bien como si todas las mujeres fuesen iguales, segun la espresion de un moralista.

Tan pronto como hubo sorprendido aquel secreto,

se presentó á casa la marquesa de Fontaneilles, á la cual no conocia mucho, bajo el pretesto de que deseaba organizar un baile á beneficio de los pobres. La marquesa era la protectora de todas las buenas obras. Si se iba á dar un baile de beneficencia, natural era que el espíritu del mal lo organizase.

Cuando Octavio entró en el salon de la marquesa, halló en él á la duquesa de Campagnac que aguardaba su amiga para salir.

La señora de Campagnac, lo mismo que la de Fontaneilles, era una gran señora, de elevadísima alcurnia, que habia cruzado hasta allí el mundo parisense sonriendo, pero divirtiéndose con el espectáculo que los otros daban, y no queriendo aceptar otro papel que el de la mujer honrada. Se decia en cambio, que su marido ya se divertia por ella. Quizá esto era una razon mas, para que permaneciera estoica en el cumplimiento de su deber. Lo que estaba fuera de duda, era que hasta entonces, nadie habia dejado la huella de su pié en la nieve de sus jardines.

Era hermosísima: su belleza era de un moreno simpático, endulzado por ojos de un azul profundo, como el del Océano. En otro tiempo habia sido algo rubia, lo cual se conocia por el color de sus cabellos.

Cuando la señora de Fontaneilles llegó á su casa para llevársela, no quedó poco sorprendida al verla frente á frente del duque de Parisis. Hablaban con la negligencia de los que se han visto el dia anterior. Octavio, en todas partes se hallaba en su casa.

Se levantó y fué á recibir á la marquesa bien como si ella fuese la que hacia la visita.

Esta le agradeció el que hiciera tan bien los honores de su salon; el jóven dijo que las gentes bien nacidas pertenecen á una misma familia, y que aun antes de haber sido presentadas, se conocen de memoria.

Este fué el punto de partida de una conversacion imprevista. Ambas señoras protestaron contra la pretenciosa idea de Octavio, en la cual suponía que conocia las gentes que no habia visto.

Pero el jóven, al cual no era fácil coger en falta, recordó muy apropósito, algunas máximas de Lavater. Atrevióse á decir, que no tendria inconveniente en formular su buenaventura á la duquesa y á la marquesa, si le permitian examinar un poco su rostro, y no se olvidó de manifestarlas que no siempre se llevaba una máscara como la Dama de Oros y la Dama de Copas.

El hielo estaba roto. La duquesa dijo á Octavio, que la señora de Entraygues habia descubierto el secreto de sus amigas; pero que lo comprendia perfectamente, puesto que sabia, de oídas, que una mujer no tiene nunca secretos para su amante.

El duque de Parisis que era un fisonomista hábil, dijo muchas verdades á sus dos amigas. Las mujeres que dicen la buenaventura dicen algunas verdades porque dicen palabras: que no habia pues de decir al formular su horóscopo un hombre de talen-

to, que habia estudiado el corazon de las mujeres!

Para conocer á las mujeres, tantead los hombres; para conocer las mujeres, tantead igualmente las mujeres: es la sabiduria de las naciones locas.

Durante esta escena á lo Lavater, Octavio tuvo bastante arte para probar á la marquesa y á la duquesa que estaba perdidamente enamorada de ellas. Mientras hablaba de ellas, los ojos de las dos mujeres hablaban de él. Y lo que se hizo mejor en esta obra diabólica, fué que cada una de las dos damas se convenció de que el jóven no amaba sino á ella misma.

Pero una y otra se encontraban por encima del amor, por mas que este amor fuese el de D. Juan de Parisís.

La marquesa de Fontaneilles se habia vuelto hácia Dios, y no queria volver hácia el prójimo.

La duquesa de Campagnac, alma de un temple mas romano, queria la virtud por la virtud, pegándose á su deber no con resignacion, como tantas otras, sino con valor, orgullosa de las victorias que adquiere el alma sobre el cuerpo.

Octavio perdió ocho dias, que para él equivalian á ocho siglos, errando en torno de estas dos virtudes. Esto sin embargo habia imaginado una táctica, que, en su concepto, debia darle la victoria.

Luego de probar á la marquesa que no estaba enamorado de la duquesa, probó á la duquesa que estaba enamorado de la marquesa, haciendo de este modo

que la tempestad soplara de todos los horizontes. Pero las nubes no subieron hasta el azul del cielo.

No se confesó vencido; levantó el sitio y se trasladó á otro campo.

Por mas que persiguiese á las pequeñas damas, sus aspiraciones le llevaban muy pronto á las mujeres del gran mundo porque no ignoraba que el amor es siempre el mismo hasta en el último capítulo, cualquiera que sea la atmósfera; tenia la conviccion de que es preciso buscar las variedades del corazon en el principio del amor y harto sabia que no habia principio sino con las mujeres que valian la pena, ya que con las otras se comienza siempre por el fin.

He aquí porque se podria estudiar aun al señor de Parisís en una historia que se desenvolvió en la embajada de...

Octavio se prometia todos los dias que al siguiente se encontraria rico; pero este dia jamás llegaba. Su fortuna que habia llegado al proster extremo, se resolvía sin cesar en el lecho de la miseria con sábanas de batista sin que jamás encontrara el lado bueno. Nada esperaba ya de las cordilleras; su amigo Mr. Lesseps habia hecho brillar á sus ojos los espejismos de Oriente; creia que el Nuevo Mundo habia ya concluido, y que, por una tergiversacion de las cosas, el mundo nuevo debia renacer aunque no fuese mas que por un dia, á sus pasados esplendores.

Ahora bien: fastidiado de una vida arrastrada por cuatro caballos para los cuales no tenia ya pienso,

Octavio había pensado en hacer un viaje al Oriente, tan pronto como se hubiese fallado la causa de Violeta; pero cierto día fué presentado á una jóven princesa que había pasado un invierno en Damasco. Era una mujer muy conocida en el gran mundo por su virginal belleza, la cual la conquistó el nombre de *Madona*.

Era la primavera; había nevado por la mañana; á las doce el sol había quemado á los transeuntes y por la noche hacía un vendabal del diablo.

El embajador de... daba una fiesta de despedida. En aquella noche el palacio había dado un paso hácia el jardín para que los aromas de la primavera se esparciesen sobre los aromas de las cabelleras apócrifas de las parisienses. Aquello era un palacio de las Mil y una noches, por el brillo de las luces y los diamantes, por el divino encanto de una orquesta oculta bajo un ramillete de Camelias que había costado cinco mil francos—precio doblemente mayor del que costaban los músicos—por el orgullo con que se ostentaban los trajes y los peinados; en una palabra por cierto aire de alegría que parecía decir: «Aquí se baila sin que nadie se cure de las embajadas que se van y de las embajadas que vienen.»

El embajador era, por otra parte, un hombre de talento que no pensaba en llevarse ningún pesar con las cartas en que se le había llamado. Representaba con valor su papel en la comedia humana, sin perjuicio del que había ya representado en todas sus emba-

jadas. Era un gran cómico. Al ver como se bailaba me decía: «Es mi última comedia.»

Una jóven que acababa de llegar tendió su mano al embajador y le dijo:

—Haceis bien en marcharos: que país! Luna apagada, nieve, granizo y vendabal; todo en un día del mes de mayo!

La orquesta tocaba el aire de la Reina Hortensia.

—Ah! si se pudiese marchar á la Siria! continuó la jóven. No puedo sufrir este eterno invierno. Afortunadamente vos habeis echado el invierno fuera de vuestra casa. Qué lujo de mujeres hermosas! Me dan ganas de marcharme.

—Qué decís, princesa! la verdadera hermosura se iría con vos.

—Quereis que el embajador que viene sea sobrepujado por el embajador que se vá?

—Todo se sobrepuja, señora. No opinais, señor de Parisis, que el mundo marcha?

—Opino, dijo Parisis, que el mundo baila.

La princesa se dignó sonreír. No había de qué.

—Pues mi opinion, dijo ella, consiste en que el mundo no marcha.

—Id con tiento, señora: esta es una opinion muy adelantada. Galileo ya se ha arrepentido. Pero teneis razon: Dios ha dicho al espíritu humano como al mar: «No irás mas léjos.»

El duque de Parisis había el dia antes comido con la princesa, sin que le hubiera sido posible el hablar-

la. El jóven la saludó profundamente y ella inclinó su cabeza con una emoci3n casi invisible. Una alegría burlona se acababa de esparcir en su semblante. Parisís y ella no se conocían ni siquiera de nombre; mas se conocían por el corazón.

—Quereis presentarme á la princesa? dijo al embajador el duque.

—Tengo el honor de presentar el señor duque de Parisís á la señora princesa de...

El embajador se espresó en estos términos con la solemnidad que hubiera usado al presentar la Francia á otra naci3n. Era aun mas: presentaba un hombre que buscaba, á una mujer que no encontraba.

Y el embajador, que habia conocido á la princesa en Oriente, la habló de Damasco.

—Damasco! esclamó la princesa; Damasco! el primero de los cuatro paraísos terrenales.

—Damasco! repitió Octavio; hé aquí mi sueño!

—Es mi recuerdo!

—Ya veis, princesa, que el señor duque es amante del sol, cual vos.

—Princesa, dijo Octavio: quereis bailar este vals á dos tiempos?

—No valso ya, caballero.

—A qué edad valsabais entonces, señora?

—Cuando era jóven; en el invierno pasado.

—Vamos, princesa: tal vez el duque quiere ir á Damasco por el camino del vals á dos tiempos.

—Pues bien: bailemos, caballero.

Octavio llevó la princesa al torbellino del vals, que enseña quizá mas sabiduría que el torbellino de Descartes.

Recordó á la señora de Reville.

Ofrecían el mismo espectáculo: ámbos eran jóvenes y hermosos, burlones é impresionables; bailaban con esa aristocrática gracia inventada por los espíritus malignos. Todos los desocupados del primer salón hicieron círculo para presenciar aquel cuadro viviente. La princesa se ruborizaba á la influencia de aquellas miradas curiosas.

—Por qué me ruborizo? se preguntó de pronto.

Detuvo inmediatamente á Octavio que en su gusto por los viajes hasta perderse de vista, hubiera valsado eternamente.

El jóven la condujo al sofá mas próximo.

—Cuán pálida estais, señora! habeis valsado demasiado?

La jóven respiró su pomito de esencias y no contestó nada.

Yo trataré de decir, ó, mejor dicho, de no decir, porque se habia ruborizado la princesa.

Tenia veinte y cuatro años. Nacida en aristocrática cuna, educada en el Sagrado Corazón porque habia perdido su madre á los doce años, alma entusiasta, corazón ardiente, espíritu inquieto, habia aceptado con resignación los deberes de un matrimonio enojoso. Bajo el pretexto de que carecía de madre, se la encarceló á los diez y siete años, en el carácter de

un marido grave, austero, sentencioso, de un hombre dueño de sus pasiones, que no le hablaba mas que de los peligros del viaje á través del gran mundo; era como otro Ulises que mandaba atar su mujer en el mástil del navio, porque él habia conocido ya muchas sirenas. Este marido la habia dado el título de princesa, con bastante dinero para sostenerlo; estaba convencido de que no le debía otra cosa escepto su esperiencia, toda vez que habia nacido mucho tiempo antes que ella.

Al principio la jóven estaba contenta con su título; mas para una mujer que es aun mas notable por su belleza, que por su título de princesa, un traje de lujo es aun mejor título de admiracion para los demás y para si misma. En mas de una ocasion, la jóven hubo de pensar, que valia mas ser un poco menos princesa, con un marido mucho mas jóven. Pero ella sufría su suerte con resignacion, consolándose en su belleza, consolándose en su hijo, y consolándose, en fin, en su virtud.

Al ver como se dirigian al altar, él, D. Juan desdentado, ella, Doña Inés, coronada con diez y siete rosas de Mayo, se dijo aquello de Camoens: «Este invierno linda con la primavera; pero no llegará á cogérle.»

Buscábase ya en su círculo quien podía consolarla en aquel crimen de leso-amor; pero la jóven casada salió tan poco, escepto para ir á la iglesia, que se concluyó por decir que el príncipe, era el marido de

su mujer, como lo habia sido ya de tantas otras.

He aquí porque la princesa habia palidecido y se habia ruborizado bailando un vals á dos tiempos. Y no era la primera vez que valsaba. El príncipe, que era entusiasta de su belleza y de su gracia, se imaginaba que se convertía en jóven, al verla en aquella juventud brillante. Así que la llevaba á todas las fiestas del mundo oficial. En aquella noche soltaba algunas sentencias políticas en la antesala, en compañía de tres ó cuatro pisaverdes, que se habian vuelto feos sin saberlo.

—Es decir que no te dedicas á la política? le dijo un antiguo ministro; tu política es tu mujer, tiranuelo absoluto!

Mientras se decia esto al marido, he aquí lo que se decia á la mujer:

—Sí, señora; parto y tengo miedo de dejar mi corazón en Paris. Por la primera vez de mi vida, sufriré la nostalgia, pues sé perfectamente que el verdadero país, es aquel donde se ama.

—Os poneis sentimental de un modo furioso.

—Yo, que hasta aquí no he sido mas que hombre de buen humor, como mi amigo Monjoyeux! Lo que somos los hombres: un vals á dos tiempos nos pierde.

—Tranquilizaos; unicamente Ovidio sabe hacer metamórfosis.

—Oh! señora! yo no creo en las de Ovidio: pero creo en las del amor.

—Y yo no creo en estas.

—Como Circe que no creía en sus maleficios.

—Es mucha mitología esta, caballero.

—Quereis bailar, señora?

—Me creéis loca?

Mas la princesa se levantó, ya se sintiese arrastrada por la orquesta, ya obedeciese involuntariamente á los deseos de Octavio.

Bailaron aunque sin saber lo que bailaban. Continuaron su conversacion á intervalos. De cuando en cuando faltaban á las reglas de la gramática:

—Cuanto os amaria si me hubieseis permitido amaros!

Y en cambio ella decia:

—Ya sabeis que no os permito pensar en ello.

—Yo os amo con todo el amor que ayer no sentia, y con todo el amor que tendré mañana.

Y cuando cogia la conmovida mano que él encaidenaba dulcemente entre sus amorosos dedos, la princesa le decia, riendo:

—Caballero: si la danza no me obligase á permanecer con vos, hasta la última figura, vos no veriais a mi: dispensadme esta mala figura.

—Octavio que no conocia obstáculos hacia pasar, la fuerza de talento, el amor en el corazon de la jóven, sin hablar de la elocuencia de sus ojos, dos verdaderas puertas del paraíso perdido, donde penetraban los ojos negros de la princesa. Esta procuraba defenderse, pues hacia ya dos horas que estaba amando y que parecia entregada en brazos de un sueño encanta-

dor, sin que se preguntara si sus piés tocaban aun en tierra.

Hasta entonces habia llevado su corazon como aquel ateo que llevaba la fé en un Evangelio que no queria abrir nunca; por fin, su corazon sentia.

—Ah! cuán desgraciada soy! dijo de repente.

Este es el primer grito de las mujeres felices.

El día antes, la princesa habia mirado mucho á Parisis en una comida diplomática donde se les habia colocado frente á frente. El jóven habia hablado de su viaje al Egipto. No creía hacerlo; mas persuadia á la princesa de que queria partir.

—Marchareis en efecto, señor de Parisis?

—Sí, partiré con vos.

—Conmigo!

—Sí, señora, dijo Octavio fingiendo una viva emocion y llevando al corazon su mano; sí marcharé con vos, señora, porque yo os llevaré conmigo.

—Palabras que no pasan de ser una broma.

—Nó, princesa, lo que digo es formal; qué digo? irrevocable.

—Estoy ciertísima de que ni siquiera me llevareis hasta el embarcadero.

—Hasta el fin del mundo. Quereis una prueba? Seguidme.

—Y si os cogiese por la palabra?

—Hariais de mí el hombre más feliz que existe bajo el cielo. Pero marchar con voz es ya marchar hácia el cielo. Partamos. Dejemos este país sin sol. Si

supieseis, señora, que hermoso palacio tendríamos en Damasco sobre la orilla del Barrada á algunos pasos de la puerta de Dios! En una palabra, señora, todo lo que ha quedado del paraíso terrenal está allí, comprendiendo en ello el árbol del bien y del mal que se vende muy caro. Solo faltaría allí una mujer para comer las manzanas. Tranquilizaos: no son tan malas como se dice.

—El árbol del bien y del mal, dijo tristemente la princesa, es desde la muerte de Cristo el árbol de Judea teñido en sangre.

—Señora, el árbol de la ciencia es el árbol de la vida y no el de la muerte. Si pudiese robaros por una hora veriais que en un palacio de Damasco se vive en la atmósfera amada de Dios.

La delicada princesa respiró con dulzura como si entrase ya en aquella temperatura de los naranjos y de los laureles de rosas: se la hubiese tomado por Mignon encontrando su país en un sueño.

—Imaginaos, señora, un bosque de árboles frutales dominados por sicomoros en que la parra sube y cuelga sus racimos de oro y púrpura cerca de Damasco, la ciudad de los peregrinos, que lanza hacia el cielo las torres y las flechas de sus mezquitas y sus minaretes.

La princesa escuchaba sin interrumpir al jóven; tal placer experimentaba al oír hablar de aquel país por unos lábios elocuentes que describian muy bien y que dejaban ver los mas blancos y finos dientes.

—Damasco es nuestro país natal, porque yo soy como vos, yo amo el sol. Ah! si yo pudiese encerraros en mi vida y encerrarme yo en la vuestra en aquel paraíso encontrado!

La princesa se estremeció.

Vea toda esta perspectiva luminosa de un amor sin aurora. No era ya dueña de sí misma, ó por mejor decir, habiendo visto la luz tenia horror á las tinieblas. No vivir mas en Paris! Vivir en Damasco! Vivir con Octavio de Parisis y no vivir mas con el príncipe! Razones eran estas que la impulsaban á la locura.

—Es esto tan sencillo, prosiguió Octavio que no queria dejarla el tiempo de reflexionar. Tengo allí mis caballos que pueden conducirnos hasta la primera estacion. Habreis desaparecido y se guardará vuestro recuerdo entre el perfume de las flores que aquí se han deshojado.

En aquel instante la princesa vió destacarse entre un grupo de jóvenes la figura de su esposo, como la figura del invierno por entre un rosal florido. La jóven se estremeció.

—Partamos! dijo como una mujer que há perdido el juicio.

La jóven seguía mas bien su sueño que á Octavio.

Era muy fácil entre el barullo de la fiesta, salir sin ser notado. La princesa habia cogido el abrigo de pieles que habia traído.

—Me conducireis á mi palacio, dijo á Octavio; no

es cosa de huir en traje de baile y con diadema de brillantes.

El coche partió al galope hácia el barrio de San German. El Duque de Parisís no dejaba morir la conversacion. Aunque no creía en la realizacion de la aventura, hablaba de ella como de un hecho consumado. En cuanto á la jóven, sentía el vértigo y descendía al abismo sin contemplarlo. Cuando se abandona el camino ordinario para cojer las sendas estraviadas no inquieta el averiguar donde uno se dirige. Un filósofo diría que cuanto mas se pierde el camino mas se encuentra.

Octavio no era un compañero de viaje que temiese las aventuras.

Constábale que con una mujer de aquella clase podía esperarse todo. Hasta entonces ella no le había dado mas que su alma. No había que hacerse ilusiones. Así es que el jóven trató de quitarla su guante para besarla la mano.

—Nó, mi querido Duque, dijo ella, cuando nos encontremos en Siria.

Era un poco léjos; pero por todos los dias se encuentra una princesa que quiera emprender tan largo viaje.

Entretanto el coche que les llevaba llegó al palacio.

—Esperad, dijo la jóven: vuelvo dentro de cinco minutos.

Octavio cogió su mano y rozó, al pasar, los rebeldes bucles de su cabellera.

La princesa entró en su casa medio loca.

—Adelina, vendreis á acompañarme, dijo á su doncella que dormía cerca de la chimenea. Dadme pronto el traje de cachemira y el sombrero negro. En cuanto á vos, no os lleveis mas que un chal, pues no hay tiempo que perder.

Al decir estas frases la princesa metía en una cajita de palo de rosa, cartas, un sello, un retrato, cabellos, un ramillete de flores secas, y esas mil baratijas que representan, con frecuencia, la vida de un corazon.

En menos de cinco minutos cambió de traje y de peinado.

Al contemplarse en un espejo para ver si la faltaba algo, se hizo la mujeril reflexion de que una mujer que se roba á sí propia debe usar un traje severo. Y se ruborizó á la idea de que no hacia mucho que, vestida en traje de baile, es decir, poco vestida, se habia encontrado sola con Octavio en un cupé muy estrecho.

—Marchemos, dijo á su doncella.

Y dió un paso hácia adelante.

En aquel momento, en el cuarto vecino, una niña pequeñita que iba á perder su madre exclamó:

—Mamá!

La princesa palideció y se detuvo como aquella mujer trocada en estatua.

—Nunca! exclamó.

E hizo una seña á Adelina para que no la siguiera.

La jóven se dirigió con precipitación hácia donde Octavio aguardaba.

—Caballero, dijo con voz que ahogaban las lágrimas, vengo á despedirme de vos.

—Es imposible, señora: esta despedida sería mi sentencia de muerte.

—Vais á comprenderme, caballero, pues vos sois un hombre de corazón. Si resolví huir con vos fué porque me hicisteis olvidar que tenía una hija.

Hubo un momento de silencio.

—Ah! caballero, os he encontrado demasiado tarde. Adios.

Octavio había bajado del coche. Cogió á la jóven y en su desesperación trató de llevársela á pesar suyo.

La princesa se abandonó en un principio, bien como si obedeciese á la fatalidad; pero era porque sabía que nada podía arrancarla de la cuna de su niña. Como hija de Eva finjió jugar con el peligro, porque ella no lo temía.

Octavio se dejó engañar por esta inocente coquetería.

Apoyó la jóven contra su corazón y la besó en la frente.

—Nó, todo ha concluido, dijo desprendiéndose de Octavio. Adios!

Y se alejó.

El duque de Parisis comprendió que todo estaba perdido.

—Adios, pues, dijo con tristeza. Ni Eva ni paraíso: no iré á Damasco.

Subió al coche y volvió al baile.

La princesa entró en su dormitorio, cayó de rodillas y juró olvidarle.

Y cuando creyó que la oración había borrado el crimen de aquellas tres horas de amor, fué á besar su niña que dormía.

Era rubia y rosada; era una alma que quería vivir en el alma de su madre.

—Querida hija! exclamó la princesa; cuando pienso que iba á buscar la dicha tan léjos! La dicha eres tú!

Entretanto Octavio había entrado en el baile.

—Y bien, señor Don Juan? le preguntó Gaston de Villeroy, que acababa de ser nombrado embajador.

—Renuncio á Satan, á sus pompas y á sus obras.

—No haces ya sociedad con el diablo?

—Tal vez: desde hace ocho días inspiro la virtud á las mujeres. Vives contento?

—Nó: qué diablo voy á hacer en aquel odioso país?

—No haces ya sociedad con la ambición?

—Sí: me marchó para volver.

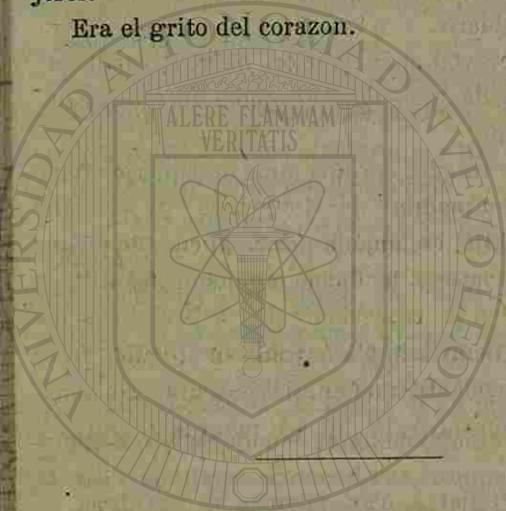
—Cuantos se van para volver y no vuelven nunca!

Gaston de Villeroy pensó con tristeza que Octavio hacia bien no moviéndose de Paris.

Mas Octavio creyó que Gaston de Villeroy hacia bien en marcharse.

—Oh! Genoveva! exclamó mirando á todas las mujeres.

Era el grito del corazon.



## XXVII.

## LAS ESTÁTUAS.

Apenas si el nombre de Monjoyeux era pronunciado de cuando en cuando. Así, pues, causó una verdadera sorpresa el recibir la siguiente carta en la Casa de Oro, en las redacciones de los periódicos, en el taller de los pintores y los escultores, y hasta en la Secretaría de la Academia de Bellas-Artes:

«El señor Monjoyeux y su señora esposa ruegan á »D. N. N. les dispense el honor de cenar con ellos el »viérnes 12 de diciembre, á las doce de la noche.

»Las estatuas esculpidas por el señor Monjoyeux, »estarán iluminadas *a giorno*.

»Avenida de la Emperatriz.»

—Perfectamente, dijo Parisís cuando hubo recibido esta esquela: hé aquí á Monjoyeux preparando su golpe teatral. Vá á probarnos que es un hombre de génio: no faltaré á la fiesta.

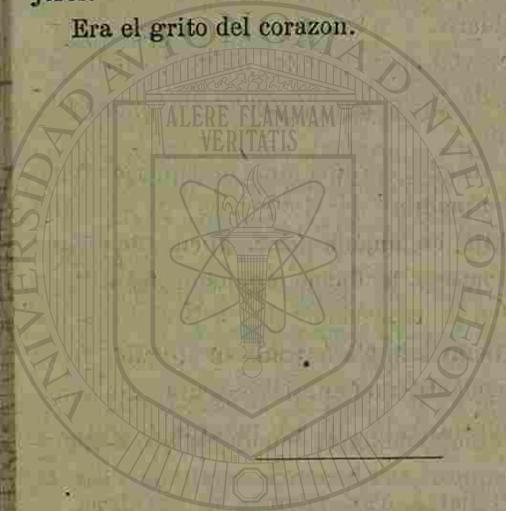
Y fué realmente una verdadera fiesta.

Se habló mucho de ella el día antes: se habló al día siguiente; pero fué una fiesta sin día siguiente.

Mas Octavio creyó que Gaston de Villeroy hacia bien en marcharse.

—Oh! Genoveva! exclamó mirando á todas las mujeres.

Era el grito del corazon.



## XXVII.

## LAS ESTÁTUAS.

Apenas si el nombre de Monjoyeux era pronunciado de cuando en cuando. Así, pues, causó una verdadera sorpresa el recibir la siguiente carta en la Casa de Oro, en las redacciones de los periódicos, en el taller de los pintores y los escultores, y hasta en la Secretaría de la Academia de Bellas-Artes:

«El señor Monjoyeux y su señora esposa ruegan á  
»D. N. N. les dispense el honor de cenar con ellos el  
»viérnes 12 de diciembre, á las doce de la noche.

»Las estatuas esculpidas por el señor Monjoyeux,  
»estarán iluminadas *a giorno*.

»Avenida de la Emperatriz.»

—Perfectamente, dijo Parisis cuando hubo recibido esta esquela: hé aquí á Monjoyeux preparando su golpe teatral. Vá á probarnos que es un hombre de génio: no faltaré á la fiesta.

Y fué realmente una verdadera fiesta.

Se habló mucho de ella el día antes: se habló al día siguiente; pero fué una fiesta sin día siguiente.

Octavio no esperaba ver tantos carruajes en frente de su casa. Había ido á ella por la mañana para ver á Monjoyeux, pero aunque había insistido mucho para ser recibido, aunque hubiese entregado con aire victorioso aquella célebre tarjeta que le abría todas las puertas, como en otro tiempo al señor de Morny y al conde de Orsay, un criado perfectamente instruido le dijo que ni el señor ni la señora podían recibir al señor duque, lo cual no hizo más que avivar su curiosidad.

A la media noche, cuando se le anunció en el primer salón, quedó deslumbrado por las luces, las mujeres y los diamantes; conocía aquella casa, ó mejor dicho, palacio, donde una célebre extranjera había recibido al gran mundo parisiense; mas nunca había visto tanto lujo en sus salones. Las cortinas, las alfombras, los bronceos, los muebles, todo llevaba el sello de una mano espléndida é inteligente. En la antesala, cuyo techo había pintado Cabanel, sostenido por cariátides de Clesinger, se observaba una Margarita en la fuente de Ary Scheffer, y una Cleopatra de Gerome, dos civilizaciones en contraste. En el salón grande, mas severo, aunque mas rico, Ingres, Delacroix, Meissonnier y Diaz, las cuatro expresiones del arte moderno, se disputaban las paredes.

—Diablo, querido! dijo el señor de Parisis á Monjoyeux; haceis bien las cosas.

—Verdad que sí? dijo el cómico escultor, que, según ya se sabe, era entusiasta por las obras maes-

tras; estoy muy orgulloso de vuestra aprobacion, puesto que vos poseeis el mas lindo palacio.

—Es mi único talento, y confieso que siempre me sorprende al ver que los otros lo hacen tan y tan bien. Dad un millon á cien hombres y estos cien hombres os lo gastarán sin dar una prueba de buen gusto.

—Si el gusto se hallase al alcance de todo el mundo, nada habría que hacer. Pero voy á presentaros mi esposa: la veis en aquel grupo de mujeres que parece una cesta de flores?

—Sí: es lo mejor del cesto. Diablo, querido, cuán bella es! Y teneis valor para esculpir el mármol cuando teneis bajo vuestra mano una obra tan maestra? En lo que á mí toca, rompería el cincel para adorar la estatua viviente.

El duque de Parisis fijaba su mirada en la señora Monjoyeux, como si tuviese de ella un vago recuerdo. Parecía reconocerla, bien como le pareció haberla ya reconocido en los Campos Eliseos. «Y sin embargo, decía para sí, jamás he visto á esta bretona que se ha casado con Monjoyeux en Nantes.» Al pasar la señora Monjoyeux le recordó algo como una mujer querida.

El señor de Parisis se encaminó hácia la señora de Monjoyeux, sin inquietarse de si incomodaba ó nó á las señoras que la rodeaban. Sentóse entre el grupo y habló por los codos, de la lluvia, del buen tiempo, de la vida de artista, de sus impresiones, de los jue-

gos del azar, y de los juegos del amor. Pronto conquistó aquellas mujeres, con su talento simpático y burlon á un mismo tiempo.

El señor de Parisís usaba la política de ponerse siempre al lado de las mujeres, diciendo que en las frivolidades que se dicen tras del abanico, hay mucha mas sabiduría, que en las sentenciosas frases de los hombres formales. Cuando una mujer habla, se hace traicion á si misma, abre su corazon sin quererlo, mientras que el hombre no abre con frecuencia mas que su caja de tonterias, hinchado, como es, de vanidad. Y además, como decia Octavio, la tontería, tiene en las mujeres su precio. Iba mas léjos, y decia que la mujer es perfecta así en el mal, como en el bien, mientras que el hombre, con el pretexto de que es un animal racional, al fin y al cabo no es mas que un animal.

El señor de Parisís se quedó no poco sorprendido, al no reconocer ninguna parisiense entre las mujeres que rodeaban á la señora Monjoyeux. Era la nata y flor de esta sociedad extranjera que reina en los Campos Eliseos, y en la Avenida de la Emperatriz; haba-neras, peruanas, polacas, españolas y otras espresiones de los mundos viageros. Cuando se quiere improvisar un salon, es indispensable recurrir á esos pueblos pintorescos, siempre vivos y alegres que aparecen y se eclipsan, sin dejar hondos recuerdos.

—Cabal, se dijo Octavio: la señora Monjoyeux no teniendo raices en el mundo parisiense, ha abierto su

puerta á los viageros de las cuatro partes del mundo. Tanto mejor: son hermosos pájaros que cantan sin hacerse mucho de rogar, el himno del amor. Esta noche vamos á divertirnos: estoy cierto de que no hay aquí una mujer tonta; y se podrá tener talento sin miedo á las réplicas punzantes.

Mientras hablaba con las señoras, Octavio, echaba una ojeada á los hombres que paseaban ó que discutian, formando grupos en los salones. Se hablaba de los estrenos de comedias, y de algunos pintores y escultores.

Acaso Monjoyeux no representaba ya su comedia? Allí estaban los críticos del lunes, los gacetilleros del sábado, los polemistas del domingo, los cronistas de toda la semana. Habia allí los gentilhombres del *turf*, los patricios del Molino Rojo, del Café Inglés, de la Casa de Oro; algunos hombres políticos, cogidos en su pata por las cómicas; la Academia de Bellas Artes y la Academia Francesa, estaban allí representadas por sus mas jóvenes estrellas. En una palabra, habia allí *Todo Paris*.

Un criado anunció que la señora estaba servida. Monjoyeux rogó á Octavio que diese el brazo á su mujer por mas que hubiese allí otros personajes mas graves. Parisís obedeció con su gracia de costumbre: jamás hacia cumplidos para pasar el primero: este es un buen papel cuando se tienen veinte años. Verdad es, que hay personalidades que se imponen y que se colocan al frente de todo el mundo sin que se sepa

porque. Los hombres no dejaban de sorprenderse al ver que Octavio representaba siempre el primer papel, cuando tantas ilustraciones no tenían mas remedio que seguirle; pero las mujeres encontraban esto muy natural: era joven, hermoso y altivo; para las mujeres estos son títulos mas formales que los títulos del génio. Y además de esto era porque Moliere desacreditó á los marqueses; tal vez hoy en vista de los principios inmortales, los marqueses no pensarían en desacreditar á Moliere si no tuviese dos siglos de inmortalidad. Hemos andado tanto! El mundo marcha; pero marcha haciendo un círculo.

El señor de Parisis era por otra parte un hombre bien educado que sabia pisar el escenario del mundo; no hablo de su estrategia diplomática, por mas que hubiese nacido diplomático. Cuando se hallaba frente á frente de una ilustracion de campanillas, sabia hácerle un pedestal con su escudo blasonado; nadie, cual él, sabia poner en relieve y en su verdadera luz, un hombre de génio, ó bien, un hombre de talento. Y esto lo hacia tanto mejor, cuanto se mostraba muy impertinente con todas las medianías ruidosas que son la desesperacion de los hombres de verdadero mérito. Decia que cada generacion, dá, á lo mas, en la capital del mundo, cincuenta hombres dignos de ser estudiados, cincuenta inteligencias á las cuales es necesario amar y necesario temer. Octavio no se engañaba: admiraba y adoraba los grandes hombres de hoy dia; pero desde lo alto de su des-

den, decia á los hombrecillos que han subido sobre el escabel del reclamo. «Retiraos que sale el sol.»

Habiase elegido para el brillante espectáculo de un taller, un antiguo teatro intimo, donde Monjoyeux habia levantado una mesa de cincuenta cubiertos, bajo las espléndidas luces, y bajo los hermosos espejos de Murano.

He de manifestar la sorpresa de todo el mundo, ante el mágico lujo de aquella sala y de aquella mesa? Las mas bellas telas de Indias bordadas de oro y plata, caian á largos pliegues sobre las paredes, y se reflejaban en candelabros de cristal de roca. Bajo cada candelabro se perfilaba una elegante jardinera, ó un esbelto pebetero; aquí un esmalte precioso; allí una maravilla de Sevres. Se andaba sobre una muelle alfombra de Smirna.

La mesa era magnífica: los festines de Pablo Verones no dan una idea de aquellos modernos esplendores. En ciertos lugares donde figuran doradas ó plateadas frivolidades de un falso lujo, Monjoyeux habia colocado estatuillas en grupos. Uno de estos, sobre todo era admirable: era un precioso busto con dos cabezas, representando las dos caras de la mujer, el bien y el mal, el angel y el demonio.

Era el retrato de la señora Monjoyeux.

Ninguno de los convidados, aunque la reconocieron, se atrevió á pronunciar su nombre. A que venia aquel símbolo? Los ojos corrían de sorpresa en sorpresa, la penetracion se perdia en el enigma.

—Señores y señoras, dijo Monjoyeux inclinándose con su gracia de costumbre, bajo el pretexto de convidaros á un banquete, he querido mostraros mis obras. Yo no sé si las encontrareis dignas de vosotros y de mí: yo solo sé que la cena será esquisita puesto que es obra de la señora Monjoyeux.

Elevóse un grito de admiracion en torno de la mesa.

—La crítica es de rigor, pero la admiracion queda prohibida, dijo Monjoyeux sentándose: contemplad esto á vuestras anchas; obrad como si yo no estuviese aquí. El poeta Destonches ha dicho: «La crítica es fácil y el arte es difícil.» pero desde que Teófilo Gautier y Pablo de San Victor hacen la crítica con todas las magnificencias del arte, nosotros hemos cambiado todo esto. Lo que es fácil es el arte; lo que es difícil es la crítica.

—Hablais con toda libertad, Monjoyeux, dijo Paris. Teneis razon: la crítica es difícil en frente de tales obras: hace ya mucho tiempo que no he visto que el arte moderno hablase con tanta elocuencia.

—Sí, dijo un músico: estas líneas tan blancas y tan armónicas, cantan como las melodías de Gounod.

—Dícese que los dioses se van, dijo un neogreco: los dioses tal vez, pero no las diosas. Vedlas: estas dos bellas estatuas que andan sobre la mesa, llegan radiantes del Olimpo.

Una mujer jóven y hermosa, preguntó que era lo

que representaban aquellas diosas y su vecino, un periodista, contestó:

—En la una yo conozco á Cibeles, ó si vos queréis, la Naturaleza. Ved como estalla en su juventud! Que esplendor, que brillo!

—Pero y la otra?

—La otra, señora, no la conozco.

Esta misma pregunta corrió de boca en boca. Que representa esta estatua? Quien es esta dama? Quien podria adivinar su estado? Es una vírgen ó una mujer casada?

El mismo Octavio preguntó á la señora Monjoyeux, cual era el simbolo representado en esta figura.

—Como! no la conoceis? dijo la señora Monjoyeux; esto no obstante la habeis visto muchas veces.

—No la recuerdo: á vos que nunca os hé visto, señora, me parece que os conozco; pero esta figura no me recuerda nada.

—Repito, caballero, que la conoceis perfectamente. Una mujer que anda con su pié de marmol, sobre rosas blancas, cual la nive... una muger que mira el cándido azul del cielo... Recordad bien.

En aquel momento las preguntas se hicieron tan vivas, que Monjoyeux dijo sonriendo:

—Como, señores y señoras! no reconoceis la Virtud! Tanto tiempo ya hace qué no se encuentra en Paris?

—La Virtud, dijo una española, no lleva ese tra-

je. La Virtud compra sus telas en casa Worth y sus botitas en casa Bonne.

—Como, señora! observó un poeta, no sabeis que la Virtud se viste únicamente con su pudor?

—En Atenas es muy posible, dijo una escocesa; mas en Paris, el pudor es una tela demasiado ligera.

—Pero en cambio el marmol es una tela impenetrable cuya casta blancura protege la mujer: una mujer de mármol nunca está desnuda.

—Es cierto, dijo Octavio; pero esta maravilla tiembla y se estremece debajo de la carne: es la sola crítica que yo puedo hacer de esta obra maestra. Monjoyeux ha hecho de la Virtud mas bien una mujer que una diosa.

—Vuestra crítica es un elogio, replicó Monjoyeux. La Virtud es una mujer y no una diosa. Yo hubiese podido hacerla mas recatada, mas cristiana, mas ascética: hubiese podido darle la palidez de las vírgenes bizantinas; mas yo no he comprendido así la Virtud. Para mí es la mujer en toda su fuerza y en todo su esplendor. Si ella es la Virtud es porque domina la naturaleza hasta en su parte lujuriosa. Triunfa de su belleza y de su sangre, y huella con sus plantas las encendidas espinas de la voluptuosidad. No es cierto, señores, que esto tiene su sello á lo Metternich?

Al decir estas frases Monjoyeux levantó su vaso de Rhin y bebió despues de haber saludado á su vecina.

La cena comenzaba alegremente: El sabroso perfume de las faisanes, de las becabas, de las ortegas,

de los cangrejos, de las trufas se mezclaban á los perfumes de las rosas, de las fresas, de los vinos de Burdeos, de Borgoña, de Aix, de Johannisberg, sin hablar de los aromas que brotaban de los hombros y las cabelleras de las mujeres. Todo el mundo se embriagaba y entraba en campaña armado con las mas bellas paradojas.

Mas aunque la conversacion recorria las sinuosidades de lo imprevisto, los ojos no podian separarse de las figuras esculpidas por Monjoyeux: la Virtud y los Cibeles, los grupos de niños jugando, el busto con dos caras, todo embriagaba el alma y las miradas de los convidados; tal es el imperio que en el alma ejerce la belleza.

—Hablar en prosa ante obras tan hermosas equivale á no hablar, dijo una parisiense que estaba en frente de un poeta: vamos, señor Homero: improvisad unos versos á Fidias.

—Versos! por quién me tomáis?

—Por un poeta, aunque en esto quizá cometa una bestialidad.

—Por un poeta! No conozco mas que uno, ese maravilloso componedor de rimas, que se burla de todo, hasta de sus poesías, en versos charivarescos.

Entretanto se seguia admirando la Virtud y la Cibeles. La Cibeles parecia esculpida por el cincel vivo y florido de Allegrain; recordaba la misma abundancia y el mismo encanto. La gran diosa tenia la poesía de una amante y la fecundidad de una diosa.

Para ellos era una verdadera fiesta el seguir con los ojos el juego de la cabellera, la belleza del perfil, las ondulaciones de aquellas sábias líneas que corrían con la gracia antigua desde los hombros al seno, desde las nalgas á los muslos, así en los lujuriosos brazos como en las orgullosas piernas. El mármol tenía una fuerza y un sabor incomparables: era la Cibele chorreando vida, menos robusta que si hubiera salido de las manos de Fidias, quizá menos divina; pero en cambio mas humana.

La Virtud era una figura completamente desnuda. Un escultor mediano hubiese copiado á los antiguos que representaban velada á esta figura. Pero la casta blancura del mármol no es ya de sí un traje virginal? Y fuera de esto, si la Virtud está desnuda, ella lo ignora. Es demasiado divinamente cándida para pensar en que carece de túnica.

El artista la representaba en el instante en que el amor la ataca por vez primera. Así como el movimiento en Cupido era vivo y resuelto, el de la Virtud era dulce y sencillo. No se defendía mas que por el candor de su actitud. Monjoyeux era un filósofo que sabía que las mujeres que se defienden con violencia son las que caen mas pronto vencidas, pues la violencia es ya la pasión.

Aquella estatua representaba leal y efectivamente la Virtud. Levantaba sus ojos y buscaba el amor del cielo. Había en ella algo de la ninfa antigua; pero había también algo de la jóven cristiana. El escultor

se había desprendido de las cosas terrestres con ese arte soberano que vence las rebeldías del mármol. Si el amor se hubiese pintado mas audaz, el pudor hubiese volado, porque sus alas están en el alma. Las ninfas de Diana se hubiesen arrodillado al cruzar en frente de aquella Virtud y hubiesen besado en la nieve las huellas de sus piés ligeros; las vírgenes de Vesta hubiesen respirado en su atmósfera no sé que dulzura ni que virtud divinas, el aire vivo de las regiones serenas que calma las tempestades del alma.

Aquel hermoso grupo detenía las miradas de todos. Se le contemplaba de frente y se daban vueltas al rededor suyo con el mismo encanto. La Virtud era tan hermosa que parecía destinada á dar aun mas pesares al amor. El artista la había peinado con extraordinario gusto: había puesto un racimo de uvas en su cabellera ondulada segun el arte antiguo. Había en el rostro, en la garganta en los hombros, en los brazos, en las piernas, en toda la figura, una juventud de contornos, una preocupación de estilo, una casta y amorosa caricia de cincel, que recordaba á los grandes maestros.

—No es cierto, dijo Monjoyeux, que la Virtud es hermosa?

—En mármol sí, dijo Octavio de Parisís.

el afecto vagamente. Tan pronto respondía por el atajo como dando rodeos: si Octavio la hablaba del emperador de Rusia, ella contestaba que el papa era un excelente sugeto, puesto que el día en que se arrodilló para besar su sandalia, se dignó alargarla su mano.

—Es extraño, pensaba Octavio, esta mujer se ha quedado siendo bretona, aunque sus ojos revelan aquí y allí las perversidades de las hijas de Eva.

Segun su costumbre, el señor de Parisis tentaba sus frases arriesgadas, pero entonces la señora Monjoyeux le miraba con un candor verdaderamente breton. Entonces Octavio emprendía otro camino; curioso en todo seguía á las mujeres allí donde querían llevarle, hasta los Alpes de la virud, con los piés en la nieve y la frente en el cielo. Hallaba una especie de voluptuosidad en cambiar de horizontes. Las naturalezas enamoradizas no guardan el amor sino variando las imágenes hasta lo infinito.

Con la señora de Monjoyeux, si el señor de Parisis se hacia el austero, sucedía que se apresuraba á hacerla sonreír, y hasta muchas veces llegaba á soltar la carcajada. Por otra parte no creía que esto fuese un juego astuto, sino el azar de las ideas y las palabras.

—Como hallais á mi esposo? dijo de pronto la señora Monjoyeux; con verdad ó sin ella, él me encuentra bien formada.

—Me es imposible, señora, dijo Octavio que nun-

## XXVIII.

## EL FESTIN DE MARMOL.

El señor de Parisis lanzaba palabras á diestro y á siniestro como un hombre que tiene la costumbre de ser bien escuchado: trataba de penetrar en el espíritu y en el corazón de la señora Monjoyeux. Cuanto mas la miraba mas le recordaba á una mujer que habia visto.

—Nunca habeis sido rúbia? la preguntó por fin Octavio.

—No, caballero.

Parisis examinó mas de cerca la dama.

Para él todo el enigma de la fiesta se enceraba ne ella. Así es que se inquietaba mucho menos que sus vecinos del simbolismo de las figuras de mármol que dominaban la mesa: para él la verdadera estatua era la mujer del escultor.

Pero como todas las esfinges, la señora Monjoyeux no se dejó penetrar. Ya fuese cándida ya no lo fuese, tenia el gran talento de parecerlo oportunamente. A ciertas preguntas ella contestaba con una sonrisa que no era ni la malicia ni la tontería, pero que espresaba

ca hacia cumplidos, tener una opinion sobre tan delicado punto.

—Una opinion sobre tan delicado punto? La tendreis en seguida. Escuchadme hasta el fin. Mi marido no es uno de esos artistas que hacen una estatua tras de una estatua; como dice que una estatua debe ser una mujer, coge sus modelos entre las mujeres.

—Lo comprendo, señora: este adorable seno de la Cibeles, estos preciosos muslos, estas piernas de cazadora, son vuestro seno, vuestros muslos y vuestras piernas.

—Chist! dijo la señora Monjoyeux; nos están oyendo.

Y bajó su cabeza como para ocultar su pudor.

—Y bien, señora, dijo Octavio, mi opinion está ya formulada: esta obra maestra del arte es la obra maestra de la naturaleza: las generaciones futuras darán gracias á los dioses por haber proporcionado tal mujer á tal escultor.

—Pero yo... yo no me consolaré jamás por haber espuesto así mi desnudez.

La jóven seguía con la cabeza baja, bien como si todo el mundo tuviera el secreto de su belleza.

—Por qué este falso pudor? observó el señor de Parisis. Vos estais traducida palabra por palabra y yo no dudo que la traduccion es digna del original; pero esta es la carne traducida en mármol; pues el mármol no se ruboriza, porque el mármol está por encima de ese pudor atmosférico inventado por las

costureras que desean colocarse. Si la mujer debia ruborizarse por algo, debiera ser para mostrar su rostro, pues su rostro es la espresion de los siete pecados capitales.

Y una vez en este juego de la paradoja, Octavio exhibió todas sus opiniones respecto al pudor desnudo.

—En efecto, dijo la señora Monjoyeux, la ropa no viste.

En los otros extremos de la mesa frente al señor de Parisis, los chistes corrian alegremente sobre la mesa; la alegría resplandecia como una luz nueva sobre las copas, las uvas y las rosas. Monjoyeux observó que las mujeres adoptaban posturas de bacantes y que los hombres se hacian irresistibles, porque no sabian lo que decian.

Juzgó que era indispensable brindar para ser escuchado.

Su copa de Champagne estaba llena; la presentó á su vecina y le dijo que iba á hablarla, puesto que iba á brindar por la mujer.

—Chist, señores, dijo la vecina de Monjoyeux; el escultor va á hablar.

Todo el mundo llevó la mano á su vaso, todo el mundo le escuchó. Conociase la fraseología pintoresca de Monjoyeux; no se dudaba de su elocuencia, de sus ideas originales, de sus imprevistas ocurrencias. Era una gran fortuna el oírle.

Monjoyeux se habia levantado con la copa en la

mano, la frente sonriente y la sonrisa burlona. Sacudió su melena como un león que parte á la caza, paseó su mirada sobre los convidados y sobre las estatuas, y echando una ojeada estraña á su mujer, brindó así:

—Señores y señoras, brindo por la mujer.

Todos se levantaron y bebieron por la mujer.

—Chist! dijo una señora: ahora no se trata de beber sino de hablar: no se ofrece con mucha frecuencia la ocasion de oír como se hace el elogio de las mujeres.

—Y bien, dijo Monjoyeux, escuchadme y no me interrumpais.

Bañó sus labios en la copa.

—«Brindo por la mujer, porque la mujer es el alfa y la omega, la primera y la última palabra, el infierno y el paraíso, el mal y el bien, la caída y la redención.

»El hombre se agita: la mujer lo guía. Esto consiste en que la mujer es el bien y el mal, la cuarta virtud teologal, y el octavo pecado capital. A la manera del ángel rebelde que recuerda el cielo, y que trabaja por el infierno, la mujer fué comenzada por Dios, y concluida por Satan.

»*Quién es ella?* Decía aquel magistrado que vosotros recordais en todos los procesos que fallaba.

»*Quién es ella?* repiten con el sutil pregunton cuantos quieren esplicarse un poco razonablemente la historia de los pueblos y la novela de las almas.

»Cuando un escultor ha labrado una hermosa estatua, *quién es ella?* nos preguntamos; *quién es ella?* decimos cuando un poeta ha compuesto un hermoso libro; *quién es ella?* interrogamos, cuando un héroe ha ganado una batalla.

»En el olimpo el dios del pensamiento es un hombre; pero que hace Apolo sin sus nueve musas? Pues bien: todas las mujeres son musas: musas de pasiones y crímenes, de heroísmos y miserias.

»Elegidos ó réprobos, caídos ó rescatados, nuestro destino comun se relaciona con el Eden ó con Bethleem: todos descendemos de Eva ó de María.

»*Ab jove principium!* exclamó el poeta ferviente. Pero si quiere que confesemos á Júpiter, es necesario que bajo los antros de Creta nos haya detenido en el sonriente grupo de las nodrizas del jóven dios.

»El mismo cielo no tendría ni su luz ni su calor sin esta presencia real de la mujer.

»La lira de Apolo no comienza á vibrar sino bajo el ligero soplo de Dafne que huye. Sin Isis, Osiris no es mas que la mitad de un Dios; sin Sita, apenas si Ramá sería un héroe. Cuando el alma del viejo Fausto, escapa á las tenaces garras de Mefistófeles, ella flota incierta de esfera en esfera. En vano camina á través de las estrellas: no son ni los santos ni los mártires los que dan un refugio á la peregrina errante. Pero ella encuentra á la que fué Margarita, á la que ha sido tocada por el rayo de la madre siete veces dolorosa, y se salva, se encuentra en posesion de su bien.

aventurado destino, y entra en posesion del eterno femenino.

»Bajemos á la tierra. Porque la mujer no es tan solo reina en las sagradas cimas: Maria Egipciaca y Santa Teresa, tienen hermanas; ved desde aquí el escuadron volante de las cortesanas de todos los paises, de las diosas con carne y hueso, que van al sabbat de las pasiones: aquellas mujeres imponen el orden á la infernal compañía de aquí abajo; pero las unas y las otras guardan una misma influencia.

»Para tranquilizar contra cuarenta luchas el alma tempestuosa de Miguel Angel, mi divino maestro, bastó el místico cariño de la marquesa de Pescara. Para arruinar y depravar á Andrés del Sarto, bastó un vanidoso capricho de Lucrecia.

»Desde Eva que no amaba lo suficiente á Adán, hasta Zuleika que amaba demasiado á José, los individuos y los imperios viven bajo el capricho de las mujeres.

»El Oriente y el Occidente, se matan por Helena, la viuda de los cinco maridos; Hércules es vencido por Omfala; Antonio es dominado por Cleopatra; Euridice arrastra á Orfeo á los Campos Eliseos; Merlin es encarcelado por Viviana; Iastrada, ya muerta, en cadena á Carlomagno sobre su tumba; Beatriz eleva el Dante hasta los azules senderos del paraiso.

»No es Hiram; es Balkis quien edifica el templo de Jerusalem; es la viuda adúltera de Nino que levanta los pórticos de Babilonia; es la cortesana Rhodopa

quien acumula las enormes masas de las pirámides; Thais, la cortesana, es quien quema los palacios de Persépolis. Aspasia truena desde la cumbre de uno de los grandes períodos. Hersilia ó Veturia detienen el furor de los soldados que se degüellan y la Pompadour, esta marquesa del azar, lanza en signo de guerra su chinela hácia el techo, y los ejércitos de Europa vivaquean por espacio de siete años en los campos de batalla.

»Dad un cuchillo á Judit que vá á libertar á Bethubia y otro á la señorita Corday que cree salvar la Francia. Poned un acha en manos de Juana de Beauvais y el estandarte flordelisado en las de Juana de Domremy: Dios obrará por el ministerio de esas mujeres llenas de inspiracion y de pasiones.

»Es Dios, ó Satan, el colobrador de aquella florentina que produce la catástrofe del 24 de agosto de 1572?

»Y tú, María Stuart, y tú María la Sangrienta, y tú Isabel; oh gran vestal del Occidente! y tú Catalina de Rusia, que reinastes sobre Voltaire, y tú Germania de Stael; elocuente profetisa que turbaste las noches de Napoleon, decid que secreta fuerza os impulsó hácia adelante en esas luchas en que habeis mostrado una temeridad tan orgullosa y una energia tan viril. Ah! vosotras lo sabeis, tempestuosas heroínas; el cetro de los negocios humanos pertenece á quien sabe empuñarlo y los hombres se inclinan para saludar su voluntad soberana.»

Monjoyeux vertió en su vaso un poco de champagne.

«Quien se atreverá hoy día á poner en duda la autocracia de las mujeres? Si quedase un ateo para negarla en el momento en que la razon de Estado deroga la ley sálica, no sería yo quien curaría su misogynia y no iría por tan poca cosa á visitar en el carro de mi retórica á Safo en su elevado peñasco, á Paula de Viguier en su balcon de Tolosa, á la señora de Sevigné en su palacio Carnavelet ó á la señora Recamier en la Abadía de los Bosques.

»Dejemos á la señora Roland en su triunfal patíbulo, y á la señorita de La Valliere en su ilustre soledad.

»No ultrajemos con indiscretos comentarios tantas hermosas visiones de las tumbas, á madama Enriqueta ó á la señora de Longueville, á Maria Touchet ó á la señorita Romans. Vosotros conocéis la historia de los reyes de Francia, reyes que reinan bajo el gobierno de sus mujeres ó de sus queridas. En estos períodos históricos en vez de buscar á la mujer, viene Diógenes con su linterna y busca el hombre.

»En cierto día de revolucion, el ministro de negocios estrangeros se dejó robar la cartera. El que la tenía exclamó: *Tengo el enigma de la esfinge!* Abrió la cartera y encontró en ella un retrato de mujer, despues otro retrato de mujer, despues una carta de mujer y despues otra carta de mujer.

»La mujer es la última palabra del Criador. El

gran maestro esculpió al principio los mundos, despues el mastodonte, despues el águila, despues el leon, despues el hombre hasta que por fin, concluyó por la mujer.

»Luego descansó para contemplar su obra.

»Brindo por la mujer, porque sin la mujer que veis allí en frente mio, yo no hubiera esculpido estos bustos, estos grupos de estátuas, que prueban, segun mi opinion, que yo no estoy desheredado. Sin esta mujer se diría de mí: «Hablais de Monjoyeux? Es un »charlatan que promete siempre hacerse hombre de »genio, que no sale en el teatro mas que para hacer- »se silvar, que no entra en el taller mas que para es- »culpir frases.» Y bien, gracias á esta mujer yo hé esculpido en el mármol.

»*Quién es ella?*

»La mujer es siempre la que hace el milagro. Para el pobre jornalero, la mujer es quien endominga la vida; para los artistas, ella es quien dá un alma al génio. Mas para el escultor que carece de marmol, que hace? Atended bien:»

El rostro de Monjoyeux tomó una espresion amarga, byroniana, satánica á un mismo tiempo.

»Yo estaba cansado de oír á mis enémigos y amigos como ensalzaban los triunfos ajenos; los trabajos de este, las obras maestras de aquel, lo cual queria decir que yo no hacia nada. No hacer nada, señores! Esto es hacer algo. Es estudiar y admirar. Unicamente los tontos no se cruzan de brazos. Sin embar-

go, si es una virtud el no hacer nada, para entrar en las Academias, es necesario no abusar de ella, segun dice Chamfort. Cierta noche en que Parisis, Saint Aymour y Miravault me desafiaban á probar mis fuerzas, volví á mi casa donde por espacio de dos noches sobrexcité mi voluntad. La Voluntad! he aquí una mujer! una mujer muy orgullosa cuando se la ama hasta el sacrificio. Despues de dos dias y dos noches, salí, pero gritando como Newton despues de dos años de celestes visiones: «La he encontrado!»

»Cinco minutos despues cualquiera me hubiese visto entrar valerosamente—yo no me ruborizo nunca porque voy como aquel que llevaba su alma en su sombrero—en una casa algo célebre por sus locuras diurnas y nocturnas. Los que no conocen esta casa, señores, que me arrojen la primera piedra.»

El señor de Parisis notó la agitacion y la palidez de la señora Monjoyeux que contemplaba al escultor llena de espanto y de cólera.

«Yo no permanecí allí mucho tiempo, continuó Monjoyeux. Salí de allí dando el brazo á una mujer velada, la cual no vestía precisamente como la mujer honrada que vá á misa. Como yo no queria sostener la cola de su traje, por las calles subimos al primer coche de plaza y nos dirigimos á casa. Apenas hubo llegado á mi dormitorio cuando empezó á desnudarse mientras yo leía una carta.

»Nó, la dije yo. Vos creéis tal vez que he ido á buscar una querida en aquella alegre casa donde vos

viviais tan descuidada, tan olvidadiza y tan bella. Nó: si vos quereis, sereis mi fuerza y no mi debilidad. Os hé elegido no para humillar la mujer sino para vengar á la mujer. Os hé elegido para hacer la sátira en accion de mi siglo. Aquella mujer no me comprendia del todo: yo desnudé mi corazon ante ella y le mostré sus baterias. «Si quereis representar un gran papel, la dije, venid conmigo; vos sereis mi compañero de armas en la guerra mortal que voy á hacer á la sociedad. No cambiareis de oficio; pero subireis un grado, porque la última palabra de la obra consiste en moralizar la obra. En aquella casa vos perteneciais al primero que dejaba un luis á su puerta. En el mundo donde vamos pertenecereis aun al primer recién llegado, pero los luises se multiplicarán á lo infinito; yo diré que sois mi mujer.»

»Aquella mujer se ruborizó por mí no por ella.

»No os ruboriceis, la dije; un dia comprendereis porque representamos estos dos papeles. Pues bien, yo diré que sois mi mujer. Yo soy ideólogo, escultor, un hombre maquiavélico: vos solicitaréis por mí, monumentos que haremos y desharemos, yo soy un grande hombre, político, como todos los que no hacen nada: correremos el mundo, y como otros hombres políticos, yo salvaré los estados. Vos sereis aun el lazo de union entre yo y el poder. Una mujer faltó á Maquiavelo: hé aquí porque se murió de hambre. Os juro que si sois bella sin ser rebelde, no habremos dado en vano la vuelta al rededor de Europa. Volve-

remos ricos á Paris, yo lleno de gloria, vos deslumbradora y toda mi fortuna bien adquirida será vuestra.

»Al oír estas frases me comprendió. Representar semejante papel con semejante mujer equivalía ya á desprenderse de sus envolturas inmundas. Quiso abrazarme, pero yo la dije: No, yo no os conozco y no os abrazaré nunca: sereis una mujer para todo el mundo menos para mí. Y en efecto, señores, esta mujer que se halla en frente de mí no es ni mi mujer ni mi querida.»

Un grito cruzó la sala. La jóven cayó desvanecida en brazos de Parisis.

Hasta entonces habia esperado que Monjoyeux no la desenmascara: la habia prometido que no le haría traición; no podia creer en aquella brutalidad; pero estaba ya hecho y con orgullosa mano acababa de arrancar la máscara y lanzarla en la vergüenza. No habia medido el abismo: queria herir y herir con fuerza. Hélo aquí todo.

—Esto no es nada, dijo como hombre ya experimentado; es una mujer que se encuentra mal.

Y prosiguió:

«Partimos al siguiente día. Vale la pena de contarle? Mi voluntad armada con esta mujer ha triunfado de todo: yo fui desde el primer golpe amigo de los príncipes y adulado por los cortesanos. Nadie ha resistido á esta mujer. Hé improvisado hermosísimas estatuas; pues ya tenia conmigo cuatro ayudantes de

Roma que conocian mucho de mármol. Hé dado á cada príncipe la geografia futura de la Europa; todos han reconocido que yo poseia el secreto de todas las políticas. Pero no es mi genio quien me ha dado tanto oro, tantas cruces, tantos títulos, pues soy conde italiano, baron aleman, pachá y cuasi príncipe valaco. No: la belleza de esta mujer es quien lo ha hecho todo.»

Y saludando á su compañera en esta obra infernal añadió:

—Perdonadme, señora, si os he puesto en escena en el desenlace de mi comedia.

Luego volviéndose hacia las mujeres que fingian querer salir para poner en salvo su dignidad:

—Una palabra mas, señoras, os lo ruego.

Subió sobre la mesa empuñando un martillo.

—Es necesario que se sepa: me despojo de todos estos oropeles que son indignos de mí.

Arrancó sus cruces y las arrojó á sus piés. Cogió de su bolsillo unos pergaminos que quemó en las bugías. El silencio era profundo y terrible en torno suyo.

Habia algo del juicio final en aquel bofetón dado á su siglo en las megillas de una cortesana.

—Y ahora no quiero que quede nada de esta obra impía.

Dió el primer golpe de martillo en la figura de la Virtud.

Un grito de dolor hubo de resonar en toda la sala.

Destrozar una obra maestra es destrozar la humanidad entera. Gritóse perdon en torno suyo.

—Oh! Virtud divina! dijo Monjoyeux sin escuchar á nadie: yo te reverencio demasiado para permitir que ese mármol manchado se atreva á reproducir tu figura!

Y dió otro golpe de martillo. La estatua quedó desfigurada.

Volvióse de pronto y anduvo sobre las rosas y camelias que llenaban la mesa hasta el pedestal de Cibeleles.

—Y tú santa Naturaleza, exclamó; tú que eres la imagen de Dios, tú cuyos adorables pechos me han sostenido, tú que diste al mundo los griegos del tiempo de Sócrates, los italianos del tiempo de Leonardo de Vinci, los franceses del tiempo de Saint-Just, no quiero que un recuerdo indigno te profane. Yo te he representado en tu soberana belleza; pero este mármol ha sufrido el contacto impúdico del oro.

E hirió la estatua en la frente, en la mejilla y en los labios. En menos de un segundo aquella obra, que habia costado un año de génio, quedó destruida.

En vano Parisís habia querido impedir aquella profanacion. Monjoyeux, como un Titan desencadenado, no se hubiese dejado dominar mas que por un rayo.

Todo el mundo estaba en pié; la palidez, el espanto y la tristeza se retrataban en todos los semblantes. La mayor parte de los convidados no comprendian

sino á medias. Todo el mundo se preguntaba si aquel hombre estaba loco.

—Señores y señoras, dijo inclinándose por última vez orgulloso por haber creado su obra y orgulloso por haberla destruido, yo me convierto en Monjoyeux como antes. Creo que he adquirido el derecho de cruzarme los brazos como hacia en otro tiempo.

Cogió un cigarro que habia sobre la mesa.

—De toda mi fortuna solo me queda este cigarro, ¡el último humo! Me vuelvo á la buhardilla de la calle Germain Pilon. Adios, señoras, adios, caballeros. Aquí no estoy en mi casa.

Y volviéndose hácia la mujer á quien llamaba la señora Monjoyeux, añadió:

—Adios, señora Venus, adios! No nos veremos jamás. Estais aquí en vuestra casa. Haced que las golondrinas vengan á construir sus nidos en vuestras ventanas.

Salió con la frente erguida, el paso altanero, como Federico Lemaitre en el Ruy Blas.

Las mujeres que allí habia no llevaron su pomito de esencias á la mujer casi desmayada que creía soñar que se ahogaba en la humillacion, y que no encontraba en sí bastante fuerza para sufrir una humillacion mas digna.

Aquellas mujeres cogieron apresuradamente sus abrigos de pieles.

—Que se dirá mañana de nosotras? se preguntaban.

Los hombres comentaban de diversa manera lo que Monjoyeux llamaba su sátira de acción.

—Es un loco! decían unos.

—Es un sabio! decían otros.

Entretanto la señora Venus se había levantado para decir que quería hablar á su vez.

## XXIX.

## HISTORIA DE LA SEÑORA VÉNU.S.

—Un instante, señoras honradas, dijo, tomo la palabra y deseo que me escuchéis.

Aquellas mujeres, mucho mas curiosas que indignadas, se volvieron hácia la señora Venus.

Esta había sufrido las rudas frases de Monjoyeux, como se sufre un golpe imprevisto. El primer sentimiento es el del desmayo; pero luego el corazón se anima, las sienes se inflaman, y la venganza afila sus dientes.

Por mas que se sintiese arrastrada por su temperamento, la jóven se había contenido porque había amado á Monjoyeux y sentía la adoración que le inspiraba su génio: no quería, porque era generosa, atravesarse en su camino para cortarle su golpe de efecto segun se dice en el teatro. Ella, á su vez, se reservaba el derecho de representar su papel.

Cuando tomó la palabra, la jóven se ruborizó, la sangre le subió á la garganta, y estuvo próxima á no poder decir nada; pero despues de esta sacudida, volvió á encontrar sus fuerzas.

Los hombres comentaban de diversa manera lo que Monjoyeux llamaba su sátira de acción.

—Es un loco! decían unos.

—Es un sabio! decían otros.

Entretanto la señora Venus se había levantado para decir que quería hablar á su vez.

## XXIX.

## HISTORIA DE LA SEÑORA VÉNU.S.

—Un instante, señoras honradas, dijo, tomo la palabra y deseo que me escuchéis.

Aquellas mujeres, mucho mas curiosas que indignadas, se volvieron hácia la señora Venus.

Esta había sufrido las rudas frases de Monjoyeux, como se sufre un golpe imprevisto. El primer sentimiento es el del desmayo; pero luego el corazón se anima, las sienes se inflaman, y la venganza afila sus dientes.

Por mas que se sintiese arrastrada por su temperamento, la jóven se había contenido porque había amado á Monjoyeux y sentía la adoración que le inspiraba su génio: no quería, porque era generosa, atravesarse en su camino para cortarle su golpe de efecto segun se dice en el teatro. Ella, á su vez, se reservaba el derecho de representar su papel.

Cuando tomó la palabra, la jóven se ruborizó, la sangre le subió á la garganta, y estuvo próxima á no poder decir nada; pero despues de esta sacudida, volvió á encontrar sus fuerzas.

—«No os imaginéis, señoras, dijo tratando de sonreír, que vaya á dejarme degollar como una paloma en el altar del sacrificio. Monjoyeux es un gran cómico como es un grande escultor: necesitaba una mujer para representar su papel, y me ha tomado á mí, allí donde me ha encontrado.

»Pero esta mujer no era una cualquiera: yo quería representar también mi papel, y yo, también deseaba vengarme.

»Estais ciertas, señoras, de que entre el lábio y la copa, no media un abismo? Se dice á la doncella: «Este lecho nupcial se llama la Virtud: tu no amarás al que tu amas, sino que te casarás con el que tú no amas.» Esta es la ley del mundo, desde que el rey del mundo se llama el dinero. El odioso dinero, decís vosotras, y yo digo, la odiosa pobreza; entre el dinero y la pobreza, median todos los crímenes.

»Yo no quiero humillaros hasta el punto de decir lo que yo soy. Soy una doncella, pero al mismo tiempo soy mujer. Yo guardo mi secreto. Cualquiera que haya sido la caída, sabedlo bien, el corazón guarda siempre para Dios un latido. Cuanto mas profunda es la noche, mas hácia el cielo se dirige el alma.

»Adios, señoras: no dudo que todas vosotras seréis virtudes inaccesibles. Quizá alguna de vosotras al volver por la noche á vuestra casa cerrará el cuarto de su hija, no para guardar esa niña de las esechanzas de los hombres en su lecho virginal, sino para

preservarla del amante de la madre que se oculta en el lecho del marido.»

Las mujeres no la escuchaban; las mas habian salido; las otras conversaban con los hombres.

Mas á la sacrificada no la habian faltado oyentes formales.

Todo el mundo se miraba y se preguntaba el secreto de esta comedia.

—Señor de Parisis, dijo la señora Vénus, no quiero comunicar mi secreto á nadie escepto á vos.

Estas frases alejaron los últimos convidados.

—Y ahora que estamos solos, dijo Parisis cogiendo la mano de la jóven, me confiareis el secreto de vuestra vida.

—Os lo diré todo, porque habeis necesitado de un gran valor para continuar á mi lado despues de tantos sarcamos; pero no permanezcamos aquí, frente los restos de este odioso festin, que es para mí una orgia del espíritu y no de los labios.

Los criados que habian sido despedidos, habian vuelto poco á poco, y parecian preguntar á quien debian obedecer.

—Retiraos, dijo la señora de la casa con voz dulce y tranquila: no necesito sino mi doncella que encontraré arriba.

Y pasó delante de Octavio.

El duque habia sufrido mucho á consecuencia de los golpes que con mano brutal se habian dirigido á aquella jóven. Habia necesitado de gran valor para

continuar á su lado mientras los otros habian evitado su presencia. Hasta arriesgaba manchar su dignidad heráldica. Por la noche podia entregarse á sus locuras nocturnas con sus amigos; pero en sociedad conservaba siempre su dignidad de hombre de mundo.

En lo alto de la escalera del primer piso, despues de haber cruzado una antesala, la señora Vénus se volvió hácia él y le hizo una seña para que se sentara en el divan de un saloncito dulcemente iluminado por una lámpara pompeyana.

—Me estraña, dijo, que me pidais el secreto de mi vida: no lo habeis adivinado, vos que me habeis sorprendido en Baden?

Octavio habia reconocido á Angela desde que se habia desmayado, bien como si hubiese dejado caer la máscara de inocencia con que se habia cubierto.

—Sois vos! lo creo y no lo creo.

—Os consta, sin embargo, que el arte de una mujer puede hacer, deshacer y rehacer su semblante.

—Sí, dijo Octavio, cambiando el color de sus cabellos, acentuando sus cejas, variando la belleza para cambiar la espresion. Cómo! sois vos!

—Sí, yo habia jurado que no me volveriais á ver nunca; que no hariais la luz sobre lo que ocurrió en Baden aquella noche; que una vez en mi vida por lo menos, yo conservaria algun prestigio en el recuerdo de un hombre galante. Pero nuestro encuentro en casa el juez de instruccion hubo de echar esta ilusion por tierra.

—Me habeis calificado de hombre de talento, y hé aquí por qué reconozco que todo es imposible y todo es inverosímil. Halladme dos rostros semejantes, y entonces os concederé que hay dos almas semejantes: el corazon de cada mujer es un mundo. Si Dios existe ha creado lo infinito, el corazon es una gota de sangre de Dios, un diamante de púrpura que refleja todos los mundos.

—No vayamos tan léjos para hablar de mí; mi historia es muy sencilla: os la voy á relatar con el abandono de una pobre jóven que se halla en el confesionario.

Angela levantó sus ojos como para encontrar las sinuosidades del pasado. Octavio se recostó en un almohadon, fijando en la jóven sus miradas.

—Habeis conocido nunca la pobreza, mi buen amigo? preguntó Angela.

—Desde léjos; pero no la conozco.

—Pues bien, tendreis mucho trabajo en comprenderme. El que no ha cruzado la negra miseria, como dicen los pobres, la miseria que tiene hambre y que tiene frío, no tiene conciencia de las angustias del infierno. El pobre no existe, y sin embargo, pasa por todas las existencias. El pobre es un desconocido que nadie quiere recibir, porque llega á la vida sin cartas de recomendacion. Yo me llamo Angela-Elena de La Roche-Parmailles. Os doy el nombre de mi padre, el baron de La Roche-Parmailles, porque sois un hombre honrado y porque lo comprendeis todo. Nunca lo

he revelado á nadie. Algunas veces he tomado el nombre de Montrigeac que fué uno de los feudos de mi familia. Donde están los feudos? Donde está la familia? La primera revolucion suprimió los feudos, la que viene suprimirá la familia. Mi padre no era rico: era tan solo guardia de corps, cuando se casó con mi madre. En 1830 colgó su espada y se hizo noble de provincia. Pero él amaba mucho á mi madre y mi madre amaba á Paris; vendió el modesto patrimonio de Parmailles á fin de complacerla. Fueron á Paris y tomaron casa en la calle del Bac, esquina á la de Varennes, en la misma casa donde yo he visto morir á la señora Dorval. Pobre mujer! acariciaba mis cabellos sin sospechar que yo seria aun mas desgraciada que ella, por mas que el dolor la matara. Nunca habia dinero en casa: mi padre queria figurar entre sus antiguos compañeros, y mi madre queria frecuentar el mundo. El capital era limitado y solo quedaban ochenta mil francos, cuando se les arriesgó para buscar fortuna. Aunque mi padre continuara siendo orgulloso, se dejó convencer de que podia, sin rebajarse, formar sociedad para establecer una fonda, la fonda de\*\*\*, donde no debia parecer nunca. Entre dos socios hay casi siempre un estafa, aquel que no presta el dinero. A los dos años el socio tenia ochenta mil francos y mi padre no tenia mas que deudas. Este desastre hizo que mi padre muriera.

Mi madre, que era aun mas desgraciada que culpable, procuró consolarse. Cuando las mujeres no en-

gañan, resultan siempre engañadas. Mi madre era leal, arriesgó su virtud y dió sus últimos dias de belleza; se le habia prometido una fortuna, creyó en los contratos del corazon y se la pagó con una carcajada. Se refugió, desesperada, á casa de una de sus amigas de la calle de Montmartre. Yo tenia entonces catorce años. Ya adivinareis lo que yo podia aprender con aquel cuadro y aquel ejemplo. No habia en el mundo un alma que velara por nosotros.

Vivíamos con aquella mujer. Qué pan tan amargo era el nuestro! Entraban y salian hombres; yo comprendia á medias; yo estaba sublevada: mi madre se sublevaba contra sí misma, puesto que no queria descender tan bajo.

Con las últimas alhajas se pudo alquilar un cuarto. Mi madre cogió una aguja y trabajó heroicamente desde el amanecer hasta la noche, pues la luz comprada cuesta demasiado cara.

Yo iba á hacer oposiciones para entrar en el Conservatorio, pero mi maestra de piano, una mujer mala, creyendo que nuestra miseria no era real y verdadera, quiso ser pagada y me abandonó. Era la última tabla de salvacion. Se nos habia concedido algun crédito en la creencia de que yo era ya una artista; pero todo el mundo nos cerró las puertas.

Me eché en brazos de mi madre y lloré por mucho tiempo. Mi madre lloró aun mas que yo. Yo veia como sus hermosas lágrimas caian sobre su labor, pues no tenia derecho á llorar cruzada de brazos.

Oh! los trabajos forzados no son los del presidio de Tolon: son los del presidio de Paris.

Yo tambien cogí una aguja y trabajé con mi madre. Total: treinta sueldos al dia. Y ni una sola hora para levantar la cabeza, ni una sola hora, escepto el domingo, cuando íbamos á ocultarnos tras una columna para oír misa en Nuestra Señora de Loreto. Este era nuestro único lujo. Yo disimulaba los estragos de mi vestido andando estrechamente cerca de mi madre. Pronto no nos fué posible salir juntas; no teníamos sino un vestido.

Rogué á Dios; pero si Dios nos auxiliara, donde existiria la virtud? Dios está en nosotros cuando nos enseña el bien y el mal; Dios es la conciencia.

Oré aun, oré siempre: yo no podia creer en que se pudieran sufrir tantas pruebas. Tuvimos que sufrir el hambre y el frio, todas las miserias, todas las humillaciones. Cuando se habla de todo esto á la gente rica, no comprende nada: es como aquellos viajeros que no ven mas que las riberas de un país, sin adivinar sus desiertos, sus abismos y sus volcanes.

Mi madre y yo nos engañábamos: volvíamos á recobrar en nuestros lábios para mirarnos la sonrisa de nuestros mejores dias. Esta última espresion de mi madre sonriendo en su dolor mortal se ha quedado profundamente grabada en mi alma: la veo así constantemente como aquellas santas mujeres que iban al suplicio con una llama divina en los ojos, porque iban á él por la gloria de Dios.

Con frecuencia se me ha hablado de la Caridad, y hasta la he visto pintada; mas os juro que durante nuestra miseria la Caridad no se presentó ni una sola vez á nuestra casa.

Me equivocó: cierto dia entró en ella una mujer que traía oro en sus manos y que habló á mi madre: yo no comprendía bien y traté de abrazar á aquella mujer; pero luego lo comprendí todo: venia allí para proponer á mi madre que vendiera mi corazon, que vendiera mi alma.

Los pobres esclavos que se venden en Oriente no dan su alma porque no conocen su alma; pero la mujer cristiana el dia en que vende su cuerpo da su parte en el paraíso.

Ya comprendereis que mi madre echó de casa á aquella mujer odiosa; pero aquel fué el último golpe. En aquella misma noche, cuando mi madre se acostó mas temprano de lo que acostumbraba fué para no levantarse mas. Yo no podia creer en la posibilidad de su muerte: por espacio de tres semanas aquello fué una agonía no solo para ella sino para mí misma. Velé á mi madre todas las noches; de dia yo caía muerta de fatiga al pié de su lecho. El médico no vino mas que dos veces, por mas que me hubiese prometido que vendria con frecuencia; pero aquel no era el médico de los pobres. Algunas vecinas me cedían de vez en cuando cinco ó seis minutos; pero yo estaba casi sola. Cierta mañana mi madre pareció que se reanimaba.—«Ah! dijo, si me trajeses naran-

jas y uvas, me parece que esto me aliviaria.»—Yo no tenia un sueldo; pero cogí mi sombrero y mi abrigo, bajé aprisa y corrí hácia aquella prendera que habia venido á visitarnos. Vivía cerca, en la calle Fontaine-Saint-Georges. Antes de entrar en su tienda me detuve enfrente de otra donde se vendian frutas y donde ví naranjas y uvas. Ah! pensaba yo, cuan feliz harian á mi madre. Las uvas eran magnificas por mas que estuviésemos en enero; se habia entreabierto una caja por la cual parecian llamarme con su hermoso color dorado.

Por fin llegué á casa la prendera. Que hé de decirlo? No iba allí para hacer cumplidos: el sacrificio estaba ya consumado. Habia pedido perdon á Dios; guardaba mi alma; pero arrastraba mi cuerpo á la impureza.

Lo que mas me indigna y me subleva es que para tan odioso sacrificio se encuentra siempre un hombre. El que vino aquel dia no era, como frecuentemente sucede, un viejo que quiere volver á la juventud; era un jóven que iba en busca de emociones á la manera con que ciertos niños crueles, matan una paloma á cuchilladas. Aquella horrible profanacion de un pobre jóven que en aquel momento creia en todo, pero que desde entonces no ha creído en nada, tuvo lugar en la trastienda de la prendera. Yo miré con estupor aquel mancebo. Sabeis en que consistia su voluptuosidad? En mis lágrimas, en mi espanto, en mis sollozos. Paris contiene millares de Heliogábalos.

Al llegar aquí Angela se interrumpió.

Parisis observó que la jóven sentia aun todo el horror de su atentado; habia palidecido, la fiebre la agitaba y de sus lábios salian de cuando en cuando, gritos de venganza.

Levantóse, y dió algunos pasos con la actitud de una musa trágica.

—Así estais hermosísima, dijo Octavio:

—Os pido mil perdones, replicó ella; creí que estaba sola; tan léjos habia ido en el pasado.

Volvió á caer sobre un sillón.

—«Mi madre, prosiguió, tuvo sus uvas y sus naranjas. Comió una naranja y un racimo de uvas sin sospechar que me costasen tan caros. Luego, de pronto, como si le hubiese ocurrido la idea de lo que á mi me costaba, tiró lo que quedaba y cayó en el delirio. En aquella misma noche murió.

»Yó tenia aun ciento ochenta francos; este dinero no me quemó por mucho tiempo las manos; mi madre no fué enterada en la fosa comun: pero ay! que su sudario no quedó por esto menos manchado puesto que era el precio de mi honra!

»Ya comprendereis mi horror á todas las cosas, principalmente cuando al acompañamiento fúnebre de mi madre, solo asistió la prendera. Quien la hubiese visto rogar á Dios, hubiera creído que Dios la inspiraba.

»Por mas que entonces yo fuese como una mujer de nieve, era de carácter enérgico. Resolví vengar-

me. Dios me había abandonado demasiado para que, á mi vez, yo no abandonase á Dios. Se me ha dicho que vos erais ateo: pues bien, cuando yo me arrodillé sobre la tierra que cubria mi madre, yo no encontré una plegaria. Fui lógica, toda vez que, para mi, Dios no existia, que el mundo era un mercado de tunos, que el dinero llevaba la razon en todo y que la virtud no era mas que una leyenda; erguí mi cabeza con desden y con aire burlon, dije á la prenera: «Y ahora que Dios me ha arrebatado mi madre, y que vos me arrebatasteis mi alma, que me queda?—Yo seré tu madre, dijo.»—Al oír esta frase me aparté de ella con horror.

»Ni siquiera entré en mi casa. El cielo tocó aun mi corazon: me dirigí con paso firme al convento de Santa Ana, donde van las arrepentidas. Mas allí no habia ni una celda, ni una cama de paja. Entonces resolví vengarme de semejante sociedad que no tiene ni un lugar donde trabajar ni un lugar para rogar á Dios. Cogí una licencia para entregarme al vicio legal.

»Me vengué de mí, en mi misma: dije en alta voz mi nombre; me equívoco: solo revelé mi nombre de pila, el de Angela, nombre aporósito para aquel oficio, y al cual añadí el apellido del hombre que me habia dado el horror á la humanidad, dándome el horror al amor. Llamábase Marsillon; he aquí porque en Baden me conocisteis bajo el nombre de la señora Marsillon.

—Ah! si: esplicadme vuestro rostro en Baden.

—Como! no comprendisteis? En Baden me visteis con el rostro natural. Tres veces, durante tres años, me he concedido un mes para respirar un poco de aire vivo en la vida. El primer año fui á los baños de Ostende; el segundo á los Pirineos; el tercero á Baden. Entonces, por espacio de un mes, yo me convertia en mujer honrada, en el sentido mas riguroso de la frase. Así pues, en Baden no representé una comedia. Si vos no hubieseis despertado en mí un sentimiento del amor sobre el estiércol de mi cuerpo, yo hubiera resistido estoicamente. Vos observasteis como al siguiente dia, yo fui avergonzada de mi derrota, porque me habia jurado á mi propia, no manchar mis vacaciones.»

—Sois un mujer bien estraña! dijo Parisis. Sabeis que sois admirable, así en vuestras decadencias hácia el vicio, como en vuestras regeneraciones á la virtud?

—No, no soy admirable: tengo el valor de mi situacion, y al valor de mi situacion se une el de mi corazon. Lo que me sostiene cuando me mancho, es la idea de la venganza: lo que me regenera ante mi misma, es que en medio de todas esas infamias, he conservado mi alma orgullosa. Habeis leído *Rolla*?

—Si he leído *Rolla*! la sé de memoria.

—Pues bien: hay allí versos que entran en mi vida como flechas de oro. Debo deciros que en cierta noche, Monjoyeux quiso terminar conmigo, como el

héroe de Alfredo de Muset; pero yo tambien queria morir: esto fué lo que le salvó, pues, esto de morir los dos, lo halló melodramático. Lo que hay en esto de extraño, es que yo no he sido para él, mas que un estudio y un modelo. Aun antes de que me tomase para representar su gran comedia, yo habia frecuentado su taller. Me encontró muy hermosa; pero la admiracion del artista no fué turbada por el amor á lo voluptuoso. Con frecuencia me habia visto en el salon de conversacion con las demás mujeres, sin que hubiese ido mas lejos. Solo una vez, subió á mi cuarto, donde, á pesar mio, le abrí mi corazon; en aquella noche estaba desesperado, queria morir y quiso adoptar mi modelo para esculpir el mármol de su tumba; pero, segun ya os dije, yo queria tambien morir, y de ahí que no se suicidara. Seis meses despues, vino á mí y me dijo al oido: «Tú aquí te vengas de la humanidad, y yo tambien quiero vengarme: quieres representar un gran papel?»

»Ya sabeis lo demás: yo no queria eternamente aclimatarme en aquella atmósfera: por mas que hiciera, no podia descender mas bajo; experimentaba una viva simpatia hácia Monjoyeux, y le juré que yo seria para él, como una esclava, á la cual hubiese comprado. Fui pues, para todo el mundo, escepto para él, la señora Monjoyeux.»

## XXX.

## EL TÉ DE LA SEÑORA VÉNUS.

Angela suspiró, é inclinó al pecho su cabeza.

—O mejor dicho, añadió, yo fui para todo el mundo, la señora Todo-el-Mundo, ó la señora Venus, segun Monjoyeux me llamaba.

—Así, pues, dijo Octavio, tomasteis vuestro papel por lo serio?

—Ciertamente: aquello no fué un simulacro. Jamás Danae vió caer tanta lluvia de oro. Monjoyeux, en aquel juego burlón, terrible, insensato, me echaba en brazos de cualquiera, con tal de que sus manos estuviesen llenas de oro, de diamantes ó de condecoraciones. Yo no hallaba extraño el hacer lo que hacia por un puñado de oro, siendo así que ya lo habia hecho por uno de plata.

—Debo confesaros que yo no creia que la mujer, por hermosa que fuera, pudiese hallar el camino de Corinto.

—Mi querido duque, vivís en las viejas ideas. Paris no tiene sino escépticos cual vos, hombres de pa-

héroe de Alfredo de Muset; pero yo tambien queria morir: esto fué lo que le salvó, pues, esto de morir los dos, lo halló melodramático. Lo que hay en esto de extraño, es que yo no he sido para él, mas que un estudio y un modelo. Aun antes de que me tomase para representar su gran comedia, yo habia frecuentado su taller. Me encontró muy hermosa; pero la admiracion del artista no fué turbada por el amor á lo voluptuoso. Con frecuencia me habia visto en el salon de conversacion con las demás mujeres, sin que hubiese ido mas lejos. Solo una vez, subió á mi cuarto, donde, á pesar mio, le abrí mi corazon; en aquella noche estaba desesperado, queria morir y quiso adoptar mi modelo para esculpir el mármol de su tumba; pero, segun ya os dije, yo queria tambien morir, y de ahí que no se suicidara. Seis meses despues, vino á mí y me dijo al oido: «Tú aquí te vengas de la humanidad, y yo tambien quiero vengarme: quieres representar un gran papel?»

»Ya sabeis lo demás: yo no queria eternamente aclimatarme en aquella atmósfera: por mas que hiciera, no podia descender mas bajo; experimentaba una viva simpatia hácia Monjoyeux, y le juré que yo seria para él, como una esclava, á la cual hubiese comprado. Fui pues, para todo el mundo, escepto para él, la señora Monjoyeux.»

## XXX.

## EL TÉ DE LA SEÑORA VÉNUS.

Angela suspiró, é inclinó al pecho su cabeza.

—O mejor dicho, añadió, yo fui para todo el mundo, la señora Todo-el-Mundo, ó la señora Venus, segun Monjoyeux me llamaba.

—Así, pues, dijo Octavio, tomasteis vuestro papel por lo serio?

—Ciertamente: aquello no fué un simulacro. Jamás Danae vió caer tanta lluvia de oro. Monjoyeux, en aquel juego burlón, terrible, insensato, me echaba en brazos de cualquiera, con tal de que sus manos estuviesen llenas de oro, de diamantes ó de condecoraciones. Yo no hallaba extraño el hacer lo que hacia por un puñado de oro, siendo así que ya lo habia hecho por uno de plata.

—Debo confesaros que yo no creia que la mujer, por hermosa que fuera, pudiese hallar el camino de Corinto.

—Mi querido duque, vivís en las viejas ideas. Paris no tiene sino escépticos cual vos, hombres de pa-

siones que solo duran veinte y cuatro horas, y aun si la noche dura estas veinte y cuatro horas. Para hallar paladines formales, es necesario recorrer, no las provincias de Francia, sino las capitales extranjeras. Allí encontrareis hombres, que colocan en vuestras orejas y en vuestro pecho, perlas y diamantes que pertenecieron á reinas del antiguo régimen.

—En una palabra, hombres de la edad de oro.

—Sí, reios de ellos, porque vos ni teneis bastante dinero, ni bastante amor para imitarles; pero aquellos son hombres verdaderos. En vez de ligar su nombre á los bienes de este mundo, los ligan á la hermosura de la mujer. Creéis que una mujer no es una gran arca de dinero? No nos burlemos de nadie. Todo el mundo tiene razon, y todo el mundo no la tiene.

—Este es mi principio.

—Os imagináis tal vez, que voy á dejar esta casa, como lo hizo Monjoyeux, dejando la llave en la puerta y no llevándose mas que un cigarro? Nada de esto: quiero indemnizarme de las humillaciones sufridas esta noche, no por la virtud que huyó de mí, sino por la fortuna. Estos días me vereis en el Bosque, en una dumon que hará ruido. Los periódicos dirán de mí, tanto mal, que antes de que la estacion concluya seré una mujer célebre. Y entonces, nadie, entre los mas desdeñosos, será digno de desceñir el cinturón de la señora Venus.

—Escepto yo.

—No conteis en ello, porque confieis en vos de-

masiado. Pero en fin, ya que estais en mi casa, queis tomar té conmigo?

Angela llamó. Se presentó un criado medio dormido; pero ella le dió orden para que sirviese el té, con cierto aire de soberana, que le despertó por completo. Entonces comprendió que aquella mujer era la dueña de la casa.

Octavio recordó el té de la señora de Enraygues, cuando el criado trajo un servicio de Sajonia. La señora Venus habia profanado sus labios en la porcelana de todas las naciones, en el antiguo Japon, en la vieja China, en el viejo Sevres, en el antiguo Sajonia, hasta en la fayenza holandesa y en la majólica italiana. Aunque Octavio hallaba ridículo el desdeñar la boca que ha bebido, cuando no se desdeña la copa donde se ha bebido, recordando á la señora de Marsillon, era bastante delicado para no cantar con la señora de Monjoyeux, la balada del *Rey de Thulé*.

Octavio no lanzó, pues, en aquella noche, su copa al mar.

—Adios, dijo á Angela: la fuerza del destino ya nos colocará al uno frente al otro.

—Adios, dijo ella con tristeza; entonces os descubriré mi secreto, pues me queda alguno para confiaros.

No se tardó mucho en hablar del gran lujo de los caballos, y de los amantes de la señora Venus.

## XXXI.

## LA CENA DEL COMENDADOR.

Cierta tarde, Parisís fué á comer á la Casa de Oro del país latino, al célebre cenáculo de los ateos, y se dirigió hacia ella, dando el brazo á un historiador que habia escrito la historia de Dios, porque no creia en su existencia.

Cuando iba á entrar vió llegar con no poco ruido á una dama á la moda en un carruaje precioso, lo cual no dejó de sorprender á todo el barrio. Pronto reconoció á la señora Vénus, pues no llevaba otro nombre. Era su cuarto bautismo; pero debia ser el último.

Al bajar del carruaje dió su mano á Octavio.

—Cuan dichosa soy en veros! dijo con expansion verdadera. Me parece que ha transcurrido un siglo sin veros y que transcurrirá otro siglo sin que os vuelva á ver.

—Estais de fortuna, querida mia?

—Sí. Me aguarda Ali-Baba. Mientras vosotros comereis como mariposas, nosotros comeremos cual turcos. Salud á mi amiga que es una turca.

Diciendo estas palabras, y mientras Octavio hacia una broma de serrallo á la compañera de Angela, esta volvió llena de inquietud su cabeza, bien como si temiera que alguien la siguiese.

—No debo ocultaros, dijo, que tengo un Otelo que sigue mis chinelas.

Octavio debia asistir á la célebre comida de los ateos, que hizo estallar de indignacion á los periódicos religiosos, como si las nubes fuesen á abrir las cataratas del cielo. Ya se sabe que la comida de los ateos, que se dá todos los sábados en la Casa de Oro del país latino, se vé ilustrada por la presencia de algunos hombres muy á la moda y que son ó serán mas ó menos célebres.

Luego que se sentaron á la mesa, uno de los convidados volcó un salero.

No hubo uno que cogiera sal y que no echase la que tenia á fin de calmar los dioses irritados. Miróse á todas partes como si debiesen encontrar á Judas en torno suyo.

—Saludémonos, señores! dijo un sábio, aquí preside la filosofía.

El filósofo era una pluma de oro, el cual decia que la palabra es plata: hé aquí porque no fué mas léjos en su discurso.

En aquel momento otro convidado abrió la puerta. Era el convidado décimo tercero.

Este convidado adelantó para sentarse á la mesa; pero todo el mundo se levantó asustado para coger

su sombrero. El recién llegado, que tenía su sombrero en la mano, se eclipsó para no llamar hacia sí la venganza de los dioses.

Comióse alegremente. Un periodista, al dar de beber á su vecino, rompió una copa de vino de Champagne, y con esto todos se santiguaron.

—Este es un día nefasto, exclamó un anticuario: romper una copa en la cual aun no se ha bebido?

—Qué decís? por el contrario, es de buen augurio: recordad, sinó, el banquete de Faliero.

—Por el dux! exclamó un poeta de gran melena, un célebre poeta con corazón de oro; hé aquí dos cuchillos en cruz. Se aguzará el puñal contra nosotros?

—Vamos, dijo un ecléctico que quería casar á Dios con el diablo y el alma con la nada: no seamos tan absolutos; no olvidemos que entre nosotros no hay uno que no oculte en su seno un escapulario.

—O la cruz que le dió su madre, dijo un célebre novelista.

—No olvidemos, observó el ecléctico, que mas de uno de nosotros al volver á su casa saludará alguna hermosa madona velando sobre una cuna, ó algun hermoso retrato de madre que habrá volado al cielo.

—Esto es una cuestion de arte, dijo un crítico.

—Pero qué es el arte sino la espresion de la grandeza humana elevándose hasta la grandeza divina?

A propósito del arte se habló de poesia, de pintura y de música. Como ya se sabe que de cuatro músicos hay dos poseidos del diablo, casi todos los con-

vidades hicieron la señal de la cruz. Una superstición mas.

Y sin embargo, allí habia hombres de gran talento, que son la honra de estos últimos años en la poesia, en la historia, en el arte y en la ciencia. Creian honrar la inteligencia arrancando con atrevida mano la última yerba de las preocupaciones. Algunos se titulaban ateos, pero ninguno lo era: negar á Dios es ya reconocerlo: si no existiera no seria negado.

Otro filósofo habló en estos términos:

—Dios ha querido burlarse de la lógica humana: como no entramos jamás en los bastidores del teatro donde representa su gran papel, no conocemos el secreto de la comedia. Por ejemplo, como Dios, que debe ser el Dios bueno, pudo condenarnos en nuestro origen en la figura de Adán y de Eva? Ya que era Dios, es decir, lo universal, lo infinito, sabia que la mujer pecaria y arrastraria al hombre en su caída. Qué sería el padre de familia que quisiera condenar con tanta anticipacion su descendencia?

—Dios no preparó la caída sino para redimirnos.

—A menos que Dios no sepa mejor que nosotros la historia del día siguiente, arrastrado el mismo en los torbellinos de los mundos que ha creado, pero que no domina como un padre de familia que se convierte muy pronto en esclavo de sus hijos.

—Un Dios ciego! Es mas natural decir que Dios no existe.

—Si Dios no existiera careceríamos de la idea de Dios.

—Cállate, no eres mas que un orgulloso: consideras que aun no es bastante el descender de las cruzadas; quisieras descender de mas alto.

—Entonces, Dios no seria mas que una cuestion heráldica; un sol de oro en campo azul.

—Creerme: puesto que el mundo es eterno, debemos suponer que no tuvo principio. Qué vino á hacer Dios?

—Y el caos?

—Estais bien seguro de que el caos no sea aun el caos y de que no sea siempre el caos? Dios es la vida universal, es el pan y el vino del cenáculo, el pan y el vino del cenáculo material é inmaterial. Nosotros, todos, hemos adquirido una parte de divinidad pasajera como las olas del océano tienen su parte de sol.

—No es mas difícil el creer en la Trinidad.

—La Trinidad? Es lo verdadero, lo bueno y lo bello; tres figuras en una sola, ó, mejor dicho, una figura con tres rostros. No decian los filósofos de la antigüedad que aquellas tres virtudes que no viven sino en el alma de los hombres, eran superiores á todos los dioses?

—A todos los dioses del Olimpo, puesto que lo verdadero, lo bello y lo bueno inspiraban ideas, obras y acciones.

—Hé aquí los tres tipos de la humanidad; hé aquí los tres dioses, los tres dioses eternos.

—Son los dioses de nuestra alma: el aire, el fuego y el agua.

—Y qué haces de la tierra?

—El hombre es la tierra, cuna y tumba de la vida universal.

Cada uno de los convidados levantaba sobre el mantel su castillo de filosóficos naipes. Parisis tomó tambien la palabra.

—En lo que á mí se refiere, dijo, creo que la fuerza no está sobre las cosas sino en las cosas. Nada de lo que se opera en la tierra es la obra del cielo. Heráclito tenia razon; el universo no ha sido creado ni para los dioses ni para los hombres: ha sido y será siempre un fuego viviente que se reanima y se estingue para volverse á reanimar. Pero Heráclito se muestra tímido en sus ideas pues hace aparecer á Júpiter cuando dice que la comedia del mundo es un juego, que Júpiter juega con sí mismo. Yo no reconozco otro Dios sino el que existe en la imaginacion de los poetas y las mujeres. No son, no, los dioses los que han creado el hombre á su imájen sino que los hombres han creado un Dios á su imájen. O mejor dicho, los hombres son los dioses puesto que tienen la potencia creadora, material é inmaterial, real é ideal. Corneille ha creado á la señorita Corneille y Gimena; Shakspeare dió á luz su Hamlet y creó el poeta Davenant, que era su bastardo; Moliere creó á la señorita Moliere y Celimena. ¡Qué locura la de querer siempre que un Dios se oculte entre bastidores para

hacer mover las polichinelas y las muñecas de la escena del mundo! Así como respiramos con nuestro cuerpo el aire vivificante, nuestra frente enciende su pensamiento en un rayo invisible como el aire, pero que es el origen de fuego de todo pensamiento. Hay la luz para el espíritu como hay la luz para los ojos. Todo hombre es un monumento de arquitectura, la obra mas acabada de este arquitecto que se llama Naturaleza. Y mi comparacion no es ningun juego retórico. Sí: el hombre no es sino una cosa mas ó menos abierta al aire que circula: si las ventanas son bajas, si la arquitectura gótica ha dominado, si está sombreada por árboles y monumentos, es sombría, se respira mal en ella y es antro de visiones nocturnas; si por el contrario está edificada sobre un monte, segun el estilo griego, la luz penetra en ella radiante y se convierte en una morada de la inteligencia y la verdad. Es necesario, pues, que las ventanass del hombre estén abiertas á la luz del espíritu, esta aureola de toda frente que piensa. Todos los grandes hombres han mirado por grandes ventanas.

Octavio cogió una copa.

—Señores, no dejemos arruinar la casa.

Bebió y prosiguió alegremente:

—Cuando mi casa se arruine, todo quedará dicho, todo habrá concluido. La luz, que es mi inteligencia, no morirá; pero alumbraré otra casa mortal que no se llamará Octavio de Parisis. Recordad lo que ha dicho el gran Shakspeare: «César trocado en arcilla, el

hombre que hacia temblar al mundo; servirá para tapar el agujero de una pared con el fin de rechazar el viento.» Y hoy, señores, esa luz que se llama César, quién sabe si no se estingue en la frente de un idiota, porque las ventanas de su cerebro habrán sido tapiadas? Pobrecillos de nosotros que nos creemos fenix; no existe mas que un fenix: este fenix consiste en la tierra siempre convertida en cenizas y siempre renaciente. El que quiera á todo precio una parte de inmortalidad que la tome en ella.

—Acaso es nada, interrumpió un vecino de Octavio, tener su parte de inmortalidad en la materia que es sagrada, puesto que es infinita?

—Se creará, prosiguió Octavio, que San Bernardo, á fuerza de flagelarse—lo cual era contrario á la naturaleza—llegó á pensar mejor que yo porque comprimia sus pasiones á fin de que dominara en él el espíritu puro; mas acaso no hubiera sido mas grande echándose en brazos de Heloisa? Esto hubiera sido mas elocuente que el hablar en latin.

Un ateo tímido formuló una postrer razon á favor de la existencia de un Dios, parecido á las nubes, que soplaba la guerra y la paz, el bien y el mal.

—Vos quereis el relojero de Génova para arreglar reloj. Si careceis de telescopio para ver bien; coged los ojos de aquel astrónomo que dijo: «He examinado por todas partes el cielo y en ninguna parte hé encontrado la huella de Dios.»

—Pero este gran astrólogo no descubrió ni un solo

planeta, y quizá en este planeta era donde Dios se encontraba, dijo un poeta que hacia versos á la luna.

—Tenemos demasiado talento para fingir que lo tenemos, replicó Octavio. La mecánica celestial no demuestra nunca la mano de Dios: recordad la contestacion de Laplace á Napoleon que le preguntó porque no habia hablado de Dios: «Señor, porque yo no tenia necesidad de esta hipótesis.» En efecto, ni en el espacio ni el tiempo que se debe buscar á Dios, puesto que no es necesario encontrarle.

Y luego de haber ahondado de este modo el abismo de la nada, bien como si se tratara de formular un desafio á lo Don Juan, en la seguridad de que el Comendador no asistiría á la cena, todos se levantaron para marcharse compadeciendo á los pobrecitos que encontrarían en la calle preocupados aun con la religion.

De pronto se abrió la puerta y apareció una mujer vestida de blanco y sangrienta á un mismo tiempo. Lanzó un grito y cayó recostada sobre aquella mesa, que parecia aun risueña por haberse formulado en ella tan hermosas paradojas.

Aquello fué como si hubiese caído un rayo.

Todo el mundo se inclinó para ver aquella mujer.

Todos reconocieron que era hermosa, hasta en sus sollozos, hasta en su sangre, hasta en las torturas de su agonía.

Octavio se precipitó hácia ella, porque habia reconocido á la señora Monjoyeux.

—Angela! exclamó, cogiéndole su mano.

La pobre mujer se retorcia en su dolor, pero no pensaba mas que en salvar su alma.

—Dadme un crucifijo! exclamó.

Uno de los filósofos hizo la señal de la cruz sobre la frente de la cortesana.

—Señor de Parisis! murmuró la jóven con voz espirante, me muero... Un cobarde acaba de asesinar-me... Yo sabia que estabais aquí... vengo á pedir os una oracion...

Octavio se volvió, tratando de sonreír inútilmente, hácia sus amigos:

—Y bien, señores, dijo con cierto aire de solemnidad, quién vá á orar por esta mujer?

Nadie pensó en reír. Tampoco quiso reír Octavio.

XXXII.

AQUÍ YACE LA SEÑORA VÉNU.S.

Entró una segunda mujer. Era la amiga de la señora Vénus, que comía en el gabinete vecino y' que contó la historia en breves frases.

Angela había sido sorprendida por un amante desdénado que, no queriendo seguirle, le había dado una puñalada.

El golpe había sido bien dado.

Angela volvía sus moribundos ojos hácia Octavio con un verdadero sentimiento de amor.

—Hablabá de vos constantemente, señor de Paris, decía la compañera de Angela: había dicho que antes de partir quería veros.

Y con cierta espresion de tristeza aquella mujer añadió:

—Y en efecto, os vé antes de partir.

Todo el mundo escuchaba; todo el mundo se sentía impresionado. Se les hubiese tomado por doce apóstoles inclinados respetuosamente hácia una Magdalena.

Angela apenas respiraba.

Trató de levantar su cabeza y murmuró estas frases:

—Octavio... me muero... He desafiado á Dios... y Dios me castiga... Rogad por mí...!

—Y aquel secreto que no me confiasteis?...

—Yo os amaba!

Angela murió despues de pronunciar estas frases. Octavio la miró con dulzura, siendo así que siempre se burlaba de todo.

—Pobre mujer! dijo depositando un beso en la frente de la muerta.

Y volviéndose hácia sus compañeros de ateísmo:

—Señores, les dijo, existe, sin embargo, una hora en la que se cree en Dios, y esta es cuando se vé que la muerte purifica la vida. Esta mujer que aquí veis era una mujer cortesana, tan cortesana que la llamaban la señora Todo-el-Mundo y la señora Venus. Pues bien: acaso esta blancura que se esparce en su semblante no es la blancura de la redencion?

—Aquí yace la señora Vénus, dijo uno de los doce apóstoles.

aquellas hermosas flores femeninas que adornaron los mas hermosos períodos de la monarquía francesa.» Y añadía con mas talento que verdad: «El abanico de la gran señora está roto: la mujer no tiene ya que ruborizarse, no tiene que murmurar ni maldecir: el abanico no sirve mas que para dar aire.» Balzac quitaba su corona á la mujer con un golpe de pluma: un poco mas y la arrojaba á la humillacion de la esclavitud antigua, lo cual no impide que Balzac pusiera en escena á las grandes damas.

Para pintar á las mujeres, seria indispensable hacer la geografia de su reino, que se podria dividir en varias provincias: las grandes señoras y las pequeñas señoras; las mujeres de la clase media y las mujeres del pueblo. El libro heráldico podrá cambiar de estilo, pero se reimprimirá siempre, porque Dios, creando la mujer, creó lo infinito. Entre dos mujeres existe un abismo: entre una mujer bien nacida, y otra que no lo es, media todo un mundo. Cuando hablo de una mujer bien nacida, no quiero significar que debe descender de un muslo de Júpiter; me refiero á una mujer que haya mamado en el seno de su madre, las altas virtudes de la familia, el noble orgullo de su raza. No por esto se halla desheredada la plebeya. Dios la dá como á las otras, todas las aspiraciones: tendrá tambien su parte de paraiso en la tierra, y quizá su parte de reinado entre las mujeres que se casan con la mano izquierda. Pero en vano las revoluciones democráticas proclaman la igualdad:

## XXXIII.

## UN PARÉNTESIS.

Veo desde aquí mas de una mujer que cierra mi libro y dice:

—Son estas las grandes damas?

Aquí yo no cuento vuestra historia, señora. Paso con respeto ante aquellas que desafian con gran valor las pasiones. Estudió con simpatía los corazones vencidos que me recuerdan este epitafio de una gran señora en el Padre Lachaise: «Soy una pobre mujer!» Qué nombre es el suyo? No tiene nombre. Es una mujer.

«Las grandes damas no existen» dicen las mujeres de la clase media: el catecismo de 1789 echó á perder el libro heráldico; la última duquesa, si ya no ha muerto, recibe el viático en el último castillo de la Normandía ó en el último palacio del barrio de San German. No hay, pues, grandes señoras: tan solo hay señoras decentes.»

Pero seria mas justo decir: no hay ni grandes señoras, ni señoras decentes: solo hay mujeres.

Segun Balzac «el siglo diez y nueve no tiene ya

siempre habrá princesas y vaqueras: ni se podrá humillar á las unas, ni ennoblecer á las otras.

Las grandes damas existen siempre. Donde comienzan? Donde concluyen?

La gran señora estuvo próxima á desaparecer bajo la monarquía ciudadana que mató el gran lujo; mas reapareció en el nuevo Paris con los hermosos caballos, los palacios de mármol, y los vestidos con cola. Se dijo que el Código Civil habia matado las princesas y habia creado las mujeres decentes; pero despues de haber cruzado por todas las revoluciones de hecho y de derecho, la gran señora há vuelto á tomar su puesto, á la luz del día, con todo su séquito del reinado antiguo, y con todo el séquito del reinado perpétuo. Si Paris es, efectivamente, la capital del mundo, consiste en que tiene una cabeza que piensa y una hermosura que brilla. Esta hermosura, es la grande dama ó la cortesana; es por la una ó por la otra, mas bien que por nuestros pensadores, por quien los americanos atraviesan el Océano, huyendo su república para gozar del despotismo parisien, como lo hizo en el siglo diez y ocho el filósofo de Génova, el cual dejó su república, por la servidumbre de las grandes casas.

Donde empieza la gran señora? Donde concluye? La gran señora empieza siempre en la aristocracia de raza, que es su verdadero país natal. Pero si le falta la gracia, casi tan bella como la belleza, queda desposeida: no es mas que una mujer del gran mundo.

Seria muy cómodo esto de ser una gran señora, porque se es la hija de una gran señora, sin tener todas las virtudes de su empleo. Tambien seria cruel nacer con todos los dones de la belleza, de la gracia y del talento, sin poder ser una gran señora, porque no se es hija de una duquesa, ni siquiera de una baronesa.

Hay, pues, grandes damas en todas partes, así en el barrio de San German, como en el barrio del Temple.

Pero como la plebeya que nace gran señora, puede tomar su puesto á la luz del día? Por el azar; quizá le será indispensable cruzar por entre el lujo de las cortesanas; pero si ella quiere, llegará un día en que ostentará la plata sobre campo de gules. El amor la pondrá en camino: será una dama de la mano izquierda, pero será una grande dama. Cuando la Rachel entraba en un salon, era una gran señora: cuántas princesas iban detras de ella que no parecian mas que princesas de teatro!

La gran señora concluye allí donde empieza la mujer decente.

Se nace gran señora, como se nace poeta; mas para ello no es necesario siempre nacer de casa noble. Es necesario dejar á la creacion sus imprevistos y sus transfiguraciones; es necesario que la naturaleza dé perpétuas lecciones al orgullo humano. Las grandes damas son casi siempre hijas de raza; pero algunas, sin embargo, que han nacido plebeyas, elevan

su dorada espiga de trigo en campos de centeno.

Las antiguas aristocracias han conservado el privilegio de hacer las grandes damas. Las aristocracias nuevas tambien las hacen; pero en ellas entra la liga. No es en la primera generacion donde la raza se acusa: resplandece en la segunda: con frecuencia se pierde á la tercera. Es la historia de esos vinos, rudos en el primer período, esquisitos en el segundo, y que pronto se vuelven malos en el tercero. Es la ley de la humanidad, como es la ley de la naturaleza.

Dios mismo no crea una obra maestra al primer golpe: comienza como los artistas, por el bosquejo.

He aquí porque la gran señora es una ave rara. Donde se encuentra el mirlo blanco? Las familias que han hecho su carrera en el tiempo, no tienen el privilegio de poner su marca: á veces se secan prematuramente como las mas bellas flores que no dan mas que tallos pálidos, donde la savia se estingue. Todas las fuerzas de la creacion, en su accion mas divina, no llegan á crear en el mundo entero cien grandes damas al año. Y cuántas mueren que aun son niñas! Y cuántas cursan en las escuelas de lo vulgar antes de llegar á la belleza soberana del alma!

Cuando veis entrar en un baile esta duquesa rubia que hace una seña á aquella duquesa morena, reconocéis á la gran señora? No ha embadurnado sus libros con demasiado colorete y sus megillas con demasiados polvos de arroz? Si no hubieseis visto su blason, diriais que esta baronesa á todos vientos es

una mujer del gran mundo? Esta marquesa y esta condesa, brillantes como el sol, que van de fiesta, revisten un estilo original y elevado? Esta princesa que pinta, y esta princesa que esculpe, tienen la nobleza que se impone aunque hayan puesto su talento por encima de su cuna? Esta célebre novelista que ha encontrado una pluma en la espada del duque de Sajonia, y esta hermosa recitante que ha puesto una vez su pié en el teatro, y que ha querido guardar una media azul en su cesto de princesa, son grandes señoras, la una por el genio del corazon, la otra por la gracia de su talento. Esta jóven y hermosa canonesa que parece tallada en el mármol de las Victorias de Fidias es una gran señora, tanto por su belleza como por su blason. Esta princesa polaca, y esta princesa austriaca que reinan imperiosamente en Paris, son grandes señoras, por su talento, su originalidad, su brillo y su elegancia. Y lo mismo puede decirse de las tres duquesas rivales de Santa Clotilde, y lo mismo puede decirse de las tres duquesas amigas de San Felipe del Roule. Y esta soberana hermosura de las primeras representaciones que guarda tambien su soberanía entre las princesas, no lleva una diadema ideal, sobre su corona de cabellos negros? Y muchas otras que se podrian nombrar, por no tener el génio de La Bruyere para hacer retratos.

La Rusia nos envia esas grandes señoras de aldea: como se las devolvemos? Mas francesas que antes, pero no grandes damas. La española viene entre no-

sotros á lucir todas sus grandezas: reconoced aquí á esas tres hijas del sol cuyos ojos parecen carbunclos, y cuyos cabellos parecen las alas de un cuervo. Las italianas nos traen la suntuosidad, el brio y la melodia; sin contar á la marquesa, ... á la condesa, ... á la princesa. ... La Alemania guarda, á no dudarlo, sus grandes damas en su casa: á penas si yo saludo la orilla derecha del Rhin en aquellas cuatro mujeres pensativas que cogen el *vergissmeinielit* ideal y en esos dos intrépidos vales que dan la muerte. El Norte que nos ha enviado princesas, ladies, condesas, que abrian salones célebres,—testigo de ello el de una embajadora de los Campos Eliseos, donde el señor de Morny hacia sus estaciones así en política, como en *dandyismo*,—nos dá aun, de vez en cuando, vestidos con cola sacramental y cabelleras rubias como el trigo. De la blanca Albion es de donde nos vienen estas dulces y orgullosas bellezas que parecen heroínas de Walter Scott.

La Francia parece mas fecunda: cuantos castillos, cuantos palacios, mecen aun grandes señoras! Abrid el libro heráldico: cuasi todos los grandes nombres tienen aun alguna bella imágen que los representa sin contar las que representan nombres nuevos con una nobleza que se impone frente á la nobleza consagrada. Aquí se vé la hoja de un ministro, allí la de un almirante, mas lejos la de un senador. El Instituto no es fecundo.

Os gustan las americanas? Aquí teneis una ban-

dada que vuela hacia nosotros; pero, alegres pájaros, no tienen las plumas bastante largas.

No existe en el amor mas que la última palabra que precipita á la mujer? ¿La primera palabra es ya una defecion? ¿Puede una mujer aventurarse en las poéticas orillas de Platon con la resolucion de no embarcarse en la empavesada nave de las aventuras amorosas? En amor lo que cuesta dar no es el primer paso sino el último. Esto de respirar en un baile un ramillete que pertenece á dos dueños, de abandonarse al entusiasmo en un vals, de mirár demasiado al prójimo, ¿constituye ya un delito? Hay ciertos minutos que equivalen á siglos de voluptuosidad entre un hombre y una mujer que no se dirán jamás una palabra. Quizá los españoles tengan razon mostrarse celosos hasta de los santos frente á los cuales se arrodillan sus mujeres.

Toda mujer en Paris se encuentra en escena ó se dá en espectáculo; todas representan un papel ó se divierten viéndolo representar; muchas se detienen en los primeros versos de la comedia; un gran número no se atreven á ir mas allá del primer acto: las que ensayan las peripecias del tercer acto son las aventureras; otras llegan al desenlace y se las puede titular heroínas.

Las que no quieren ser actrices en el teatro de la vida se asoman á la barandilla ó bien se ocultan en el fondo de sus palcos. Lo temen todo y no se atreven á representar un papel en la comedia del Amor; pero

se divierten con tanto abandono en este espectáculo que su alma está entera en la comedia. Ver como se ama, es, por decirlo así, lo mismo que amar: soñar que se peca es lo mismo que pecar.

Estas son las que dicen que mientras se lee la historia de la vida es necesario también hojear su novela: estos dos libros se iluminan mutuamente. Se acaba por confundirlos, por engañarse de página, por no saber donde se dejó la lectura: este es el punto supremo de la ciencia.

Quién quiera que sea la mujer, el hombre siempre obra mal. El hombre considera que no es suficiente el engañar y lo prepara todo para ser engañado. Parece que halla tanto más placer en que se le rían en sus narices, cuanto él se ríe en las narices de los otros. El rey Cándalo es un símbolo perpetuo: los maridos menos benévolos, se complacen en hacer los honores á su mujer, desafían todos los peligros y quieren ser envidiados en su dicha. Vedles entrar en un baile embriagados por las lisonjas y adoraciones que llueven sobre los hombros y el seno que tienen la honra de presentar al mundo; creen que han elevado entre sus mujeres y el adulterio una muralla china porque la ley del matrimonio se escribió por ellos, únicamente por ellos. En el vaiven íntimo, galante, caballeresco, del gran mundo, la mujer se deja cojer sin que ella quiera, ¿qué digo? sin saberlo en las redes del amor. Cree nadar en plena amistad; pero naufraga y se siente cogida al brazo de un amante.

Entre un hombre y una mujer de mundo qué es la amistad sino el amor platónico? No lo perciben ni él ni ella, sino cuando en un jardín él cojerá una flor que ella respirará, cuando él la haya besado; en un baile cuando en una melodía amorosa vendrá á colorear y á acentuar su plática; en un paseo donde él la saludará con una sonrisa de primavera, en un teatro cuando él se inclinará hacia ella en una escena de amor para decirle: «¡Qué bien representan!» y cien otros accidentes que indicarán á los dos que su pretendida amistad no era sino una máscara.

En Paris, es tanto más fácil dejarse cojer cuando todo el mundo se ríe de todo. ¿Quién creerá que bajo esta risa perpétua pueda brotar una pasión formal? La mujer se complace en creer que ella no puede ya amar; el marido, es, naturalmente, el último en percibir que su mujer simpatiza con su íntimo amigo, porque aquel señor, armado con su amor legítimo y su vanidad ciega, no puede comprender que su señora pueda soñar otra tiranía que la suya, hasta en la hora en que se vá á hacer la corte á una mujer perdida.

Donde empieza y concluye la pecadora, la curiosa y la romántica? Ni las que van al teatro ni las que frecuentan la sociedad están desprovistas de coquetería: desde la doncella que se apasiona por el coronel del Gimnasio ó el Almaviva de la Opera, hasta la mujer de edad madura que despoja al cómico para encontrar al hombre viéndole siempre en el mismo papel con qué le ha apasionado.

Donde comienza y termina la pecadora? Comienza en Safo, en la Magdalena, en La Valliere, y concluye en Ninon y en Sofía Arnould. Vá desde los extravíos del corazón hasta el libertinaje como Marion-Delorme.

Si alguna gran señora se ofendiese al ver al moralista estudiar sus semejantes cuando están apasionados, cuando pálidas aun por su caída, comprimen los latidos de su pecho, el moralista podría contestarlas que entre ellas hay muchas que son dignas de ser pintadas, la una en la casta actitud de la maternidad pasando las fiestas al lado de su cuna; la otra entre grupos de mendigos, representando la Caridad que se oculta para hacer el bien como otras se ocultan para hacer el mal.

El padre Jacinto ya dará una conferencia sobre este tema. Dirá como el poeta que el amor de una virgen es una piedad y que el amor de una madre es una religion. Por lo que á mí se refiere, y que no predico, seguiré contando la aventurera historia de Octavio seguido por el cortejo de sus grandes damas.

Encontrará aun mas de una que le probará que el reino de la Virtud pertenece tambien á este mundo.

## XXXIV.

## DOS LÁGRIMAS DE GENOVEVA.

Desde que el duque de Parisis habia entrevisto á la señorita de la Chastaigneraye en la avenida de la Muette, marcando su hermoso pié en la blancura de la nieve, brotaba en él un hombre nuevo que amenazaba destruir el viejo. Aquella existencia aventurera estaba dominada por una sola idea. Hasta entonces en todos los horizontes que le atraian, habia visto mujeres: desde aquel día en adelante, un horizonte mas puro atraia sobre todo su alma: este horizonte era aquel, donde brillaba la figura de la jóven, en la virginidad de los veinte años. Para él era como la luz sagrada, el sueño luminoso del porvenir, el arco iris del buen augurio, sobre la tempestad que le envolvía con sus nubes y sus rayos.

Por mas que el jóven tratase de afirmarse en el ateismo, por la intimidad de algunos estoicos de la antigüedad y por la ciencia de algunos doctores modernos, presentábase ante él lo desconocido y lo invisible con la casta y hermosa figura de Genoveva, bien como si la ciega naturaleza, no hubiese podido

Donde comienza y termina la pecadora? Comienza en Safo, en la Magdalena, en La Valliere, y concluye en Ninon y en Sofía Arnould. Vá desde los extravíos del corazón hasta el libertinaje como Marion-Delorme.

Si alguna gran señora se ofendiese al ver al moralista estudiar sus semejantes cuando están apasionados, cuando pálidas aun por su caída, comprimen los latidos de su pecho, el moralista podría contestarlas que entre ellas hay muchas que son dignas de ser pintadas, la una en la casta actitud de la maternidad pasando las fiestas al lado de su cuna; la otra entre grupos de mendigos, representando la Caridad que se oculta para hacer el bien como otras se ocultan para hacer el mal.

El padre Jacinto ya dará una conferencia sobre este tema. Dirá como el poeta que el amor de una virgen es una piedad y que el amor de una madre es una religion. Por lo que á mí se refiere, y que no predico, seguiré contando la aventurera historia de Octavio seguido por el cortejo de sus grandes damas.

Encontrará aun mas de una que le probará que el reino de la Virtud pertenece tambien á este mundo.

## XXXIV.

## DOS LÁGRIMAS DE GENOVEVA.

Desde que el duque de Parisis habia entrevisto á la señorita de la Chastaigneraye en la avenida de la Muette, marcando su hermoso pié en la blancura de la nieve, brotaba en él un hombre nuevo que amenazaba destruir el viejo. Aquella existencia aventurera estaba dominada por una sola idea. Hasta entonces en todos los horizontes que le atraian, habia visto mujeres: desde aquel día en adelante, un horizonte mas puro atraia sobre todo su alma: este horizonte era aquel, donde brillaba la figura de la jóven, en la virginidad de los veinte años. Para él era como la luz sagrada, el sueño luminoso del porvenir, el arco iris del buen augurio, sobre la tempestad que le envolvía con sus nubes y sus rayos.

Por mas que el jóven tratase de afirmarse en el ateismo, por la intimididad de algunos estoicos de la antigüedad y por la ciencia de algunos doctores modernos, presentábase ante él lo desconocido y lo invisible con la casta y hermosa figura de Genoveva, bien como si la ciega naturaleza, no hubiese podido

crear aquella obra maestra con las manos del azar.

La señorita de la Chastaigneraye hablaba tanto á su cabeza como á su corazón: le recordaba su madre, por mas que no se le pareciese, sino porque hay ciertas fisonomias que recuerdan una legión de figuras poéticas. Que variedad de esferas hay en este mundo donde todo se toca! Es como el paraíso del Dante.

Los que niegan la fuerza del alma han estudiado acaso toda su acción divina? La presciencia será siempre mas fuerte que la ciencia, porque vé desde lo alto y á lo lejos. No es el recuerdo de la imagen corporal lo que se impone; es el alma misma, que con los ojos de otra alma reviste la forma visible. Por mas que Octavio se hubiese alejado de Genoveva, por mas que se hubiese perdido en este París ruidoso, donde todo se olvida con mas prontitud que dando una vuelta al rededor del mundo, el jóven veía siempre aquella hermosa imagen, por la misma razon de que habia tomado posesion de su alma. Aunque hubiese ido al Perú ó á la China la hubiera seguido en su camino. Ella se imponía con la dulzura que penetra; ella dominaba por la gracia; era la hermana, era la amante, era la conciencia. Aquel hombre, que no queria creer en Dios, no se atrevía á negar la existencia de los ángeles; tanto sentía la presencia real del ángel guardian en la señorita de la Chastaigneraye.

Octavio sufría porque no veía á Genoveva: vivía siempre en el mismo torbellino; mas no pasaba un

dia sin que se volviese hácia Champauvert, y sin que preguntara á su alma si veía llegar alguna cosa.

Estaba á punto de regresar á Parisis con objeto de estar mas cerca de ella, para verla y hasta para entreverla.

Nunca habia tenido un verdadero miedo á la leyenda de los Parisis, y se decia á sí propio: «Qué importa! si tan solo yo gozase un año de dicha!» Pero luego temía la leyenda para Genoveva:

»EL AMOR DARÁ LA MUERTE Á LOS PARISIS.

»EL AMOR DE LOS PARISIS DARÁ LA MUERTE.

Esto sin embargo estaba resuelto á marchar, cuando cierta mañana recibió este billete de la marquesa de Fontaneilles:

«El señor duque de Parisis ha olvidado, sin duda alguna, el número de mi casa, y hasta creo que me ha olvidado á mí, pues ayer le ví guiar su carruaje como Apolo puede guiar el carro del sol; creo, si mal no recuerdo, que le dirigí una sonrisa y él no me saludó; él, que saluda como un emperador á todo el mundo.

»Si digo al señor duque de Parisis que mañana me encontrará cuando vuelva del Bosque ¿se dignará bajar del Olimpo para estrechar mi mano?

»La marquesa DE FONTANEILLES.»

—Es esto una emboscada? se preguntó Octavio. Es un paso que ella dá hácia mí? Se burla para ocultar

su corazón, ó se burla de mí realmente? Quién sabe! Desde que no frecuento su casa, tal vez ella quiere que la frecuente.

Recordó sus tentativas amorosas que hasta entonces se habían estrellado ante la altiva coquetería de la marquesa: él no la guardaba rencor; al siguiente día fué hacia las seis de la tarde á casa de la marquesa, en la esperanza de que sonaría la hora de la revancha y que iba á empezar su sitio para vencer á la Dama de Copas.

No contaba con la Dama de Palos.

Cuando anunció su nombre á un lacayo sintió un presentimiento. Algo triste hubo de cruzar por su alma.

—El señor duque es aguardado en el saloncito, dijo el criado.

Cuando Octavio hubo cruzado su puerta vió que se dirigia hácia él una mujer muy conmovida y muy pálida.

Esta mujer era la señorita de la Chastaigneraye.

El jóven cogió sus manos para besarla; pero notó dos lágrimas en sus bellos ojos.

—Lágrimas, Genoveva! lágrimas, vos que no llorais nunca!

—Octavio: recordais la leyenda de los Parisis?

*El amor dará la muerte á los Parisis.*

*El amor de los Parisis dará la muerte.*

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

### LIBRO SEGUNDO.

### LA SEÑORA VENUS.

		Pág.
I.	El ramillete de rosas . . . . .	5
II.	El veneno de los Médicis . . . . .	10
III.	El adios de Violeta. . . . .	13
IV.	Un alma en pena . . . . .	24
V.	Los cinco millones. . . . .	28
VI.	La dama blanca . . . . .	32
VII.	El dote de la señorita Ruisenor . . . . .	42
VIII.	Un eco en el desierto. . . . .	49
IX.	Aliza . . . . .	53
X.	A dónde va una mujer que cae . . . . .	60
XI.	Monjoyeux y sus compañeros de aventuras . . . . .	62
XII.	Un cuarto con dos camas . . . . .	73
XIII.	Donde se trata de la señora de Marsillon que llevaba mascarones de oro sobre campo de gules . . . . .	84
XIV.	La luna miraba por la ventana . . . . .	91
XV.	Por qué Angela partía . . . . .	99
XVI.	Violeta incomunicada . . . . .	104
XVII.	Donde se verá como algunas señori-	

su corazón, ó se burla de mí realmente? Quién sabe! Desde que no frecuento su casa, tal vez ella quiere que la frecuente.

Recordó sus tentativas amorosas que hasta entonces se habían estrellado ante la altiva coquetería de la marquesa: él no la guardaba rencor; al siguiente día fué hacia las seis de la tarde á casa de la marquesa, en la esperanza de que sonaría la hora de la revancha y que iba á empezar su sitio para vencer á la Dama de Copas.

No contaba con la Dama de Palos.

Cuando anunció su nombre á un lacayo sintió un presentimiento. Algo triste hubo de cruzar por su alma.

—El señor duque es aguardado en el saloncito, dijo el criado.

Cuando Octavio hubo cruzado su puerta vió que se dirigia hácia él una mujer muy conmovida y muy pálida.

Esta mujer era la señorita de la Chastaigneraye.

El jóven cogió sus manos para besarla; pero notó dos lágrimas en sus bellos ojos.

—Lágrimas, Genoveva! lágrimas, vos que no llorais nunca!

—Octavio: recordais la leyenda de los Parisis?

*El amor dará la muerte á los Parisis.*

*El amor de los Parisis dará la muerte.*

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

## ÍNDICE

### DEL TOMO SEGUNDO.

#### LIBRO SEGUNDO.

#### LA SEÑORA VENUS.

	Pág.
I. El ramillete de rosas . . . . .	5
II. El veneno de los Médicis . . . . .	10
III. El adios de Violeta. . . . .	13
IV. Un alma en pena . . . . .	24
V. Los cinco millones. . . . .	28
VI. La dama blanca . . . . .	32
VII. El dote de la señorita Ruisenor . . . . .	42
VIII. Un eco en el desierto. . . . .	49
IX. Aliza . . . . .	53
X. A dónde va una mujer que cae . . . . .	60
XI. Monjoyeux y sus compañeros de aventuras . . . . .	62
XII. Un cuarto con dos camas . . . . .	73
XIII. Donde se trata de la señora de Marsillon que llevaba mascarones de oro sobre campo de gules . . . . .	84
XIV. La luna miraba por la ventana . . . . .	91
XV. Por qué Angela partía . . . . .	99
XVI. Violeta incomunicada . . . . .	104
XVII. Donde se verá como algunas señori-	

	tas van casa del señor Juez de ins- trucccion . . . . .	111
XVIII.	Por qué Angela habia partido. . . .	122
XIX.	Algunas paradojas de Monjoyeux . .	126
XX.	Monjoyeux representa un papel nue- vo . . . . .	136
XXI.	Divagaciones á orillas del lago . . .	141
XXII.	El tribunal de Asises. . . . .	149
XXIII.	La madre de Violeta . . . . .	164
XXIV.	Violeta y Genoveva . . . . .	169
XXV.	Los tres maridos . . . . .	177
XXVI.	Batallas perdidas.—Tres mujeres in- vencibles . . . . .	193
XXVII.	Las estatuas. . . . .	213
XXVIII.	El festin de mármol . . . . .	226
XXIX.	Historia de la señora Venus . . . .	243
XXX.	El té de la señora Venus . . . . .	257
XXXI.	La cena del comendador . . . . .	260
XXXII.	Aquí yace la señora Venus. . . . .	270
XXXIII.	Un paréntesis . . . . .	272
XXXIV.	Dos lágrimas de Genoveva . . . . .	283

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

OLE  
P  
G  
V